

BIANCA®

aventura, intriga, pasión

Novelas con corazón®

La fuerza del deseo

Alison Fraser

330 Ptas

La fuerza del deseo

Alison Fraser

3º Serie Multiautor The times, forever

La fuerza del deseo (30.10.1996)
Título Original: The Strength of Desire (1995)
Serie: 3º Serie Multiautor The times, forever
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 830
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Guy y Hope

Argumento:

Hope confesó por fin a su mujeriego marido que su comportamiento rudo la arrojó, en otro tiempo, a los brazos de Guy, su hermano menor. Entonces, la muerte de Jack llevó de nuevo a Guy a la vida de Hope y la dejó con dos legados: uno, el asombroso contenido del testamento de Jack y, otro, la verdad sobre su hija. Los dos significaban que ni Hope ni Guy podrían olvidar su malograda y corta aventura…

Capítulo 1

A Hope le resbalaron las lágrimas por las mejillas al escuchar en la radio la canción más famosa de Jack:

El sol en tu pelo.

Oro puro.

El cielo en tus ojos azul inmaculado.

—¿Cómo podría no amarte? Las estrellas en tu…

La apagó y se sentó en una silla. Era un trauma. No la canción, sino el anuncio anterior: Jacques Delacroix murió anoche en un accidente de coche.

¿Por qué no se lo había contado nadie? ¿Por qué no lo había hecho Guy? Recordar al hermano de Jack todavía la irritaba e intentó pensar en otra cosa.

Maxine. Tenía que contárselo a Maxine antes de que lo hiciera otra persona. ¿Cómo reaccionaría? Incluso en sus mejores momentos, era una chica difícil.

«Todo es culpa mía», reconoció Hope sabiendo como era su hija. Con doce años podría pasar por catorce, una adolescente resentida y malhumorada, «Es culpa mía, porque yo era demasiado joven».

Hope había conocido a Jacques a los diecisiete años y acababa de cumplir los dieciocho cuando se casó con él. Había quedado embarazada poco después. Ridículo.

Eso era lo que había dicho Guy, por supuesto. Guy Delacroix era el hermano pequeño de Jack. Hope apretó los labios ante el término. Una versión más joven y pálida de Jack. Pero Guy no había sido nunca la sombra de nadie.

Recordó su primer encuentro. Había sido en un restaurante de Londres. Jack le había invitado a comer con su futura esposa y él había viajado desde Cornwall, donde vivía. Había llegado muy tarde. Jack y ella ya estaban sentados y no se dieron cuenta de su entrada.

Guy apareció en su mesa y Hope sólo pudo mirarle con sorpresa. El hermano pequeño de Jack era de todo menos pequeño.

Con casi uno noventa, era más alto y fuerte que Jack y parecía mayor con sus ojos grises como el acero y su complexión un poco pesada.

Los hermanos eran totalmente diferentes. A los treinta y cinco

años Jack hubiera pasado por veinticinco. Rubio, con facciones juveniles y atractivo, era muy delgado entonces. Tenía todo el encanto de un hombre de más edad con la apariencia de uno mucho más joven. La diferencia de edades entre Jack y Hope, diecisiete años, parecía no significar nada.

Nada hasta que Guy la mencionó. La miró larga y duramente y habló con Jacques excluyéndola por completo.

—¿Estás loco, Jacques? Es una niña —dijo en francés.

No miró a Hope porque si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que no era estúpida. Al menos sabía traducir lo básico en francés.

Esperó a que Jack lo negara, se enfadara o explotara, pero simplemente se rió.

—Puede ser, pero una niña muy bella, ¿no crees?

Jack sonrió a su hermano.

Guy clavó la vista en ella. Por la expresión de su cara, no estaba de acuerdo.

A Hope le importaba muy poco lo que pensara de su aspecto.

—No soy una niña ni soy estúpida —dijo en francés con los ojos azules entrecerrados de rabia.

Jack pareció sorprendido y se rió de nuevo. No sabía que ella hablara francés, pero no le intimidó en absoluto. Su hermano apretó aún más sus labios finos. La primera impresión de Hope de un hombre poderosamente atractivo fue olvidada enseguida al parecerle malvados y fríos aquellos ojos azules.

—¿Quieres que me disculpe?

Se había dirigido a ella.

—No, si te va a ir la vida en ello —había respondido ella con tono de no importarle.

Se habían vuelto a mirar y los dos habían sabido cuales eran sus sentimientos: odio a primera vista.

Jack había parecido sorprendido y había sugerido:

—¿Por qué no empezamos de nuevo? En inglés esta vez, me parece… Hope Gardener, este es Guy Delacroix. Mi novia, mi hermano.

Guy pareció vacilar, pero había murmurado con cortesía escrupulosa al extender la mano:

—Encantado de conocerte.

Su personalidad pareció cambiar con el lenguaje. Del temperamento galo a la flema inglesa en un rápido paso. Aquella

había sido la primera y la última vez que había hablado en francés delante de ella.

Hope se había preguntado cuál sería la auténtica mientras le había estrechado la mano con desgana. Recordó lo que Jack le había contado de la familia Delacroix.

Su madre era inglesa, de Cornwall. Se había casado con un hombre francés y habían pasado los primeros años en París. Cuando su padre, Armand Delacroix, había muerto, Jack tenía doce años y Guy siete. Un par de años más tarde, se habían trasladado a vivir a Cornwall.

A primera vista, Guy le había parecido más francés, pero cuando había escuchado la conversación siguiente que había mantenido con Jack, había cambiado de opinión. Era abogado y se expresaba con los secos y fríos términos de un letrado. Jack le había permitido que le llevara sus asuntos profesionales. Como Guy vivía en Cornwall, bastante lejos de Londres, Hope había supuesto que Jack lo hacía como un favor a su hermano.

Pero Guy Delacroix no mostraba ningún agradecimiento. En todo caso, hablaba de porcentajes y contratos con Jack con tono de reprobación. Jack, tan afable como siempre, mostraba poco interés por los asuntos de negocios o dinero y sólo se concentraba en su trabajo como cantante.

Hope estaba de su parte. Jack era un artista. Cantaba con una voz grave que adoraban millones de mujeres y escribía unas canciones de amor que rompían el corazón. ¿Quién podía culparle de que no quisiera discutir de aburridos contratos después de los conciertos tan brillantes que daba?

—Vamos, Guy. A Hope no le interesan las maravillas de la ley contractual, ¿verdad, *cherie?*

La sonrió con sensualidad y ella le devolvió la sonrisa con una mirada cargada de secretos.

—Podrían interesarle, si eso impide que acabes en la bancarrota.

Hope clavó la vista en Guy. ¿Estaría insinuando que ella sólo estaba interesada en el dinero de Jack?

Así se lo tomó Jack, porque, riendo un poco, dijo:

—Mi hermano es un cínico. Cree que sólo me quieres por mi dinero… ¿Por qué no le convencemos de lo contrario? —sugirió meloso mientras se estiraba a través de la mesa para besarla.

A Hope no le habían dado la oportunidad de responder. Jadeó un poco cuando Jack deslizó la lengua dentro de su boca con una

intimidad que la anonadó.

Cuando Jack rompió el beso para sonreír a su hermano, Hope estaba sonrojada. Como estaban en la parte trasera del restaurante, sólo Guy había sido testigo de su beso, pero era suficiente. Aunque tenía la cara impasible, se notaba el disgusto en los ojos.

Jack no pareció darse cuenta pues se rió con naturalidad:

—Soy un hombre afortunado.

Entonces empezó a contar sus planes de boda. Le explicó a Guy que Hope no quería hacer una gran ceremonia y que se habían decidido por una boda civil. Jack le pidió a su hermano que fuera su testigo. Hope supo al instante que Guy se negaría incluso antes de que él preguntara por la fecha y se excusara con juicios a los que no podía dejar de asistir.

Jack se quedó desilusionado. No sospechaba que su hermano pudiera estar mintiendo. Hope captó la mirada de Guy de nuevo y estuvo completamente segura: no tenía intención de apoyar un matrimonio que consideraba tan desastroso.

No, Guy no era un hipócrita. Nunca había aparentado nada que no fuera desagrado. Jack se disculpó durante la comida y desapareció al instante.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis? —preguntó apretando los labios.

—Casi dieciocho —se defendió al instante Hope.

—¡Qué mayor! —murmuró con sarcasmo—. Y supongo que habrás pedido un día libre en el colegio, para la boda, quiero decir.

—Dejé el colegio el año pasado.

Guy arqueó una ceja con desaprobación.

—¿A los dieciséis?

—Exacto —Hope dejó de intentar conseguir la aprobación de su futuro cuñado—. Sin educación, joven y estúpida. ¿Por qué no te doy una lista de todos mis defectos y así no tendrás que molestarte en deducirlos tú solo?

Él pareció retroceder un instante. Había infravalorado la capacidad de Hope de defenderse, pero eso no le desanimó.

—¿Por qué no?

—Veamos —murmuró Hope tensa—. Bueno, no tengo trabajo ni perspectiva de tenerlo. No tengo dinero y muy pronto, no tendré casa. En el verano tengo alergias y pillo una buena gripe cada invierno… Ah, y las mujeres de mi familia tienden a tener los tobillos gordos a los treinta.

—Hablando de tu familia… ¿Qué opinan de que te cases con alguien diecisiete años mayor que tú?

—No opinan nada. Mi madre murió al nacer yo y mi padre hace un par de meses.

Guy entrecerró los ojos, pero no expresó ninguna condolencia.

—¿Conociste a Jack antes o después de que se muriera?

—Conozco a Jack desde hace años. Mi padre le hizo la producción de sus dos primeros discos.

—Gardener. ¿Max Gardener es tu padre?

Ella asintió, sorprendida de que Jack no se lo hubiera contado ya.

Guy pareció leerle la mente porque dijo:

—A Jack no le gusta entrar en demasiados detalles. Yo sólo sabía que eras joven, rubia y bonita… y por supuesto, el amor de su vida. Eso es todo.

Aunque él no se lo había creído, parecía indicar su tono. Guy pensaba que ella era sólo una más de sus conquistas.

—¿Te has acostado ya con él?

—¿Qué?

—Que si te has acostado ya con él —repitió Guy como si fuera una pregunta normal para hacérsela a una desconocida por completo.

—Yo… nosotros… ¡Eso no es asunto tuyo! —explotó por fin.

Guy observó su violento sonrojo.

—Bueno, no lo has hecho, aunque quizá debieras. Yo lo recomiendo como uno de los caminos más rápidos para descubrir la incompatibilidad.

—¿Y cómo sabes tú que somos incompatibles? —preguntó enfadada Hope.

—Aparte de la diferencia de edad, querrás decir.

—¡Tú sólo estás celoso!

Guy sonrió tenso.

—No te lo creas tanto. Puedes ser guapa, pero a mí no me gustan las colegialas.

Hope le dirigió una mirada incendiaria convencida de que él la había interpretado mal a propósito.

—Celoso de Jack, quiero decir. De su talento, de su fama, de su…

—¿Dinero? —sugirió él con sequedad.

Ante su furioso silencio, él continuó:

—No, no creo haber estado celoso de Jack nunca. Yo tengo suficiente dinero para cubrir mis necesidades. En cuanto al talento… bueno, tengo que admitir que escribir canciones de amor no es mi fuerte —puso un gesto de despreocupación—. Y lo de la fama, bien, eso es un privilegio dudoso… pero supongo que a ti te parecerá muy seductora.

—No soy tan ingenua.

—No, supongo que no —concedió Guy—. Debes haber conocido a mucha gente famosa con tu padre.

—Cuando era pequeña sí, pero últimamente no. A la gente del espectáculo no le gusta relacionarse con fracasados. Creen que es contagioso —comentó con cinismo.

Guy arqueó una ceja, sorprendido de su astucia.

—¿De qué murió? —preguntó de repente.

—De cáncer… tampoco es contagioso —dijo con amargura—, pero le siguieron dando la espalda. Menos en el funeral. Ahí acudieron todos como moscas. Es una pena que se lo perdiera. Hubiera disfrutado mucho de ver a sus ex mujeres desconsoladas por haber perdido la pensión.

—¿Cuántas? —preguntó Guy.

—¿Ex-mujeres? Tres, pero sólo acudieron dos.

—¿Tres incluyendo a tu madre?

—Mi madre nunca fue ex —declaró Hope con rigidez pero sin entrar en detalles.

Sabía, porque su padre se lo había contado innumerables veces, que su madre había sido el amor de su vida. Y las mujeres que siguieron, nunca pudieron hacerla sombra.

—¿Es ahí donde encontraste de nuevo a Jack? ¿En el funeral?

—No, Jack apareció dos semanas antes, cuando mi padre se puso enfermo de verdad. Después se ofreció a ayudar con los gastos.

—Eso le honra.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, sólo… —vaciló por primera vez—. Mira, creo que hemos empezado con mal pie. Es culpa mía, lo admito. He interpretado mal la situación.

—Está bien.

Hope estaba deseando perdonarle. No quería enemigos en la familia de Jack.

—Sin embargo —continuó él en tono serio—. Sigo pensando que realmente deberías considerar lo que estás haciendo. Tienes sólo

diecisiete años y acabas de perder a tu padre. Estás muy vulnerable…

—Sé cuidar de mí misma —se defendió tamborileando los dedos contra la mesa.

—Bien, pues cuídate —dijo él cubriéndola una mano con la suya —. Simplemente, no dejes que lo haga Jack.

Había hablado con tal fuerza que Hope abrió mucho los ojos. Clavó la mirada en la de él y por un momento vislumbró al hombre detrás de la máscara pétrea. Sintió su fuerza y tuvo miedo de su seguridad. Estuvo a punto de hacerle caso, pero en ese instante, Jack volvió a la mesa.

—¿De la manita ya? —preguntó Jack mientras intentaba enterarse de la situación.

—No exactamente. Sólo estaba intentando convencer a Hope de que va a cometer el mayor error de su vida.

—¿Por casarse conmigo? —concluyó Jack con una carcajada cuando su hermano asintió—. Eso es lo que más me gusta de mi hermano pequeño. Siempre puedes estar seguro de que te dirá las cosas a la cara… Bueno, pues esta vez te has equivocado, Guy. Hope y yo vamos a ser la excepción. Tú sólo espera…

«Sólo espera». Hope cerró los ojos al recordar las palabras de Jack de años atrás. Guy había acertado y había esperado. Para ver desintegrarse su matrimonio. El… había hecho algo más que esperar.

Hope puso freno a la dirección de sus pensamientos; no pensaba recorrer aquel camino de nuevo.

Miró el reloj y al darse cuenta de que llevaba casi una hora sumida en los recuerdos, se levantó rápidamente para arreglarse la cara.

Acababa de lavarse cuando Maxine anunció su presencia con el habitual portazo. No había tenido tiempo de ponerse el maquillaje y su hija ya estaba en el cuarto de baño. Por una vez, Hope hubiera deseado que su hija se tomara menos libertades con la intimidad de los demás Maxine le preguntó en cuanto la vio;

—¿Qué te pasa? ¿Has estado llorando?

—No… Bueno la verdad es que sí —Hope hubiera deseada haber preparado el discurso—. Es… es por tu padre.

—¿Mi padre? ¿No me digas que se ha muerto?

Maxine sólo lo había dicho para producir un efecto dramático y mientras Hope buscaba inútilmente las palabras adecuadas, Maxine

comprendió la verdad.

Sacudió la cabeza como para negarlo y empezó a apartase de ella.

—Lo siento, cariño —estiró una mano, pero su hija siguió apartándose—. Ha sido un accidente de coche, pero no conozco los detalles. Me he enterado por la radio. Lo siento.

—¡Bueno pues yo no! —casi gritó Maxine—. ¡Y no esperes que llore! Ni lo…

Se le quebró la voz, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Hope siguió a su hija hasta su habitación y la encontró con la cara contra la almohada llorando desconsolada. Se sentó a su lado, y le puso una mano en el hombro.

Maxine se puso rígida.

—¡No me importa! ¡Le odio! ¡Le odio!

—Ya lo sé, ya lo sé. Está bien —la consoló Hope mientras le apartaba los mechones de la cara.

—¡Es culpa tuya! ¡Todo es culpa tuya!

Eso dolía. Por supuesto que dolía, pero Hope no quiso tomarlo en cuenta. Maxine tenía razón. Todo aquel desastre era culpa suya.

Hope contuvo sus propios sentimientos y dudó entre el ataque y el remordimiento. Al final se sentó y echó los brazos al cuello de su madre para empezar a llorar de nuevo.

—¡No lo decía en serio! ¡De verdad!

—No, ya lo sé.

Hope abrazó y acunó con suavidad a su hija como cuando era un bebé.

Pero sus pensamientos estaban en otra parte. Con otro bebé. Un bebé que había abrazado brevemente muchos años atrás.

Recordó cuanto había deseado tener hijos y cómo había imaginado que ser madre la llenaría por completo. No se había cuestionado por qué se sentía incompleta.

También se había imaginado que Jack sería feliz, pero, por supuesto, se había equivocado…

—¿Qué estás qué? —casi le había gritado cuando se lo había dicho.

—Que estoy embarazada. De tres meses.

Hope había esperado y esperado. Un sonrisa, un destello de felicidad, un gesto de preocupación. Cualquier otra cosa que aquella expresión de Jack de rechazo.

Cuando se había recobrado, había murmurado:

—Es la sorpresa. Pensé que podríamos disfrutar de más tiempo juntos. Acordamos…

—Ya lo sé —habían acordado tomar precauciones, pero algo había salido mal—. No lo he planeado yo. No creí que te importara tanto.

—No es eso —había negado Jack aunque su falta de entusiasmo era palpable. Se había acercado al mueble bar y se había servido una copa—. Es que no encaja muy bien con nuestros planes. Mi gira mundial empieza en tres meses y no terminará hasta que el bebé nazca… Quizá deberíamos esperar.

—¿Esperar? —había repetido Hope confundida—. ¿Esperar a hacer la gira, quieres decir?

—No, eso es imposible. La gira no se puede cancelar. Pero… si estás sólo de tres meses.

Así había dejado la idea flotando en el aire. A Hope se le había hundido el alma.

—Crees que podemos deshacernos del bebé —había dicho por fin.

—Bueno, yo no lo diría en esos términos, pero sí. Creo que deberíamos considerar todas las alternativas…

Llevaba seis meses embarazada y se sentía miserable. Había leído que algunas mujeres tenían problemas durante esos meses, pero ella parecía haberse marchitado. Jack se había hartado de ella y no le culpaba. Ella también estaba harta de sí misma.

—No tengo elección —había dicho Jack por centésima vez mientras viajaban hacia Cornwall—. Hubiera sido diferente si tu embarazo fuera normal. Pero, con tu anemia, te desmayarás por todas partes. No puedes venir de gira conmigo y no puedes quedarte sola en casa.

—Podría haberme quedado con Vicki —se había lamentado Hope con la esperanza de que Jack cambiara de idea.

—¿Vicki? Es una cría agradable, pero, para ser sincero, ¿de qué te serviría en una emergencia? Es la típica rubia atolondrada.

Hope se había enfadado, pero no había podido negarlo. Vicki había sido muy divertida en el internado y una buena amiga desde entonces. Sin embargo, no parecía muy probable que supiera atender a una mujer embarazada.

—De todas formas, Vicki me ha preguntado si podía venir a la gira —le había recordado Jack—. No sé si será de mucha ayuda, pero como favor a ti, he accedido.

—De acuerdo.

Hope había suspirado resignada a su destino.

Tres meses en el agreste paisaje de Cornwall con la madre de Jack. Eso no le importaba. Era el hecho de que también fuera la madre de Guy. ¿Tendría que tener un contacto regular con él?

No había vuelto a ver a Guy Delacroix desde su primer encuentro. El había cumplido su palabra y no había asistido a la boda, aunque su madre sí.

En el final de la cincuentena, Caroline Delacroix parecía más joven. Su pelo era rubio plateado y su cara, a pesar del paso de la edad, todavía tenía un tono rosado en las mejillas. Era una mujer aguda e inteligente, sin ser intelectual y siempre decía lo que pensaba.

—Supongo que no vas a escucharme, pero creo que probablemente eres muy joven y desde luego, demasiado buena para mi hijo —había anunciado por fin después de tomar un té juntas.

Ya le caía bien la madre de Jack y no se había ofendido por sus palabras.

—Tu otro hijo me dijo lo mismo. Bueno, lo de joven al menos.

—Sí, ya sé que Guy intentó advertirte y que él y tú no os hicisteis muy buenos amigos.

—¿Qué le contó?

—No mucho. Sólo que eras rubia e imposible —le había confiado su madre divertida—. Con Guy, eso podría hasta ser un cumplido. A él no le gustan las mujeres que se arrastran para agradarle. Por desgracia, la mayoría lo hacen.

—Bueno, pues ésta no lo hará —había prometido Hope a Caroline Delacroix y se lo volvió a prometer a sí misma mientras viajaba hacia la casa de los Delacroix en Cornwall.

Era su primera visita. La madre de Jack había ido a Londres a conocerla poco antes de la boda y había salido de viaje a China poco después de acabar. A la vuelta les había hecho una breve visita y había invitado a Hope a visitarles en Cornwall. Pero el trabajo de Jack había imposibilitado hasta un viaje de fin de semana y el único contacto de Hope con su suegra había sido por teléfono. La madre de Jack había quedado encantada ante la idea de ser abuela y había aceptado de buen grado que ella pasara los últimos meses de embarazo en Cornwall. Pero cuando por fin se acercaron a la casa familiar de los Delacroix, Hope sintió que estaba invadiendo la

intimidad.

Se llamaba Heron y era magnífica. Se elevaba en una colina con vistas al Atlántico y era la casa más maravillosa que había visto en su vida. Era de cuento de hadas con almenas y torres, jardines vallados y lugares secretos. Era grande sin ser imponente ni ostentosa. Sugería una época pasada, de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando las familias numerosas eran lo habitual y Hope se podía imaginar las voces de los niños, los resonando por los recodos de los muchos pasajes de piedra.

—Pertenecía a la familia de mi padre. Eran siete hermanos, pero la heredó él por ser el primogénito —le contó Caroline al pie de la escalera principal—. El se le dejó a mi hermana mayor, que no tuvo hijos. Murió hace un par de años.

—¿Fue entonces cuando se trasladó a vivir aquí? —preguntó Hope.

—Oh, no, siempre he vivido aquí —Caroline sonrió al mirar con placer el recibidor—. Aparte de los años que pasé en Francia. Volví aquí con los niños. Mi padre se la dejó a Hetty porque sentía que yo tenía una seguridad financiera, pero siempre fue la casa de la familia. Hetty me ayudó también a criar a mis hijos, aunque estaba mucho más interesada en sus perros.

—Tenía seis —intervino Jack—. Setters irlandeses. Dedicó su vida a intentar criar un campeón.

—¿Y lo consiguió?

—No exactamente —replicó Caroline—, pero uno de sus perros fue abuelo de un campeón mundial… De todas formas, espero que te gusten los perros.

Hope asintió.

—Sí, tuvimos uno cuando yo era pequeña.

—Bien —asintió Caroline—, porque Guy parece haber heredado parte del fanatismo de Hetty. Tiene tres setters y a cual más loco. Le dije que los encerrara hasta que tú estuvieras instalada.

—O sea que Guy guarda aquí a sus perros…

—A sus perros y a él.

Mientras Hope dirigía la vista horrorizada hacia el fondo del recibidor, Guy emergió de entre las sombras.

—Aquí estás —saludó Caroline a su hijo con una mezcla de orgullo y exasperación—. Te estuve buscando para avisarte de que habían llegado, pero habías desaparecido.

—Estaba encerrando a los perros, como me sugeriste —contestó

a su madre sin dejar de observar a Hope.

Cuando se habían conocido, ella estaba tan delgada como una raspa y completamente saludable, con su melena rubia muy sedosa y la piel clara y limpia. Vestida de premamá, con el pelo escapando de una cinta y la piel blanco azulada, tenía un aspecto tan malo como ella misma se sentía.

—Has cambiado —comentó él sin rodeos.

—Pues tú no.

Lo cual era una pena, indicó su tono de voz.

Jack notó la enemistad entre ellos y en todo caso, le divirtió. Pero Caroline frunció el ceño como si se le hubiera ocurrido que la vida en Heron pudiera complicarse en los meses siguientes.

—Supongo que nadie te había informado de que yo vivía aquí —continuó Guy sin alterarse.

—No quería asustarla, hermanito —dijo Jack.

—No, no me imagino que quisieras.

Parecía querer sugerir algo más de lo que había dicho y Jack pareció entender porque sonrió con gesto conspirador a su hermano. Sin embargo, Guy mantuvo la expresión impasible.

Hope se preguntó como aquellos dos hombres podían ser hermanos. Jack era el encanto personificado y Guy carecía por completo de tal cualidad.

Su madre decidió que ya era hora de instalarla.

—¿Quieres ver tu habitación? Guy sugirió que podrías desear tener más intimidad, así que he organizado las cosas para que estés en el ala oeste.

—Gracias.

A Hope le encantó la habitación y no ocultó su entusiasmo. La madre de Jack asintió con alivio.

—Me alegro de que te guste. Pensaba que el gusto de Guy podía ser demasiado funcional para una chica joven.

—¿Estas son las habitaciones de Guy?

A Hope le cambió la cara.

Caroline comprendió su error y la tranquilizó al instante.

—Sí, pero no te preocupes. No vas a echarle. El sólo viene los fines de semana y le encantó trasladarse al ala este.

A cualquier sitio mientras estuviera lejos de ella, pensó Hope. Enseguida se dijo a sí misma que no debía ser tan paranoica. Guy Delacroix podía haber sido desagradable, pero ella no era tan importante para él.

Y así fue durante los dos meses siguientes en ella vivió en el limbo de la casa de la colina. Caroline era amable sin ser efusiva y Guy apenas aparecía. Tenía el trabajo en Truro y sólo le veía los fines de semana, de paso o en la cena de los domingos. Con la disculpa de no encontrarse bien, hasta poda evitar aquel contacto. Si su embarazo no hubiera salido tan mal, probablemente podrían haber mantenido la distancia durante su estancia en la casa.

Pero las cosas empeoraron. Faltaban seis semanas para el parto. Hope había visto tan poco a Jack como a su hermano y la separación no había mejorado su relación. Mientras que ella estaba agotada por aquel embarazo, él estaba acelerado por completo con la gira. No paraba de hacer cosas, beber, ir de fiestas y llevar la vida de soltero. Sólo estaba atado a ella por obligación.

—Todo volverá a la normalidad en cuanto nazca el niño —seguía diciendo.

Y Hope pensaba que intentaba tranquilizarse más a él mismo que a ella.

Se le caía el mundo a los pies cada vez que comprendía la vida que Jack planeaba para ellos. Las giras, los conciertos y los viajes continuarían. Ella iría con él y el bebé se quedaría en casa con la niñera.

Pero Hope no compartía aquellos planes. Por muy enferma o sola que se sintiera, ya amaba a aquel niño que llevaba dentro. Dejarle sería para ella una agonía, pero si no lo hacía, perdería a Jack.

A veces se preguntaba si no lo habría perdido ya. Sus visitas eran cada vez menos frecuentes. Sólo con lágrimas le había sacado la promesa de que estuviera a su lado la semana anterior al parto.

Al final, no llegó. El niño se adelantó y fue terrible. Ella estaba sola. Caroline se había ofrecido a quedarse, pero Hope había insistido en que saliera como hacía cada viernes por la noche. Guy no había regresado de Truro.

La tormenta empezó a las nueve. A Hope no le asustaban las tormentas, pero aquella era brutal. Los relámpagos rasgaban el cielo con violencia y la lluvia que caía a jarros mientras ella contemplaba las olas gigantes desde su salita. Se fue a otra ventana y cuando miró al jardín, un relámpago pareció caer justo encima de la casa. Se quedó paralizada del susto.

Pasaron un par de minutos antes de que se diera cuenta de que no era sólo su corazón el que se había contraído por el miedo. El

bebé estaba llegando. Intentó que el pánico no se apoderara de ella. Se había repetido tantas veces lo que harían cuando llegara el momento… pero siempre había pensado en los dos. Ahora estaba sola.

Se le ocurrió que ya siempre estaría sola. Era una perspectiva poco halagüeña y la apartó de la cabeza para concentrarse en las cosas prácticas.

Se acercó hasta el teléfono para hacer lo obvio: llamar a una ambulancia. No había línea. No podía creerlo. Colgó de un golpe como si eso pudiera arreglar la avería. No fue así.

Se le escapó un sollozo pero contuvo el segundo. Si quería que ese bebé viviera, tenía que mantener la cabeza fría. Conducir hasta el hospital sería casi imposible. Tendría que esperar hasta que Caroline llegara a casa, pero eso podrían ser dos horas o quizá tres. Tendría que bajar al piso inferior mientras todavía pudiera. Si no lo hacía, Caroline podría irse a la cama sin siquiera verla.

Se puso en pie y avanzó por el largo corredor hasta llegar a la escalera principal. Se sujetó con fuerza contra la barandilla para bajar. No había engordado demasiado, pero estaba muy cansada y débil debido a la anemia. Estaba casi abajo cuando sintió otra contracción. Se apretó el vientre y se sentó en el tercer escalón intentando respirar para aliviar el dolor.

Le pareció interminable el tiempo que permaneció allí sentada rogando porque llegara algún tipo de ayuda. Las contracciones llegaban cada cinco minutos cuando escuchó un portazo en la puerta principal. Hubiera llorado de alivio.

Con el último aliento que le quedaba en el cuerpo, llamó a Caroline y gimió al sentir otra contracción. Echó la cabeza hacia atrás con la frente empapada por el esfuerzo y el miedo.

Pero no era Caroline.

En el recibidor apareció Guy Delacroix con el pelo mojado por la lluvia.

—Soy yo.

Guy frunció el ceño con incredulidad.

—Estás de parto.

Ella asintió.

—¿Has llamado a una ambulancia?

—Lo he intentado, pero no hay línea.

—Lo intentaré de nuevo.

Guy cruzó el recibidor hasta el teléfono para comprobar que

seguían sin línea.

—De acuerdo. Sacaré mi coche del garaje y lo traeré frente a la puerta.

Cuando la dejó, Hope hizo un esfuerzo por controlar el pánico. Tenía miedo por el bebé. Era demasiado prematuro.

Guy regresó enseguida. Cuando apareció por la puerta, Hope intentó levantarse, pero tuvo otra contracción. La punzada de dolor la hizo desplomarse de nuevo en el escalón.

Guy se acercó a ella y esperó a que remitiera el dolor antes de ayudarla a levantase.

—Pasa el brazo por encima de mis hombros —le ordenó con suavidad.

Aguantando la mayor parte de su peso, la condujo hasta el coche y la instaló en la parte trasera para que pudiera tumbarse.

—Le dejaré una nota a mi madre. Con suerte, llegará enseguida para hacerse cargo de ti.

Desapareció en la casa y aunque sólo tardó uno o dos minutos, a Hope le pareció una eternidad. Le puso una manta por encima y puso el coche en marcha.

Guy no la molestó con una conversación innecesaria. Sólo condujo callado y cuando ella gimió de dolor le preguntó:

—¿Cada cuanto tienes las contracciones?

—Cada cuatro o cinco minutos.

Guy pareció acelerar. El camino hasta la carretera principal era bastante tortuoso, pero él tomaba las curvas con facilidad sin parecer afectado por los relámpagos que rasgaban el cielo.

Hope estaba asustada, pero la calma de Guy le ayudó a contener su miedo. Llegaron al hospital sin ningún incidente más y después de escuchar las indicaciones del encargado del aparcamiento, Guy condujo directamente hasta la entrada del departamento de maternidad. La dejó sola un instante hasta encontrar a una enfermera, que reconoció que la situación no era normal y lo siguiente que supo Hope fue que la llevaban en camilla por los corredores.

Guy estaba de pie mirándola con el ceño fruncido quizá preguntándose cómo podría zafarse, cuando otra contracción la hizo doblar las rodillas.

—Agárrele la mano, papá —aconsejó la enfermera—. Creo que su hijo está de camino.

Guy permaneció inmóvil un momento. Hope esperó a que

negara la identidad que le habían adjudicado, pero el sólo le tomó de la mano.

—El no es…

No pudo terminar de explicarlo. La contracción fue todavía peor. No podía creer que el dolor fuera tan fuerte. Le apretó la mano a Guy como si le pudiera traspasar parte del dolor y pareció servir de ayuda. De cualquier manera, ya no le quedó aliento para explicar nada cuando llegó el médico de guardia.

Después de eso, todo sucedió con mucha rapidez. Había empezado a sangrar y el doctor decidió que una cesárea era la única opción posible. Todavía de la mano de Guy, perdió la conciencia antes de llegar al quirófano. Los doctores hicieron todo lo que pudieron, pero era demasiado tarde. Su bebé era un niño, pero nació muerto.

Algún tiempo después se despertó conectada a un gotero. Guy estaba a su lado esperando. No dijo una sola palabra, pero Hope vio la verdad en sus ojos.

Siempre le había considerado un hombre frío y sin emociones, pero esa noche la mantuvo en sus brazos mientras lloraba con desconsuelo y amargura por haber perdido a su primer hijo.

Por la mañana, Guy seguía allí. Estuvo sentado en el borde de la cama a su lado mientras ella dormía y cuando despertó, la tomó de la mano.

Hope reprimió las lágrimas y dijo:

—Lo siento.

Era Jack el que debería estar allí compartiendo su sufrimiento. Guy sólo sacudió la cabeza.

—¿Cómo te sientes?

—Vacía —se puso una mano en el estómago como para proteger a su bebé, pero ya no lo tenía.

Caroline apareció por la tarde. Debido a la tormenta, se había quedado en casa de una amiga a pasar la noche y acababa de llegar y leer la nota de Guy.

Sustituyó a Guy al lado de su cama mientras él volvía a intentar ponerse en contacto con Jack, que estaba al otro lado del Atlántico.

Llegaron flores con notas de simpatía antes que Jack, que no apareció hasta el día siguiente. Sólo entonces se retiró Guy de su lado, probablemente aliviado de que su hermano estuviera allí para consolarla.

Pero, por supuesto, no fue así. Jack habló con ella, pero sus

palabras no fueron las adecuadas. Intentó consolarla diciendo que era demasiado pequeño para sobrevivir, pero el cuerpo de Hope no lo sentía así. Ansiaba abrazar la vida que había creado tan brevemente.

Permaneció en el hospital una semana antes de volver a Heron. Jack se incorporó a su ira sugiriendo que se reuniera con él en cuanto estuviera recuperada.

Quizá debería haberle dejado entonces, cuando su amor por él había muerto junto con su bebé. Pero no pudo aceptar el fracaso. Había visto desintegrarse los matrimonios de su padre con tanta facilidad que se había jurado que las cosas serían diferentes para ella. Sintió que no le quedaba otra alternativa que seguir con Jack.

A Guy Delacroix le debió parecer debilidad. Siguió siendo amable con ella cuando dejó el hospital, pero la amabilidad se transformó en incredulidad cuando Hope anunció una noche durante la cena que tenía intención de ir a Estados Unidos para reunirse con Jack.

Si Caroline sintió alguna reserva, se las guardó para sí misma. Guy esperó hasta que su madre abandonó el comedor antes de expresar las suyas.

—No puedes irte —dijo desde el otro lado de la mesa—. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias.

—Ya sabes lo que quiero decir —la acusó irritado—. Sólo han pasado cuatro semanas y el doctor dijo que debías descansar.

—Bueno, tampoco es que vaya a trabajar en América.

—¡Ese no es el asunto! —siguió él exasperado—. ¿Quién cuidará de ti si caes enferma? Y no me digas que Jack. El apenas sabe cuidar de sí mismo.

—Tengo que irme —dijo simplemente—. Jack es mi marido.

A Hope le pareció una razón definitiva, pero no a Guy.

—Eso es un error que puedes remediar.

Esa vez, a Hope le dolió.

—¿Por qué estás tan en contra mía, Guy?

—¡Por Dios, Hope!, no estoy en contra tuya. Eso es lo último que estaría. Si supieras… —se detuvo a mitad de la frase—. Sólo estoy preocupado por ti. Eres todavía tan…

—Joven —terminó ella por él—. No Guy, ya no lo soy.

Hope no creía volver a sentirse joven nunca más. El dolor la había envejecido.

Guy lo entendió y su enfado se transformó en compasión. Estiró la mano sobre la mesa y cubrió la de ella. El gesto fue demasiado para Hope. No quería su piedad. Ni siquiera quería pensar en lo que habría querido de Guy si las cosas hubieran sido diferentes.

Apartó la mano y salió corriendo del comedor. El no la siguió.

Partió para Estados Unidos un día después sin haber vuelto a hablar con Guy.

Pero iba a volver.

Capítulo 2

—Hay un hombre merodeando por ahí fuera —anunció Maxine cuando entró en la cocina.

—¿Un hombre?

Hope volvió al presente de golpe.

—Lleva ahí un par de minutos. Creo que está decidiendo si tiene la dirección correcta. La tiene escrita, pero claro, el nueve de nuestra puerta se ha soltado y parece un seis… Creo que ya te lo había dicho.

Cuando sonó el timbre, Maxine siguió:

—Debe ser él. Debe haberse imaginado que si nuestra puerta está entre el diecisiete y el veintiuno, no puede ser el dieciséis. Supongo que será algún sistema para alejar a los visitantes morosos, pero de verdad que yo lo arreglaría, mamá. Si fuera tú.

—Gracias, Maxine. Lo haré.

Hope se preguntó que habría hecho para merecer una hija tan diferente a ella.

Fanática del orden, Maxine no podía soportar que las cosas no funcionaran o estuvieran fuera de su sitio.

Ahora miraba con gesto de desaprobación como Hope rebuscaba entre una pila de papeles en la mesa de la cocina.

—¿No piensas abrir?

—¿Podrías hacerlo tú? —le pidió Hope—. Es una moto de una de las agencias de publicidad. Le envían a recoger unas melodías para unos anuncios que he escrito, pero no consigo encontrarlas.

—¡De verdad, mamá! —se desesperó Maxine ante la ineficacia de su madre—. A mí no me parece un mensajero. Para empezar, no lleva casco.

—Lo habrá dejado en la moto. Por favor, Maxine… antes de que desista.

—De acuerdo.

Su hija se encogió de hombros y salió de la cocina.

Hope siguió buscando las hojas de música que ya debería tener listas. Representaban tres días de trabajo y una buena cantidad de dinero.

Maxine entró de nuevo.

—Quiere verte, pero no es un mensajero.

—¿Le has preguntado quién es?

—No, pero tiene buen aspecto —le aseguró Maxine—. Lleva traje y corbata y ha sido bastante educado.

—¡Oh, no! Probablemente será un vendedor de ventanas —Hope recibía un número desproporcionado de tales visitantes, probablemente por tener los marcos metálicos un poco oxidados—. Yo soy una inútil para deshacerme de ellos.

—Diles sólo que no tienes dinero.

Hope alzó la vista ante el comentario de su hija, que se fue al comedor a reunirse con su amiga que había ido para estudiar juntas.

Se acercó a la puerta principal y miró a través del cristal opaco para ver al hombre de espaldas a ella en el recibidor. Inspiró con fuerza y se dijo a sí misma que tenía que ser firme. Entonces abrió un poco la puerta del recibidor.

—Mire, si se trata de las ventanas…

Guy Delacroix giró sobre sus talones y la miró larga y duramente por un momento. Ella le devolvió la mirada completamente aturdida. Los años se desvanecieron y sintió un traidor vuelco en el corazón al verle.

—Has cambiado —dijo él con su tono preciso.

Hope sintió un estremecimiento ante la sensación de haberlo vivido ya.

Se reprimió de decir que él no lo había hecho mientras su pasado se deslizaba ante sus ojos como ante los de un hombre que se está ahogando.

—¿Esa era tu hija?

—Yo… —hubiera querido mentir, pero negar la existencia de Maxine sería absurdo. Guy debía haberse enterado por Jack—. Sí… es Maxine.

—Se parece bastante a mi padre.

Tenía razón. Se parecía a su padre. Al padre de Jack. La misma persona. Solía olvidarlo. Los hermanos eran tan diferentes…

—Tengo algunas noticias para ti —siguió él—. ¿Puedo pasar?

Hope vaciló con deseos de decir que no. Guy no le dio la oportunidad y pasó por delante de ella. Esperó después a que cerrara la puerta y abriera ella el camino.

Hope evitó ir al comedor donde estaba Maxine y le llevó a la cocina.

Era una cocina muy grande con una mesa central y sillas.

Cuando Guy se quedó de pie en la puerta, se le hizo pequeña.

Vestido con un traje oscuro muy conservador, hasta hacía que la habitación pareciera sórdida.

—¿Quieres sentarte?

Hope odiaba la forma en que la hacía sentir.

El sacudió la cabeza.

—No tardaré mucho. Como ya te he dicho, tengo que darte algunas noticias.

—Ya me he enterado por la radio.

Guy la volvió a mirar y ella alzó un poco más la cabeza para no darle la satisfacción de verla disgustada.

—¿Y Maxine? —preguntó él enseguida.

—Ya se lo he contado.

Guy frunció el ceño.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

Hope se encogió de hombros. No iba a explicarle los sentimientos de Maxine. Debía pensar que la chica que le había abierto la puerta apenas parecía alterada, pero ¿qué esperaba? Debía saber que Maxine apenas había conocido a Jack.

—¿Querrá ir al funeral?

—Bueno, no estoy segura.

Hope ni siquiera había pensado en ello todavía. Jack se acababa de matar esa misma mañana.

—¿Y tú? —añadió Guy.

—No creo que a Jack le hubiera gustado.

—No, probablemente no. ¿Por eso tampoco fuiste al funeral de mi madre?

—No, no pensé que te gustara a ti.

Guy entrecerró los ojos.

—No, tienes razón. No me hubiera gustado. Y sin embargo, acudiste de todas formas.

—¿Qué quieres decir?

A Hope le traicionó el sonrojo.

—Que volví al cementerio después del servicio. Y te vi allí.

Hope se había mantenido en contacto con Caroline Delacroix incluso después de romper con Jack. De vez en cuando, la madre de Jack la llamaba cuando estaba en Londres y había ido a ver a Maxine, su única nieta. Pero Hope sabía que no les había mencionado aquellas visitas a sus hijos.

—Me llamó su abogado diciendo que era deseo de tu madre que

estuviera allí. No me quedó más remedio.

Había ido en tren hasta Penzance; había esperado hasta que había acabado el servicio religioso y había colocado un ramo de flores anónimo entre otros despidiéndose con lágrimas de una mujer encantadora.

Hope frunció el ceño al pensar que la había estado observando. ¿Qué habría sentido? Rabia de que hubiera tenido el valor de aparecer, supuso.

Guy la estaba observando ahora, probablemente como entonces, con desprecio en sus fríos ojos grises.

—El abogado quería decir que fueras a la casa, para la lectura del testamento…

Dejó la frase colgada en el aire, esperando la reacción de ella.

Hope no mordió el anzuelo. No había esperado que Caroline le dejara nada, y si lo hubiera hecho, ya se habría enterado a esas alturas. Habían pasado casi dos años desde su muerte.

—¿Nunca te preguntaste si te había dejado algo?

—¿Y por qué debería? —Hope se encogió de hombros—. Yo no era responsabilidad suya.

—No, pero lo eras de Jack.

Guy echó un vistazo a su alrededor fijándose en el estado de la cocina.

A Hope no le avergonzaba su casa. Era pequeña y los muebles viejos, pero había hecho todo lo que había podido y era una casa acogedora. La mesa y las sillas de la cocina eran viejas y estaban rayadas, pero eran de pino macizo. Ella no tenía dinero para comprar muebles nuevos, pero había cambiado los suelos y la había empapelado ella misma.

Pero a Guy Delacroix no le impresionó gran cosa. Con un apartamento de lujo en Truro y la magnífica villa de Heron, su casa de Poutney probablemente le parecería como vivir en el límite de la pobreza.

—No parece que Jack te dejara muy bien instalada, ¿verdad?

Hope le miró con incredulidad. ¿Cómo se atrevía a decirle aquello?

—Bueno, ya te encargaste tú de ello, ¿no es verdad? Guy arqueó las cejas con sorpresa.

—Espero que expliques ese comentario.

Hope apretó los labios. El lo sabía muy bien.

—¡Vamos! Fuiste tú el que aconsejó a Jack lo poco con lo que se

podía librar. ¿No creíste que me lo contaría?

Esa vez, él ni siquiera parpadeó. Leer algo en la expresión de Guy siempre había sido difícil, pero en ese momento fue imposible.

—Jack te dijo que yo le había aconsejado lo de tu pensión —repitió él sin entonación.

—¡No lo niegues!

—De acuerdo, no lo haré —dijo él con frialdad con los ojos fijos en su cara.

Hope se negó a dejarse intimidar y le devolvió la mirada. Fue un error. Vio reflejados tantos recuerdos en sus ojos, que por un momento, como años atrás, volvió a sentir aquella curiosa mezcla de atracción y miedo.

Se dio la vuelta y empezó a afanarse en la cocina hablando para ocultar su confusión.

—Le preguntaré a Maxine si quiere ir al funeral. Si acepta, te lo haré saber… Ahora, si eso es todo, voy a preparar un té.

Puso agua en un cazo y lo posó con estrépito en la cocina. Después intentó encender el gas con un mechero. Lo apretó repetidas veces y nada. El olor a gas invadió la habitación.

—Se le ha acabado la piedra —anunció Guy.

Eso no mejoró el humor de Hope. Se dio la vuelta hacia él con la idea de decirle que se perdiera y casi se chocaron al ir él a apagar el gas. Se sujetó a sus brazos para no perder el equilibrio y al minuto deseé no haberlo hecho. El la sujetó un momento y su contacto fue como una llama sobre sus brazos desnudos.

Guy notó como le temblaba el cuerpo y clavó la mirada en ella intentando leerle el alma.

Aturdida por su propia debilidad, Hope se obligó a recordarlo todo. No sólo el amor, sino lo que le había seguido. El dolor. La pérdida. El último dolor de la traición.

No pareció servir de nada: su cuerpo seguía tembloroso ante su proximidad. A él tampoco pareció servirle de nada porque le empezó a acariciar los brazos.

—Tanto tiempo y no ha cambiado nada —le susurró al oído mientras permanecían los dos atrapados por el pasado.

Hope sacudió la cabeza y jadeó:

—Te odio.

—Y yo también te odio.

Pero Guy tenía razón. No había cambiado nada. El deseo era tan fuerte como el odio e igualmente destructivo.

Hope intentó soltarse, pero él la mantuvo apretada con facilidad. No sólo con las manos sino con los ojos. Era extraño cómo aquellos ojos fríos y grises podían ser tan hechiceros.

—¿Mm… mm…?

Maxine apareció en el umbral y deslizó la mirada de uno a otro sin saber qué era lo que estaba presenciando.

Por fin, Hope se soltó y casi cayó sobre Guy.

—No sabía que estabas aquí.

Maxine no dijo nada pero miró con hostilidad a Guy. El no pareció darse por enterado y la saludó con una voz extrañamente suave:

—Hola, Maxine.

—Maxine, éste es tu tío…

—Guy —terminó su hija por ella—. Ya me acuerdo. Mi padre me habló de ti.

—Siento lo de tu padre —se condolió Guy.

—Gracias.

—Ya sé que no le habías visto mucho últimamente —siguió él—, pero se pasaba la mayor parte del año actuando en América.

—¿Fue allí donde… murió? —balbuceó Maxine para ver como Guy asentía—. ¿Y le enterrarán allí?

Su tío sacudió la cabeza.

—No, le traemos a la casa de Cornwall. Por eso he venido… para informarte del funeral.

—¿Tengo que ir?

Maxine pareció un poco alarmada ante la idea.

Hope decidió que ya era hora de hablar.

—No, por supuesto que no. Sólo si quieres…

—Nunca he estado en un funeral…

—No tienes por qué preocuparte —dijo con suavidad Guy—. Es sólo una forma de decir adiós.

—Sí, supongo que sí.

Hope reconoció que lo había explicado muy bien. Para ser un hombre sin hijos, desde luego sabía como hablarles.

Pero quizá no fuera así. Ella sólo lo había supuesto. ¿Quién sabía? Podría estar casado y con su propia familia a esas alturas.

—Puedo cuidar de Maxine después del servicio si te parece bien —dijo al ver la expresión de Hope.

—Yo… bueno —Hope miró a su hija, que asintió—. Sí, puede ser.

Hope sintió que le habían dejado poca elección. Maxine tenía derecho a ir si quería, y parecía que sí. Su hostilidad inicial hacia Guy se había desvanecido con rapidez y Hope se preguntaba cómo lo habría conseguido. Observó como intercambiaron una sonrisa y se le cayó el alma a los pies un poco.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó a su hija para cambiar de tema.

—Está estudiando en el salón. He venido a buscar algo de beber.

—De acuerdo.

Hope abrió el frigorífico y sacó dos latas de coca cola, que casi le arrojó a su hija a las manos en la prisa por deshacerse de ella.

Por suerte, Maxine captó la indirecta.

—Hasta luego —le dijo a su tío antes de pararse en la puerta—. ¿Te quedas a tomar té?

—No, pero me mantendré en contacto —Guy le devolvió la sonrisa a Maxine antes de que desapareciera—. Es preciosa —le dijo a Hope con desconcertante franqueza.

Hope sintió una oleada de orgullo, seguida de culpabilidad y después de enfado. No había sido todo culpa suya. No tenía elección y no podía echarse atrás.

—¿Has tenido tú alguno? Guy arqueó una ceja.

—¿Algún qué?

—¡Niño!

—No.

¿Estaría casado? ¿Habría decidido no tener hijos?

Hope se dijo que no era asunto suyo. Había pasado mucho tiempo y sólo eran dos extraños. Quizá siempre lo hubieran sido. Decidió dejar los asuntos personales, cuando Guy atacó de nuevo:

—Supongo que mereció la pena… volver con Jack, aunque sólo fuera temporalmente.

—¿Qué?

—¿Tener a Maxine quiero decir. Supongo que ese fue el motivo de tu breve reconciliación con mi hermano.

—¿Cómo te atreves…?

—¿Qué cómo me atrevo a decir la verdad? —Guy volvió a reducir la distancia entre ellos—. ¿Y por qué no? Eso apenas importa ya. Era sólo curiosidad. ¿Cuánto tiempo duró, un mes… dos?

—Cinco semanas.

—¿Cinco semanas? Veamos, entonces. Suficiente tiempo para

concebir, tener el embarazo confirmado y firmar los papeles del divorcio. ¡Qué rapidez!

—¡Eso no fue así! —Hope sintió más dolor que enfado por que no la creyera—. Yo nunca pretendí volver con Jack. Si al menos me escucharas…

—¿Qué te escuchara? —la sujetó por los brazos cuando ella intentó apartarse—. ¿Para que pudieras contar más mentiras y hacer más promesas que nunca cumplirías?

—¡Bueno, en eso somos parecidos!

Hope recordó todo lo que él había dicho, sus palabras de amor y las promesas de un futuro juntos.

—Así que quizá nos merezcamos el uno al otro —dijo él con una sonrisa cruel—. Quizá deberías haberte quedado conmigo… pero entones no estabas tan segura de que yo pudiera darte un niño, ¿verdad? Sin embargo, mi hermano ya lo había demostrado…

—¡Cállate! —gritó Hope—. Tú y tu hermano. Estaba harta de los dos. Lo único que tú querías de mí era…

Se tragó sus propias palabras, pero Guy no se amilanó:

—¿Sexo? —se rió con desprecio—. No te engañes. Tú nunca fuiste tan buena.

—¡Tú… tú!

Una década de rabia acumulada se derramó y Hope alzó la mano y le abofeteó en la mejilla.

¿Quién quedó más sorprendido: Hope, que nunca había pegado a nadie en su vida, o Guy, al que nunca habían pegado?

De cualquier manera, Hope quedó horrorizada e intentó apartarse de él, de sí misma y de la violencia de las emociones entre ellos.

Fue Guy quien pareció hacerse dueño de la situación. Estiró un brazo y la atrajo hacia sí obligándola a mirarle y a ver la curiosa expresión de triunfo de su cara. La confundió por un momento su vacilación mientras bajaba la cabeza.

Sus labios habían cubierto los de ella antes siquiera de que Hope se diera cuenta de sus intenciones. La besó con dureza haciéndola daño por haberle pegado.

Un beso y toda la respiración, razón y juicio abandonaron el cuerpo de Hope, incluso mientras le golpeaba en los hombros y le daba patadas para intentar zafarse, sintió por todo el cuerpo la más terrible excitación.

Guy lo sabía. Lo podía sentir. Por eso siguió besándola,

obligándola a abrir los labios y la boca; invadiéndola, saboreándola y recordando su dulzura, su suavidad y su olor, todavía iguales que antaño.

Hope se quedó aturdida. No había cambiado nada. Guy la había tocado y ella había perdido el orgullo, la fuerza y la voluntad. Guy la abrazaba, con sus manos fuertes y masculinas deslizándose por su espalda y recordando su forma como si tuviera todo el derecho. Y todo sin dejar de besarla en ningún momento en las mejillas, los ojos, las sienes, para volver después a sus labios y morder, chupar y lamer hasta que la oyó gemir. Ya no pudo detener los recuerdos del tiempo en que se habían amado. El tiempo más breve del mundo, pero impreso en su cerebro como si hubiera durado cien años.

Así como las palabras que había pronunciado a continuación:

—No ha sido nada. Sólo sexo. Cercanía. Curiosidad.

Cada palabra había sido como un martillazo en el corazón, pero eran las palabras que acudían ahora a salvarle el orgullo. Fueron las que la hicieron gritar:

Y lo pensaba en serio mientras se apartaba de él con una maldición en voz baja.

Guy observó como se limpiaba la boca con el dorso de la mano. Fue un gesto de asco, realizado con la intención de herir, pero la sonrisa de él se burló de su pequeña muestra de orgullo.

—Mentí —dijo en voz grave—. Sí eras tan buena.

No fue un cumplido. La mirada de su cara le decía que era en lo único que había sido buena. Para uno o dos encuentros rápidos en la cama.

Esa vez no le abofeteó. La rabia dio paso a la humillación.

El tenía la última palabra, como siempre. Guy se dio la vuelta y salió de la cocina. Hope escuchó abrirse la puerta de la calle. No dio un portazo.

Guy Delacroix tenía demasiado control como para aquellos gestos. No la había besado por impulso o deseo.

Había querido comprobar si todavía podía conseguir que se comportara como una débil tonta.

Y podía.

Hope se abrazó el cuerpo, que seguía tembloroso por la mezcla de emociones. Se sentía un poco enferma. Deseaba subir, echarse en la cama y dormir. Dormir los días que hiciera falta para olvidar a Guy Delacroix una vez más.

Pero no podía. Su hija entró en la cocina y la miró con

curiosidad la cara sonrojada. Hope se refugió en su papel de madre y se afanó en la cocina.

Pero no consiguió librarse de Guy con tanta facilidad y Maxine insistió en bombardearla con preguntas acerca de su tío.

Le puso de golpe el plato enfrente y eso evitó que Maxine siguiera hablando del pasado o de Guy.

Pero más tarde, cuando su hija se fue a la cama, Hope no pudo silenciar sus pensamientos.

Por supuesto, las cosas habían salido como Guy había predicho. Ella se había reunido con Jack en su gira por América y había sido un desastre. Moviéndose de una ciudad a otra, viviendo como un caracol y quedándose sola y despierta en habitaciones de hoteles mientras Jack daba fiestas para todo el que quisiera unirse. Seguía estando sola al día siguiente mientras él dormía la juerga.

Nunca hubiera sido una vida para ella, pero la depresión puso las cosas peor. Sólo habían pasado tres meses desde la pérdida de su hijo.

Jack, si es que había sufrido algo por dicha pérdida, la había apartado de su mente tiempo atrás. Hope no se sentía preparada todavía para hacer el amor, pero la poca tolerancia por parte de Jack se convirtió enseguida en resentimiento hacia él. Y ella había desistido. El sexo se había convertido en una actividad física sin alegría ni amor y Jack no parecía haberlo notado.

Llevaba en América quince días cuando se sintió enferma. Llevaba días sin sentirse bien y se había despertado de madrugada con bastante dolor en el abdomen. Y sin señales de Jack.

Había telefoneado a la recepción del hotel justo antes de desmayarse. Había llegado un doctor y había llamado a una ambulancia para llevarla al hospital. Habían resultado ser complicaciones ginecológicas que podrían dar lugar a daños irreversibles. Era improbable que pudiera tener más niños.

Todo había sucedido igual que en el parto. Jack había aparecido al día siguiente con flores, excusas y aparente preocupación. Hope le había contado que había posibilidades de que ya no pudiera tener niños y él se había tomado la mala noticia demasiado bien.

Había justificado su ausencia con una partida de póker de toda la noche y Hope no había investigado. Ella misma se sentía un poco culpable porque durante la crisis se había encontrado deseando que fuera otro hombre el que estuviera allí, uno que pudiera encargarse de todo, que fuera fuerte, nada egoísta y fiable.

Había vuelto a Inglaterra en cuanto le habían dado el alta del hospital. Jack había hecho el esfuerzo de convencerla para que se quedara, pero había encargado las reservas del avión con demasiada rapidez.

No le habían sentado tan bien sus planes de quedarse con su amiga Vicki hasta que encontrara una casa para ellos en Londres. Incluso sin estar de gira, Jack prefería vivir en hoteles, con su servicio de habitaciones antes de mantener una casa. Hasta el último momento en que tomó el avión, él siguió intentando convencerla.

Hope había llamado a Vicki de antemano, por supuesto. Su amiga había parecido abatida al principio y después había simpatizado con ella. Ella misma había ido de gira con Jack el año anterior y sabía el agotamiento que suponía. De su inicial vacilación, había pasado a insistir en que se quedara con ella.

—¿Ha aceptado? —preguntó Jack casi sobresaltado cuando Hope colgó el teléfono.

Hope asintió y frunció el ceño.

—Ya sé que piensas que Vicki es egoísta y tonta, pero realmente no es… Tú mismo dijiste que era bastante útil como asistente.

—Sí, bueno… —Jack seguía sin parecer contento—. Es diferente. Tú necesitas a alguien que pueda cuidar de ti.

—Supongo…

Jack no discutió más y Hope supuso que el asunto había quedado zanjado. Entonces no conocía a su marido demasiado bien. Si quería que algo saliera a su manera, se encargaba de que otros le ayudaran a conseguirlo.

En aquel caso, fue Guy el que apareció a recibirla en el aeropuerto de Heathrow. Pero también estaba Vicki.

Hope los vio a los dos al instante, antes de que la vieran a ella. Aunque no era de sorprender porque estaban enzarzados en una fuerte discusión y Guy tenía sujeta a Vicki por el brazo mientras le hablaba. Hope quedó tan sorprendida que se paró en seco a observar. Fuera lo que fuera de lo que estaban discutiendo, era algo acalorado y personal. Y sin embargo, ella no recordaba siquiera que se conocieran.

Seguía mirándolos cuando Guy alzó la vista y la vio. También lo hizo Vicki, que dio un paso adelante para detenerse ante algo que dijo Guy.

Debió ser algo fuerte, porque la otra chica dirigió a Hope una

mirada de ansiedad antes de pararse y casi salir corriendo en dirección opuesta, dejando a Guy libre el terreno.

—Pareces agotada. ¿Cómo estás? —la saludó en cuanto se acercó a ella.

—Yo… bien. ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde ha ido Vicki?

—No te preocupes por ella.

La tomó del brazo con la mano libre y empezó a encaminarse hacia la salida más próxima.

Hope le siguió para no hacer una escena. Estaba demasiado cansada como para empezar una discusión. En el autobús del aeropuerto que los llevó hasta el aparcamiento, dijo en voz baja y con rabia:

—No sé lo que crees que estás haciendo, pero voy a quedarme en casa de Vicki y no puedes detenerme.

Como siempre, él mantuvo la calma.

—Vicki ha cambiado de idea.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Vine al aeropuerto a decírtelo. Parece que se trata de algún novio.

Hope le miró como si pudiera averiguar la verdad por su gesto, pero los ojos de él no cedieron ni un ápice y ella se quedó callada, Suponía que era posible. Cuando había llamado a Vicki su amiga había vacilado al principio. Si tenía a su novio en la casa, eso lo explicaría todo.

¿Y qué iba a hacer ahora? Estaba sopesando las posibilidades cuando llegaron al coche y Guy se puso al volante de su Jaguar. Llevaban viajado un cuarto de hora cuando ella comprendió que estaban saliendo de Londres.

—¿A dónde vamos?

—A Heron. Jack ha pensado que sería lo mejor.

Hope hizo un esfuerzo por controlar la rabia.

—Jack pensó…

—Ya he oído lo que has dicho. ¡Para el coche!

—¿En la autopista? ¿No crees que eso es un poco dramático? Espera a que llegue a la gasolinera, ¿vale?

Hope echaba humo, pero no podía hacer nada. En vez de eso, se encontró preguntándose si aquel hombre no habría empezado a gustarla.

Pero cuando llegaron a la gasolinera, el sentimiento se había transformado en desagrado. Pero no tuvo ocasión de discutir,

porque él la instaló en una mesa antes de ir pedir café. Hope se preguntó si podría escaparse, pero aparte de que la llevara un total desconocido, no sabía como conseguirlo.

Guy llegó con el café y antes de que ella se lanzara al ataque, dejó claro sus intenciones.

—Jack me ha llamado por teléfono pidiéndome que viniera a buscarte y que te llevara a Heron hasta que él volviera. Cree que mi madre servirá de mucho más apoyo que Vicki y en eso estoy de acuerdo.

—Yo quiero vivir en Londres.

—Y probablemente lo harás. Pero mientras tanto, será mejor que te quedes en Cornwall esta vez hasta que estés restablecida por completo.

—Creo que voy a ir a llamar a Vicki por teléfono.

—Adelante, aunque dudo que haya llegado ya a casa… Simplemente no me culpes después si no te gusta lo que oyes —la advirtió.

Hope puso una mueca, pero se quedó sentada. El parecía seguro de su terreno, así que Vicki debía haber cambiado de idea y a Hope no le apetecía ser una tercera no deseada si su amiga se había llevado a su novio a casa. Por lo que recordaba, nunca se fiaba del gusto de Vicki en cuestión de hombres.

Volvió al coche con Guy porque no veía otra alternativa y a pesar del resentimiento e infelicidad, se pasó la mayor parte del viaje dormida.

Cuando llegaron a Heron, Caroline Delacroix la recibió como a una hija y al notar la tensión entre ellos, despidió a Guy de escena. Hope empezó a contarle todos sus problemas y Caroline la escuchó sin tomar partido, consolándola y apoyándola. Caroline debía saber ya que Jack no podía cambiar, pero no dijo nada.

Hope aceptó quedarse un mes hasta que Jack regresara y encontraran una casa para los dos. Al final se quedó seis meses, hasta que comprendió que no habría un hogar para ellos y que sus sueños se habían convertido en polvo.

Por supuesto que Jack volvió, pero sólo unos días en cada visita. El tiempo suficiente para recordarla que era su mujer. Lo suficiente para hacerla creer un poco el sueño y mantenerla esperando.

Pero en los intermedios, la soledad la estaba matando. Caroline intentaba ayudarla, pero Hope era demasiado joven para ser esposa, demasiado vieja para juegos infantiles, demasiado casada para

discotecas y demasiado soltera para cenas de parejas. Ayudaba en la casa y se pasaba horas leyendo, mirando por la ventana y paseando por los acantilados con la esperanza de que la brisa limpiara su infelicidad. Aquella era su vida y le parecía que estaba muriendo lentamente.

Fue Caroline Delacroix la que la cambió. En el plazo de menos de un año que llevaba conviviendo con Hope, había observado los ojos bril1ates y azules apagarse hasta el tono gris de un cielo plomizo y no pudo soportarlo. De verdad. Lo dijo muchas veces después y puso en movimiento la ruptura definitiva del matrimonio de su hijo, si tener ni idea de lo que estaba haciendo.

Caroline sólo había pensado que Hope necesitaba algún tipo de vida social fuera de Heron y reclutó a Guy para que se la proporcionara. Parecía la solución obvia.

Guy podría llevarla a navegar con él y con sus amigos, al club deportivo al que acudía y presentarla a otras personas. Y cuando no saliera con alguna novia, seguramente podría llevarla al teatro.

La desgana de su hijo no desanimó a Caroline Delacroix. Aceptó que quizá Hope no le cayera bien y que su relación fuera distante, pero era evidente que la chica estaba a punto del colapso nervioso. Las ausencias de Jack se estaban alargando cada vez más y la infelicidad de Hope era evidente. Tenían que hacer algo.

Guy aceptó ante la presión de su madre y siguió sus indicaciones el siguiente fin de semana que se quedó en la casa.

—Tengo unas entradas para un concierto el próximo sábado —anunció durante la cena—. Son para Vivaldi. ¿Te apetece venir?

—Yo… yo…

—Quizá no te guste la música clásica.

Antes de que Hope aceptara la evasiva, intervino Caroline.

—No seas tan paternalista, Guy. Hope es muy capaz de apreciar la buena música.

—Gracias, pero…

—No quieres ir —terminó Guy por ella.

—¡Guy! —su madre le dirigió una mirada de advertencia—. Entiendo que estés acostumbrado a que acepten en el acto, por no mencionar lo que te acosan tus novias, pero Hope no entra en esa categoría —dijo con firmeza antes de volverse hacia su nuera—. Al menos piénsalo. Necesitas salir más de aquí.

Pero no con Guy, decidió Hope.

—No lo sé. Jack me dijo que podía tomar un vuelo y pasar un

par de días con él antes del concierto de Berlín.

—¿Y le creíste? —murmuró Guy.

—¡Guy!

—Lo siento —se disculpé.

Caroline Delacroix respiró ante la disculpa de su hijo, pero Hope sacudió la cabeza:

—No, tienes razón. No le creo. Perdonadme —se excusó con rapidez antes de levantarse de la mesa.

Sintió deseos de correr, pero consiguió salir despacio del comedor. No esperaba que ninguno la siguiera y mucho menos Guy. Pero lo hizo sujetándola por el brazo al llegar a las escaleras. Hope se dio la vuelta dispuesta a abofetearle, pero la mirada de compasión de su cara se lo hizo imposible.

—No tenía derecho —dijo él en voz muy baja—. No es asunto mío.

—Yo… —la disculpa era genuina y la desarmó—. De alguna manera sí lo es. Quiero decir, que esta es tu casa y debe ser desagradable tener a un extraño aquí.

—No es eso —la cortó él—. Ese no es el motivo. Tú no eres una extraña. Eres…

Por una vez, Guy Delacroix pareció inseguro de sí mismo. Buscó sus ojos como si pudiera encontrar allí las palabras que buscaba, pero Hope sólo le devolvió una mirada de confusión.

—La mujer de mi hermano —terminó como si necesitara recordarse el hecho—. Y nuestra casa es tu casa.

Lo último fue dicho con formalidad.

—Gracias.

Hope supuso que la conversación había acabado, pero él no le soltaba el brazo. Esperó a que lo hiciera, pero siguió mirándola y ella consiguió reprimir las lágrimas. La soltó y Hope subió le escalera con dignidad hasta el ala oeste, donde estaba su habitación. Entonces se arrojó sobre la cama y lloró como un bebé contra la almohada.

Lloró por la muerte de su sueño. Ya no habría un final feliz con Jack, ni niños, ni una familia real. Siempre habría giras, fechas de conciertos, sesiones de grabación, ceremonias de entrega de premios y algo que mantendría a Jack siempre en movimiento.

Guy había sabido lo que sucedería desde el principio. Lo había sabido y había intentando advertirla, pero ella había sido demasiado orgullosa o demasiado estúpida como para escucharle. Y

ahora era demasiado tarde.

Tenía que aceptarlo. Aceptar su vida y su matrimonio. Unos pocos días de vez en cuando con Jack y una vida entera para arrepentirse.

Pero, ¿merecía ella algo mejor?

Capítulo 3

Parecía que había pasado toda una vida. ¡Era tan joven entonces! Todavía creía en historias de hadas. Llorar porque el lobo de Guy Delacroix hubiera sido malo con ella… Negándose a admitir lo que estaba perfectamente claro, que Jack la había dejado allí tirada.

—Mamá —interrumpió una voz sus pensamientos.

—Perdona.

—¿Puedo tomar una coca o algo del buffet?

—Sí, de acuerdo.

Hope buscó en su bolso para sacar una moneda de cincuenta peniques y contempló a su hija correr por el pasillo del tren.

«¿Qué estoy haciendo aquí?», se preguntó una vez más. Tomar un tren hacia Cornwall para el funeral de un hombre con el que sólo había intercambiado palabras amargas durante más de diez años.

No es que ella pensara acudir al funeral. Guy podría haberla librado de acompañar a Maxine, pero ocupado con todos los preparativos, no había podido ir a Londres a buscarla. Pero al funeral iría sola. Hope estaba decidida.

La ceremonia tendría lugar al día siguiente. Hope se quedaría en el hotel mientras su hija fuera a la iglesia con su tío Guy y volverían a Londres esa misma tarde. Ya se había puesto firme cuando Maxine había insistido en que se quedaran unos días. Según su hija, se lo había pedido Guy, pero Hope lo dudaba. Era más probable que fuera su hija la que lo hubiera sugerido.

De cualquier manera, quedarse estaba fuera de cuestión. Aquel era el final de un capítulo de su vida. Caroline había muerto y ahora Jack. Sólo quedaba Guy para recordarla lo tonta y débil que había sido de joven. Y él también querría cortar el contacto para siempre.

Quizá pudiera caminar hacia adelante ahora que era libre. Aunque había sido libre bastante tiempo: Jack y ella se habían divorciado hacia diez años. Pero ella no lo había sentido así. Cada vez que había estado a punto de tener una relación un poco íntima con un hombre, se había echado atrás. Quizá por miedo a otro fracaso desastroso o quizá simplemente hubiera perdido la capacidad de amar.

Fuera lo que fuera, no había estado con un hombre durante más de doce años y a veces sentía que ya no estaría nunca. Pero quizá ahora…

—Te estás poniendo peor.

Era Maxine de nuevo. Hop se dio la vuelta y la miró interrogativa.

—¿Peor?

—Soñando despierta. Siempre lo estás haciendo.

—¿De verdad? Bueno, estoy segura de que no soy la única. Lo hace mucha gente.

—Otras madres no lo hacen —declaró Maxine con mucha seguridad—. Otras madres riñen a sus hijos por hacerlo.

—Probablemente sean las mismas madres que tampoco les dejen expresar sus opiniones.

Maxine no era una niña estúpida. Lo entendió y puso una mueca antes de sacudir la cabeza reconociendo la futilidad de intentar provocar a su madre.

—No me diste suficiente dinero. Necesito otros cincuenta peniques, por favor.

—Toma. Y si te prometo que intentaré no soñar despierta, ¿podrías traerme un café?

—Claro, mamá.

Maxine se olvidó de su mal humor y por un momento, el amor entre madre e hija se manifestó en un silencioso intercambio de sonrisas.

—¡Ahí está el tío Guy! —gritó Maxine con placer.

—No puede ser, está en…

Hope empezó a desilusionarla, pero se paró a mitad de la frase al ver a Guy agitando la mano entre la multitud.

La expresión de Hope fue de desmayo. Había esperado ver a Guy sólo dos veces más en su vida: cuando recogiera a Maxine para el funeral y cuando la dejara. No estaba preparada para esta tercera vez, y mucho menos que fuera la primera.

—Tenía tiempo, así que decidí venir a buscaros —respondió él a la pregunta no formulada.

Hope no tuvo ni la oportunidad de discutir cuando le recogió la bolsa de la manos.

Guy abrió el camino con Maxine a su lado y Hope trotó tras ellos. El volvió la cabeza un par de veces para asegurarse de que seguía detrás con un gesto que apenas ocultaba su impaciencia.

Hope hubiera querido preguntar por qué se había molestado en ir si su tiempo era tan precioso, pero por supuesto no lo hizo. Ya no tenía diecinueve años ni se permitía comportarse de forma infantil.

—Mi coche está al final de la primera fila. Tengo que hacer una llamada de teléfono.

Le pasó a Hope el juego de llaves y se alejó. Hope se quedó mirando a sus espaldas. El había sido siempre tan parco en palabras… a menos que quisiera algo.

—Vamos, mamá.

Maxine ya estaba avanzando por el aparcamiento y Hope se sintió tentada de escapar. Para llamar un taxi, pero el problema era que él llevaba su bolsa en la mano.

Otra idea infantil, se dijo a sí misma mientras seguía con desgana a Maxine hasta que su hija se detuvo delante de un Mercedes.

—Ese no es, es verde.

Hope frunció el ceño mientras intentaba encontrar el coche.

—El dijo que era el último.

Habían pasado doce años desde que Guy la había llevado en su Jaguar. Probablemente habría cambiado hasta cuatro veces de coche desde entonces.

Sin embargo seguía insegura y la llave no llevaba el número de la matrícula.

—¿Y si no es e intentamos abrir el coche de otra persona?

—¡No te preocupes, mamá. ¡Mira!

Maxine le quitó las llaves de la mano, apuntó con una al coche y presionó el botón mágico. El coche reaccionó al instante abriendo todas las puertas de forma automática.

Su hija esbozó una sonrisa de superioridad que decía que su madre no era siempre la más inteligente de la familia.

—¿Uauh! —exclamó su hija.

Hope comprendió lo diferente que era la vida para Maxine. El padre de Hope había muerto en la ruina, pero durante su vida había ganado una fortuna y la había gastado a manos llenas. Hope estaba acostumbrada a aquel tipo de vida mientras que su hija se había criado con un presupuesto mucho más ajustado y estaba acostumbrada a escuchar: «no podemos permitírnoslo», de labios de su madre.

—¿Es rico el tío Guy? —preguntó en ese momento sin rodeos.

—No lo sé.

Maxine guiñó un ojo y sonrió a su tío, que eligió ese momento para aparecer de vuelta. Esperó que estuviera sentado en el asiento del conductor para decir:

—Tío Guy, me estaba preguntando…

—¡Maxine! —siseó Hope incapaz de creer que su hija fuera tan descarada.

Guy las miró a las dos con curiosidad.

—…si podría abrir la ventanilla.

—Sí, por supuesto.

Su mirada interrogatoria se posó sólo en Hope, que se estaba preguntando cual sería la palabra correcta para el delito de asesinar a su hija. Era un crimen bastante poco común aunque fuera sorprendente.

—¿Hay algún problema? —preguntó por fin Guy.

—Todo bastante normal —le aseguró Hope apretando los labios.

—Si tú lo dices…

Los ojos de Guy se posaron un rato más largo de lo normal con aquella frialdad de evaluarla.

Hope apartó la vista. Sólo veinticuatro horas, se recordó a sí misma. Podría mantenerse aislada hasta entonces. Maxine sin embargo no quería permanecer aislada y empezó a hablar con su tío en cuanto se dio la vuelta:

—Mamá creía que era el coche equivocado.

—¿El coche equivocado?

Hope hubiera querido estrangular a su hija.

—Pensó que el coche era verde.

Siguió un silencio y Hope se encontró con los ojos de Guy por el retrovisor.

—Eso fue… hace mucho tiempo —dijo con un tono de indirecta.

Hope fue la primera que apartó la mirada. No quería que él supiera que lo recordaba, que lo recordaba demasiado bien.

—¿Cuánto hace que os conocéis mamá y tú?

—Este septiembre hace trece años.

—¡Uau! Eso es mucho tiempo —dijo Maxine como si hubiera pasado medio siglo—. Supongo que no era probable que os vierais mucho después de que mamá y papá rompieran. Quiero decir, que tú eres el hermano de papá, no de mamá, así que lo lógico es que te pusieras de su parte.

—¡Maxine!

Hope no ocultó esa vez el enfado.

Pero Maxine puso la cara más inocente del mundo al volverse hacia su madre:

—¿Podrías intentar pensar antes de hablar? ¿Vale?

—De acuerdo.

Aquello habría podido ser el final del asunto si no hubiera intervenido Guy.

—Maxine puede decir lo que quiera. A mí no me molesta. La verdad es… —se dirigió a Maxine—, que eso me puso en una situación difícil. Si Jack no hubiera sido mi hermano, me habría gustado seguir en contacto con tu madre.

«¡Mentiroso!», hubiera querido gritar Hope. También hubiera querido gritarle que parara el coche, estirarse y abofetearle una y otra ve hasta que sintiera el dolor que ella había sufrido entonces.

En vez de hacerlo, siguió rígida apretando las uñas contra las palmas de las manos e intentando no demostrar la furia que la abrasaba.

—Bueno, ahora que papá está muerto…

La discreción venció esa vez al impulso y miró hacia atrás para ver la cara a su madre. Pero Hope no le devolvió la mirada y se quedó contemplando el paisaje muy rígida.

Fue Guy el que continuó la conversación desviando el tema hacia el funeral y explicándole a Maxine el papel que jugaría ella en la ceremonia. Lo hizo bien, tuvo que admitir Hope. En tono natural y tranquilo, la estaba advirtiendo de lo que tendría que sobrellevar al día siguiente para que pudiera enfrentarse a ello mejor.

Guy no volvió a hablar con Hope hasta que llegaron al hotel Saint Yves. En cuanto se inscribieron en recepción, Maxine desapareció al instante para investigar el club de recreo mientras Guy encargaba el té en el salón sin consultar siquiera con Hope. Ella le siguió y se sentó con rigidez en un sillón.

Esperaba que él hablara de la organización del funeral, pero Guy solo comentó:

—Maxine es como tú a los diecisiete.

Sorprendida, Hope respondió con franqueza:

—Yo no recuerdo haber tenido tan poco tacto.

—No lo sé. Yo recuerdo que eras bastante directa.

—Yo nunca fui…

Hope se detuvo en seco al notar que se estaba lanzando por el camino de los recuerdos. Guy esperó a que continuara, pero ella sacudió la cabeza y cambió de tema:

—¿Cuándo acabará el funeral?

—A medio día, imagino. No te preocupes. Yo cuidaré de ella.

Hope no estaba preocupada. En cosas así, tenía plena confianza en su juicio.

—¿Cómo de disgustada crees que estará?

—No estoy segura —admitió Hope—. Tenía sentimientos muy ambivalentes hacia Jack.

—No me extraña. Quizá tuvieras tus motivos, pero la mantuviste alejada de Jack durante los primeros diez años de su vida.

Hope inspiró con fuerza. O lo hacía o explotaba.

—¿Quién te dijo que yo la mantuve alejada? ¿Jack?

—¿Estás diciendo que no es verdad?

—¿Qué crees tú?

—Creo que a mi hermano no le preocupó mucho de todas formas —concedió él sin rodeos—, pero sí sé que impediste su encuentros el año pasado.

Y lo había hecho, pero sólo después de que Jack hubiera fallado en aparecer varias veces dejando a Maxine defraudada. Eso podría explicárselo a Guy, pero no veía el motivo. El quería creer lo peor de ella. Pues que lo creyera.

—¿Vas a negarlo?

—No.

—Mejor, porque yo estaba en la habitación del hotel de Jack cuando llamaste. Tu voz era suficientemente alta como para oírte a través del auricular.

—¿De verdad?

Hope intentó sonar desinteresada mientras intentaba recordar con frenesí lo que le habría dicho a Jack en aquella conversación.

—Te has hecho muy dura —comentó Guy ante la falta de emoción de sus respuestas.

Hope estuvo de acuerdo. ¿Habría dejado de importarle? Se encogió de hombros con indiferencia ante su opinión. Quizá lo fuera. Quizá se hubiera hecho dura y hubiera crecido para poder tratar a Guy Delacroix.

—¿A qué hora recogerás mañana Maxine? —le preguntó a Guy.

—Hacia las diez.

Las acompañó entonces al ascensor y la pilló por sorpresa cuando subió con ellas.

La llave era una moderna tarjeta de plástico y Hope intentó abrir varias veces antes de que Guy se la quitara de las manos. El, por

supuesto, lo consiguió a la primera, abrió y dio un paso atrás en el pasillo.

—Te veré mañana —le dijo a Maxine cuando pasó por delante de él.

—Sí, estupendo.

Guy frunció el ceño y cuando Hope iba a seguir a su hija, la retuvo por el brazo.

—Hay algo que quizá debas contarle a Maxine.

—¿Sí?

—Jack tenía una novia —la informó sin rodeos.

—Una novia muy joven.

Eso tampoco le sorprendía. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que su juventud había sido parte del atractivo que había despertado en Jack.

—¿Cuántos años tenía ésta? ¿Quince? ¿Dieciséis?

—Veinte.

—¡Bueno! Casi anciana para Jack —comentó con cinismo.

Guy apretó los labios antes de continuar:

—Esta novia estará en el funeral. Con un poco de suerte, podré mantener aparte a Maxine, pero sería prudente avisarla de todas formas.

—Sí, de acuerdo.

Hope sabía que tenía sentido lo que estaba sugiriendo Guy, pero no pensaba darle las gracias por el consejo. No pensaba darle las gracias por nada.

—Mira, estoy intentado poner las cosas más fáciles para Maxine. La situación entre sus padres no era culpa suya.

—No —estaba de acuerdo, pero le molestó su tono paternalista —. Entonces dime, Guy. ¿De quién era culpa?

Mía, supongo.

—Yo no he dicho eso. Nadie discute que Jack te trató como a un trapo. Pero recuerda también que ninguno de nosotros nos portamos muy bien… —deslizó los ojos por su cara y su cuerpo recordándola exactamente como se había comportado—. La diferencia es que todos éramos adultos y consentimos que pasara.

—¡Cállate! —casi le gritó Hope sin querer enfrentarse a la verdad de que ella podría haber tenido la culpa.

—No, esto hay que reconocerlo —la tomó de nuevo por el brazo cuando ella iba a darse la vuelta—. Hace todos esos años, tú tomaste tu decisión. Volviste a la cama de mi hermano y tuviste

otra hija antes de decidir separarte de él.

—No fue así.

A Hope le tembló la voz de rabia y dolor.

—Sí, así fue —la atrajo hacia el—. Volviste con él sólo para poderle abandonar. Te comportaste como una adolescente.

—Era una adolescente —gritó ella—. Una estúpida, confiada e idiota adolescente que no sabía nada. ¿Era eso un crimen?

—Quizá no, pero lo que hiciste después sí lo fue. Así que querías volver con Jack. Me parece justo. Y quizá Jack no mereciera conocer a su hija, pero ¿qué pasa con Maxine? ¿Qué le pareció a ella?

—Yo… yo… Tú no sabes…

—Yo sé que cualquier padre es mejor que no tener uno —la cortó Guy—. Sé que por muy egoísta que fuera Jack, nunca habría hecho daño a su hija. Y apostaría a que Maxine también hubiera querido verle, pero eso lo impediste tú, ¿verdad?

—Tú no sabes… —repitió Hope enfadada ante la injusticia de todo aquello.

—¡Pues cuéntamelo!

—Maxine no es…

Se detuvo ante su propia locura. No podía contárselo. Ahora no. Era demasiado tarde.

—¿No es qué?

Pero Hope había perdido el valor. Sacudió la cabeza y apartó la mirada de él.

—No es asunto tuyo —terminó con voz derrotada.

Guy la miró a la cara. Estaba pálida y delgada, sin pasión ni rabia. Comprendió que se había cerrado a él. Hubiera querido sacudirla, golpearla, hacer cualquier cosa para que volviera y por un momento, clavó los dedos en su brazo. Entonces se apartó y giró sobre sus talones.

Hope le observó alejarse por el corredor.

No sintió ningún triunfo, solo conmoción, Casi se lo había dicho: Maxine no era hija de Jack. No hubiera tenido que decir más. Guy no era un hombre estúpido.

Capítulo 4

—De verdad que no quiero ir, mamá —dijo Maxine cinco minutos antes de la hora en que Guy iría a recogerla.

Hope no la creía. Aquello era típico de Maxine.

—Tienes que ir —dijo con firmeza antes de suavizarse—. ¿Estás nerviosa?

Maxine asintió.

—¿Habrá mucha gente?

—No lo sé. Es posible. Tú papá era muy famoso. Pero aunque la haya, Guy cuidará de ti, Maxine. Te lo prometo.

La seguridad en la voz de su madre no convenció del todo a Maxine.

—Tú dices eso, pero no te cae bien Guy, ¿verdad?

—Yo…

¿Era tan evidente? Hope decidió que sí, si Maxine lo había notado. Normalmente su hija sólo se fijaba en lo que la interesaba a ella. Quizá debiera contarle parte de la verdad para que no siguiera haciendo preguntas.

—Mi separación de tu padre amargó un poco las relaciones con su familia. Guy, por supuesto, se puso de su parte.

—¿Fue por culpa mía? ¿Por qué no le gustaban los niños? —preguntó con voz alicaída.

A Hope se le cayó el alma a los pies. Pensaba que le había explicado bien las cosas a Maxine, pero parecía que no.

—No, de ninguna manera. Tu padre y yo teníamos problemas mucho antes de que tú llegaras.

Maxine pareció aliviada y Hope se alegró, pero no se sintió mucho mejor. Sólo le había dicho parte de la verdad. Durante doce años, había vivido una mentira y cada vez se le hacía más difícil de soportar.

Entonces sonó el teléfono y agradeció la distracción. Era de recepción. Guy Delacroix subía a su habitación.

Hope inspeccionó a su hija. Llevaba un vestido marinero sencillo y medias con zapatos planos. Iba sobria y sencilla para un funeral, incluso aunque ella no lo fuera, Con el pelo negro como el azabache, como su tío Guy y una cara como Elizabeth Taylor de joven, Maxine iba a ser una belleza. Hope ya tenía que hacer

esfuerzos para seguir viéndola como a una niña.

Una llamada en la puerta anunció la llegada de Guy, pero hasta estando sobre aviso, Hope no pudo controlar su reacción. Incluso en el día en que iba a enterrar a su marido, seguía sintiendo aquella absurda y penosa atracción física hacia su hermano menor. Aunque el amor o la atracción hubiera muerto diez años atrás, no podía todavía mirarle sin recorda1o.

Así que apartó la mirada y se acercó a la cómoda, donde había puesto un par de pañuelos limpios para Maxine.

—Toma —se los puso en la mano a su hija antes de dirigirse a Guy—. No dejes que se disguste mucho.

—No lo haré —prometió pasando el brazo de forma protectora por los hombros de Maxine.

A su hija no pareció importarle. Había aceptado a Guy como a su tío aunque apenas le conocía. Era Hope la extraña, una espectadora silenciosa mientras se alejaban por el pasillo. Su afinidad era evidente en su atractivo dramático y su pelo negro. El parecido le causaba pena y sentimiento de culpabilidad.

Hope intentó recordar lo mucho que odiaba a Guy, pero ese hecho quedaba oscurecido por otras emociones.

Todo había empezado después de aquella cena en que, empujado por su madre, Guy la había invitado al concierto y ella se había disgustado. Para sorpresa suya, él había insistido varias veces hasta que ella había aceptado.

Aquella tarde había sido crucial. Hasta entonces, él siempre había sido condescendiente con ella, como si no la tomara más que como a una niña. Incluso aunque había sido testigo de su parto, seguía viéndola como la esposa niña de su hermano y algo así como el desastre de la familia. Pero la noche que la había sacado al concierto, había reprimido sus sentimientos y la había tratado como a un ser humano.

Hope había respondido acorde con ello y había olvidado toda enemistad. Se había relajado y le había hablado como a un igual mostrando el aprecio por la música clásica que había aprendido de su padre. Había pasado mucho tiempo desde que no se había divertido tanto.

Ella había supuesto que sería la única salida, pero una semana más tarde la había invitado a navegar con sus amigos. Hope se había sentido insegura porque nunca había navegado, pero él le había convencido diciendo que sólo iría de pasajera. Pero cuando

llegó el día, alguien falló y la reclutaron como parte de la tripulación.

Después de eso, Guy la había sacado en su pequeño velero y, antes de que llegara el invierno, se habían convertido en un equipo competente. Durante aquellas semanas, había conocido a los compañeros de navegación de Guy y las invitaciones a salir habían empezado a llegar también para ella. Al principio se había disculpado con la excusa de que esperaba que llegara Jack, pero después de un tiempo, era difícil hacerlo sin parecer grosera.

—Allí estaremos —le aseguró Guy a una pareja cuando Hope había empezado sus habituales disculpas.

—Te han invitado dos veces a su casa. No puedes seguir diciendo que no.

Hope le había mirado con sorpresa.

—No me parecía justo. Quiero decir que tengas que llevarme cuando podrías…

—¿Llevar a alguna mujer preciosa desesperada por mi compañía? —sugirió él con una sonrisa.

—Algo así.

—Suponiendo que pueda encontrar alguna —siguió él con tono de broma.

Hope frunció el ceño sabiendo que la estaba tomando el pelo. Caroline había dejado muy claro que a Guy nunca le faltaban mujeres.

—No te preocupes. Puede que seas un poco cría, pero podré aguantarte una tarde más.

—Pero cómo…

Hope fue a darle una bofetada, pero él la redujo con una carcajada. Ella volvió a intentarlo, medio enfadada medio en broma y él la sujetó por los brazos dándole la vuelta hasta tenerla cara a cara. Entonces la sujetó con fuerza por la cintura.

Ahora que miraba hacia atrás, aquella había sido la primera advertencia; la primera 4e muchas que había ignorado. De estar forcejeando en sus brazos, pasaron los dos a quedarse inmóviles y de repente, Hope sintió su aliento cálido en el pelo que le quitó todo el frío del cuerpo.

—¿Estás bien? —le preguntó a su hija cuando volvió horas más tarde con cara pálida y cansada.

—Sí, bien —aseguró Maxine aunque no lo parecía—. Me voy a ver la tele.

Hope frunció el ceño cuando su hija encendió la televisión y se tiró en la cama a verla con la expresión en blanco.

Guy le hizo un gesto para que saliera al pasillo del hotel fuera del alcance de Maxine.

—Había bastantes fotógrafos presentes —explicó con brevedad —. Conseguimos mantenerlos a raya durante la ceremonia, pero nos siguieron hasta el coche. Maxine estaba un poco desconcertada.

Hope asintió.

—¿Y cómo estuvo durante el funeral?

—Llorosa —admitió él—. Pero lo llevó bien… mejor que algunas —añadió en tono un poco ácido.

—¿La novia de Jack? Ya le había advertido a Maxine respecto a ella.

—Dio igual, porque no hubiera pasado desapercibida —suspiró pesadamente—. Sospecho que la adorable Amanda estaba actuando para la prensa. Hizo de todo menos tirarse a la tumba de Jack.

Su tono era tan cínico que Hope empezó a defender a la chica.

—Quizá le amara de verdad.

Guy se dirigió a ella con una carcajada aún más cínica:

—¿Todavía crees en el amor?

Hope lo tomó como una cuestión retórica y no se molestó en contestar. Estaba claro que él no creía, pero nunca lo había hecho.

La sorprendió cuando preguntó:

—¿Cómo te sientes?

Hope entendía lo que quería decir. Que cómo se sentía en el día en que estaba enterrando a su primer y único marido.

Le contestó con sinceridad:

—Desconectada… Fue hace mucho tiempo.

—Sí, pero yo todavía me acuerdo.

Guy clavé la vista en ella un momento y el pasado flotó entre ellos tan real como el presente. Hope se sintió impedida a abrir aquella caja donde había encerrado todos los secretos y anhelos, pero consiguió resistirse. Cerró los ojos y rompió el hechizo.

—Tengo que hacer las maletas.

—¿Piensas irte esta noche? Te había reservado tres días.

—¿Por qué? —preguntó ella con brusquedad antes de suavizar el tono—. Tengo que volver. Tengo un encargo pendiente.

—En ese caso… informaré al abogado para que puedas concertar otra cita con él.

—¿El abogado? ¿Qué abogado?

—El de Jack. Pretendía hablar contigo mañana.
—¿Para qué?
Ahora Hope sintió sospechas.
Guy la miró como si se estuviera haciendo la tonta.
—Para el testamento de Jack.
—¿El testamento de Jack? —repitió se arrepintió al instante de sus palabras y parecer tan estúpida—. ¿Le ha dejado algo a Maxine?
Guy sacudió la cabeza.
—Te ha dejado algo a ti.
—¡Y un cuerno!
Hope solté una carcajada áspera de incredulidad y la expresión de Guy se ensombreció.
—¿Es tan sorprendente? Eras su mujer y le diste dos hijos.
—¿Es esto algún tipo de juego? Porque no soy tan estúpida, Guy. Si Jack tenía algo de dinero, y eso es mucho suponer considerando la rapidez con que lo gastaba, yo sería la última persona en la tierra a la que se lo dejaría.
—No es dinero.
Hope esperó a que se explicara pero Guy se quedó en silencio. Era un juego. Estaba esperando a que ella adivinara.
Pero Hope se negó a jugar.
—Bueno, sea lo que sea, no lo quiero, así que puedes decírselo al abogado.
El sacudió la cabeza.
—Las cosas no funcionan así. Tendrás, que ver al abogado en persona. Hay documentos que tienes que leer y firmar.
Hope suspiró con impaciencia y entonces le asaltó una idea.
—Espera un minuto. ¡Tú eras el abogado de Jack!
—Era su abogado de negocios —la corrigió—. Nunca traté con sus asuntos personales.
—¿Nunca?
—No.
—Pero Jack dijo…
Hope intentó recordar lo que había dicho exactamente Jack acerca de los acuerdos del divorcio. Había mantenido que Guy le había aconsejado aquella oferta y que no conseguiría nada mejor. En aquel momento, ella había pensado que tampoco merecía más.
—¿Qué Jack dijo qué?
—Nada.
Sacudió la cabeza. ¿Cómo podría demostrar la verdad? ¿Y qué

importaba ya?

Pero Guy adivinó parte de lo que estaba pensando.

—Todavía creerías a Jack antes que a mí.

—No. No os creería a ninguno de los dos.

Guy entrecerró los ojos más, pero no discutió. Quizá tampoco le importara lo suficiente.

—El abogado de Jack es el abogado de la familia:

Stevens. Stevens y Banks, de Truro. Supongo que Banks se pondrá en contacto contigo para informarte de tu buena suerte.

Hope detectó el sarcasmo en el último comentario. ¿Estaba advirtiéndola que no esperara mucho o haciéndola creer que era algo substancioso? De cualquier manera, se negó a reaccionar.

—De acuerdo —dijo con frialdad en un intento por acabar la conversación—. Adiós.

—No lo creo —dijo él con frialdad como si la estuviera advirtiendo de que se volverían a ver.

Hope no picó el anzuelo y miró por encima del hombro de él antes de alejarse por fin.

—Espero tu llamada —se despidió él con el mismo tono misterioso antes de irse.

¿Su llamada? ¿Para qué?, se quedó preguntándose Hope.

Pero no por mucho tiempo. El paquete certificado llegó tres días después.

Hope supo lo que contenía antes de leer el remite en la carta adjunta: Stevens y Banks.

La carta decía poco aparte de que ella era la beneficiaria del testamento de Jack. El testamento iba incluido.

Hope empezó a pasar por encima la jerga legal hasta que llegó a un párrafo relevante. Entonces se detuvo sobresaltada. No lo entendía. No podía haberlo entendido. Era un error, una broma, un juego. No podía ser verdad.

No sintió ninguna satisfacción. Estaba tan aturdida que se fue a teléfono. Ni siquiera premeditó sus actos. Sólo le llamó.

Se puso su secretaria, que parecía estar bien aleccionada acerca de despedir a quien llamara sin cita.

—El señor Delacroix está reunido.

—Tengo que hablar con él —insistió Hope.

—Me temo que en este momento es imposible —entonó la secretaria con su voz súper refinada—, pero si quiere…

—¡Necesito hablar con él ahora mismo! —casi le gritó Hope—.

Dígale que soy Hope Delacroix. El sabe de qué se trata.

—¿Delacroix? —repitió ella como si no hubiera entendido—. Ah, perdone, señora Delacroix. No me había dado cuenta. Acabo de empezar a trabajar aquí. Le avisaré, por supuesto.

Hope se quedó esperando mientras pensaba en lo que le diría. No estaba segura. Le había llamado por impulso y estaba empezando a pensar en colgar cuando escuchó su voz al otro lado de la línea.

—Hola.

—Hola, soy Hope.

—Sí, ya me lo había imaginado —siguió él con sequedad—. Mi nueva secretaria ha creído que eras mi mujer.

—¡Yo no le he dicho eso!

—No imaginaba que lo hubieras hecho… De todas formas, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó con desenfado.

A Hope le irritó aún más su frialdad. Lo debía saber. El también debía haber leído aquel testamento.

—Acabo de leer la carta de los abogados de Jack —anunció ella con pesadez.

—¿Y su testamento? Les sugerí que te enviaran una copia.

—¿Lo hiciste?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—Sí —espetó ella con sequedad—. Que no lo entiendo.

—De verdad? Bueno, pues está perfectamente claro. Le deja el dinero a Amanda, su novia y te deja sus propiedades a ti.

—¡Jack no tenía ninguna propiedad! —exclamó Hope segura de que seguía habiendo un error o que se trataba de algún truco.

En el poco tiempo que habían estado casados, Jack había evitado la compra de una casa familiar y siempre se había alojado en el Ritz o en el Savoy cuando estaba en Londres.

Hubo un momento de silencio en el otro lado del teléfono, como si Guy estuviera sopesando lo que iba a decir.

—¿Has leído todo el documento? ¿El codicilo también?

—¿Codicilo?

—Quiere decir los añadidos.

—¡Ya sé lo que es un codicilo! —Hope no era tan estúpida, pero no encontró nada parecido mientras volvía a echar una ojeada rápida a los papeles—. No hay ninguno.

—Eso lo explica todo —dijo Guy como para sí mismo.

—¿Qué es lo que explica?

Hubo otro silencio antes de que Guy la informara:

—Jack tenía parte de una propiedad en Cornwall.

—¿Parte? ¿En algún hotel o algo así?

—Algo así —repitió él sin especificar. Hope frunció el ceño. Guy estaba siendo misterioso a propósito, pero ¿por qué? ¿Es que le divertía que ella se dedicara a adivinar? Bueno que le maldijeran si ella pensaba seguirle el juego. No creía que Jack hubiera dejado nada de valor, así que no pensaba ilusionarse.

Se mantuvo en silencio antes de que Guy preguntara con frialdad:

—¿Quieres que te explique lo que es?

Hope sentía curiosidad, pero el orgullo hizo que contestara con la misma frialdad que él:

—No demasiado.

Hubo otra pausa como si le hubiera sorprendido.

—En ese caso, se lo dejaré a los abogados. ¿Quieres que te concierte una cita?

—Ya los llamaré yo misma.

—Como quieras. ¿Algo más?

¿Qué más podría haber? Hope lo hubiera preguntado, pero se contuvo. Era mejor que siguieran civilizados el uno con el otro incluso aunque ella sintiera todo lo contrario.

—No, gracias.

—De acuerdo. Bueno, entonces volveré a mi reunión con el director de Harko Químicas Internacional —dijo con mucha ironía —. Y confiaré en que no haya buscado a otro abogado en mi ausencia.

—Oh —Hope se sintió culpable, pero después pensó que se lo estaría inventando—. Bueno discúlpate de mi parte.

—Lo haré. Hasta pronto.

Hope se lo tomó como una broma, algo que se le dice a cualquier conocido. Después de todo, ella no tenía intención de volver a Cornwall y ningún plan de volver a ver a Guy. Haría lo que debería haber hecho en primer lugar: telefonear a los abogados.

Tardó bastante en ponerse en contacto con Gerry Banks y aunque más educado que Guy, fue casi igual de misterioso. Si, había una herencia detallada en el codicilo que por desgracia habían olvidado enviar. Sin embargo era imposible discutirlo por teléfono. Había algunas complicaciones y era necesario que volviera ella en persona. Quizá fuera mejor que fuera con su propio abogado.

—No tengo abogado.

Hope nunca había necesitado uno y dudaba que lo necesitara ahora.

—En ese caso… ¿Podría sugerirla que contratara alguno?

—Pero, ¿por qué?

—Para… bueno, para velar por sus intereses —respondió Gerry con cuidado—. El mismo señor Delacroix estaba ansioso porque las cosas se resolvieran de la manera correcta.

—No lo entiendo —Hope sacudió la cabeza exasperada—. El señor Delacroix… ¿Qué señor Delacroix?

—El señor Guy, por supuesto —replicó el abogado con sorpresa —. Lo siento. ¿Pensó que me refería a…? Debería habérselo dicho.

—Está bien.

Hope se preguntó si el hombre pensaría que estaba loca. Por supuesto que se había referido a Guy. Pero, ¿qué tenía aquello que ver con él?

—Depende de usted, señora Delacroix —siguió el hombre con formalidad—, pero creo que el asunto debería dejarse zanjado lo antes posible para todos los involucrados.

—Sí, de acuerdo.

Después prometió llamar para fijar una cita en cuanto pudiera.

Por supuesto que podía haberlo averiguado por teléfono, pero no se sentía capaz de recibir más sorpresas y tenía el presentimiento de que aquella no iba a ser una agradable. Conociendo a Jack, habría alguna trampa en ella.

Y desde luego, no iba a ilusionarse por su supuesta herencia. No había esperado nada y seguía sin esperarlo. Y no es que no hubiera sido agradable un poco de dinero para ayudarla a mantenerse a flote. Algo que permitiera a Maxine algún capricho de vez en cuando en vez de tener que estar siempre economizando. Pero no, no pensaba albergar esperanzas.

De hecho, lo único que le causaba eran molestias por tener que preparar otro viaje a Cornwall, lo que significaba buscar a alguien para que se quedara con su hija por una noche.

Empezó a examinar la lista de sus amigos, pero había pocos a los que viera en el papel de canguros y sólo uno o dos que conocieran a Maxine bastante bien. Llamó a su vieja amiga Cathy para descubrir que estaba en la cama con gripe. Otra amiga no podía porque tenía que salir de viaje de negocios. Hope siguió repasando la lista hasta que sólo quedó Vicki.

Era ridículo que todavía siguiera siendo amiga de Vicki considerando todo lo que había sucedido. Pero cuando las emociones se habían enfriado, las situaciones habían cambiado y la vida de Vicki también se había trastocado, se habían hecho amigas de nuevo.

Mirando al pasado, se preguntó si las cosas habrían sido diferentes si su amiga se hubiera callado. Algunas cosas sí, pero no su relación con Jack. Ellos estaban destinados a los tribunales de divorcio desde el mismo día en que se habían casado. Vicki sólo lo había acelerado un poco…

Vicki había sido siempre una cobarde; lo había hecho por carta. Era una carta tan repasada que debía haberse pasado horas escribiéndola. Tiempo después, le había confirmado que sí; que la había escrito en una noche de agonía y culpabilidad después de que la solitaria Hope la hubiera llamado desde Cornwall para contarle que las ausencias de Jack eran cada vez más largas y que sospechaba que había alguien más.

La carta había llegado un viernes, pero Hope no la había visto hasta por la noche. Se había pasado el día de compras en Truro. Caroline Delacroix la había llevado y habían almorzado juntas antes de que la madre de Jack se fuera a pasar el fin de semana a Exeter con una amiga. Guy había recogido a Hope por la tarde.

Era casi Navidad y se habían parado en un restaurante a comer. Los dos se habían reído mucho con el ánimo festivo. Para entonces, Hope llevaba casi seis meses viviendo en Heron y ya no se sentía tensa con Guy. El la trataba con la indulgencia de un hermano mayor y ella seguía su dirección, jugando a la rebelde hermana pequeña. Discutían y peleaban pero seguían siendo buenos amigos. Hope había suprimido cualquier otro sentimiento hacia él; seguía sin querer enterarse de la poca frecuencia con que Jack la visitaba y todavía esperaba que su vida de casada siguiera adelante.

Fue la carta la que por fin la hizo enfrentarse a la realidad. Estaba en el felpudo del recibidor. Una optimista eterna, lo primero que había pensado era que se trataba de Jack, en vez de la bomba que la esperaba.

Al principio se había puesto contenta. Vicki escribía en general cartas divertidas que la animaban. La había llevado a la pequeña salita de Caroline, donde Guy había encendido el fuego y se había sentado a leerla mientras él se había ido a buscar más leña.

Cuando Guy apareció de nuevo la encontró llorando muy silenciosa con la carta en una mano temblorosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Guy. Como ella no respondía se acercó —. ¿Puedo?

Podría haberse negado, pero no le vio el sentido.

Comprendió que Guy debía saberlo desde el día en que la había recogido en el aeropuerto.

Le miró a los ojos suplicándole que fuera sincero con ella.

—¿Quién es?

Hope se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Hope —la retuvo por el brazo—. ¿Qué vas a hacer?

—Irme, por supuesto —respondió con el poco orgullo que le quedaba.

—No puedes irte.

—¡No puedes detenerme! —gritó enfadada porque todavía defendiera a su hermano—. A Jack no le importará, ¿verdad?

—Quizá no —la miró a los ojos—, pero a mí sí.

—¿Qué? —susurró.

—Que a mí sí me importa.

—Yo… yo no…

Hope se detuvo preguntándose qué habría querido decir exactamente Guy.

Sus ojos le dieron la respuesta antes de expresarlo con claridad:

—Vente a vivir conmigo. No aquí. A Truro.

—Jack… —pronunció el nombre de su marido en alto como esperando recuperar la cordura.

—¡Al infierno con Jack! —casi gritó Guy—. El ha tenido su oportunidad. ¿Qué quieres tú?

A él, le quería a él. Durante meses se había negado el hecho a si misma recordando que era la mujer de su hermano.

—De acuerdo, te diré lo que yo quiero —continuó él ante su silencio—. Te quiero a ti. Siempre te he deseado. Desde el primer día que te vi en Londres.

Hope sacudió la cabeza.

—No puede ser. Te portaste horrible conmigo.

—¡Por supuesto! Dios, eras tan joven como para que te dejara sola con Jack… Y todavía lo eres.

—¡No puedes desearme!

Hope ya no se consideraba atractiva. ¿Cómo podía serlo cuando Jack se había ido con otra tan rápidamente?

—Créeme. Intenté que no fuera así —el apretón de Guy fuera casi doloroso—. Me dije más de cien veces que era una cosa pasajera, pero no lo es. Cuando estabas embarazada de seis meses y tenías un aspecto horrible, todavía te deseaba.

—No… no.

Hope estaba asustada y excitada a la vez por su intensidad. Era un eco de sus propios sentimientos.

—No es justo —se intentó refugiar en la imposibilidad de su situación—. Yo estoy casada.

—Con mi hermano —él no se escondía de la realidad—. Y si él te hubiera tratado correctamente, yo me habría callado. Pero no lo ha hecho y ahora es mi turno.

No había duda de la fuerza de sus sentimientos ni del deseo que brillaba en sus ojos. Hope se sintió atraída hasta que ya no vio nada más.

—Dime que no me deseas —la apremió mientras la tomaba en sus brazos.

Guy no la había besado nunca antes, pero en ese momento le tomó la cara entre las manos y la boca, que le había parecido tan fina y cruel a veces, froté la de ella con una ternura que le provocó lágrimas en los ojos. Entonces, sus labios se abrieron sobre los de ella y habló de amor sin decir una sola palabra. El corazón de Hope respondió, desbocado como un pájaro enjaulado desesperado por volar hacia las nubes, donde ya tenía la cabeza. Guy la besó con más fuerza, frotando, saboreando, demandando… Sus manos moldearon sus hombros, su espalda, deslizándose incansables hasta su cintura y atrayéndola más hasta que le resulté imposible pensar o importarle siquiera o si aquello estaba mal.

—Vamos arriba —susurró contra su boca.

Hope gimió asintiendo.

Guy la soltó y le tomó de la mano. Ella le acompañó como si no tuviera voluntad propia y él no encendió ninguna luz. Encontraron el camino en la oscuridad y avanzaron por el corredor hasta el ala oeste. A las habitaciones que habían sido en otro tiempo las de ella.

Guy no habló. Quizá supiera que eso podría romper el hechizo.

Hope estaba temblando cuando llegaron a su habitación. El la metió dentro y cerró la puerta. La dejó en la oscuridad y la tomó en sus brazos. Guy comprendía que su amor era demasiado nuevo, demasiado frágil como para sobrevivir a la dureza de una luz potente.

Hope apenas estaba vestida para la seducción, pero no importó. Guy le alzó el jersey de cuello alto por la cabeza y desabroché su falda de lana dejando las dos prendas caer al suelo. Ella quedó de pie en ropa interior, demasiado tímida y nerviosa para desvestirle a él, que se quitó su propia ropa para dejarla caer sobre la de ella en el suelo.

Guy la tomó las dos manos y las posó en su propio pecho para atraerla después. La habitación estaba fría, pero su cuerpo era fuerte, cálido y musculoso. La mantuvo entre sus brazos y la suavidad de sus senos se inflamé contra su torso duro y velloso. El corazón de él latía sobre el de ella al mismo ritmo regular y le contagié su vitalidad. Hope sintió que la sangre le ardía en las venas como si fuera fuego, aunque todavía temblaba.

—No te asustes —su boca rozó la sien—. No tenemos por qué hacer nada. Puedo abrazarte sólo.

Hope sacudió la cabeza. El no entendía. Era deseo, no miedo, lo que la hacía temblar como una hoja. Su ternura la tenía tan sobrecogida como ninguna fuerza del mundo podría haber logrado.

—No —susurró ella con el corazón en la boca.

Pero él siguió sin entender.

Guy la soltó pensando que quería liberarse. Hope alzó la vista, ya acostumbrada a la oscuridad, hacia él y supo que deseaba estar atada a aquel hombre para siempre.

—No —encontró valor para tomarle la mano—. Necesito más.

Fue Hope la que le llevó hasta la gran cama de nogal, Hope fue quien abrió los labios esperando su beso. Pero fue Guy el que vaciló. Bajó la vista hacia su cara fina y adorable y una vez más, vio la vulnerabilidad que ensombrecía los ojos azules de una adolescente.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Le sonrió con un valor que enmascaraba su inseguridad.

Quizá Guy lo entendiera porque sus ojos grises se velaron con seriedad, pero había esperado tantos meses por aquel momento… La alcanzó y ella cayó sin resistirse en sus brazos cuando la echó sobre la cama, las bocas buscándose, los brazos acariciando, las piernas entrelazándose.

Hope cerró los ojos, pero la película siguió. Doce años después. Todavía podía recordar como había sentido sus duras manos contra su cuerpo, unas manos ásperas y delicadas a la vez; unas manos que

se habían deslizado sobre la suavidad de su piel y la habían acariciado como si fuera un instrumento hasta tenerla afinada para él entre gemidos y jadeos. Después de tantos años vacíos todavía podía recordar la perfección con que sus manos se habían movido, alzándola, empujando y llenándola como si estuvieran hechos el uno para el otro. Una vida entera y todavía podía escuchar sus dulces mentiras amorosas.

Eso era lo que mantenía vivo su odio.

Capítulo 5

Un fin de semana, eso era todo lo que habían compartido antes de que Jack apareciera de repente, todo contrito por su aventura con Vicki, para rogarle que le diera una segunda oportunidad. Ella había estado tan rota y se había sentido tan culpable por su propia infidelidad… Se habría sentido hipócrita, pero no había sido capaz de contarle la verdad. Hubiera deseado que lo hiciera Guy, pero parecía que su deseo por ella hubiera muerto con el retorno de Jack.

¿Qué era lo que Jack había dicho años más tarde, cuando por fin había creído que Maxine no era suya y había intentado adivinar de quién?

—Bien, bien, mi hermanito. Siempre quiso quitarme mis juguetes.

Lo había dicho para humillar y lo había conseguido aunque Hope ya había adivinado las motivaciones de Guy tiempo atrás, El mismo lo había indicado cuando había dicho: «Ahora es mi turno» poco antes de subirla a su cama. Simplemente ella no había querido escuchar.

Así que no, no culpaba a Vicki de todo el desastre y cuando habían tropezado cuatro años después en el metro de Londres, no la había tirado de los pelos. Para esa época, Vicki estaba en una situación similar y ya no eran chicas, sino mujeres jóvenes con niños. El hijo de Vicki, Edward, era un año menor que Maxine.

Su padre había sido un músico fracasado que había vivido de Vicki durante un par de años antes de escapar con una heredera americana. Embarazada de Edward en aquel momento, Vicki había tenido a su hijo con la vana esperanza de que el padre lo reclamara. En vez de eso, había quedado como Hope, una madre sola luchando por dar a su hijo un entorno de clase medía en el q ella misma se había criado.

Vicki fue más afortunada, por tener apoyo financiero de sus padres, pero estos vivían en Cheshire y estaban demasiado lejos como para echarle una mano. Era Hope la que había cuidado de Edward cada vez que Vicki había querido irse un par de días.

Ahora era el turno de Vicki de ayudar y de buena gana aceptó quedarse a pasar la noche en casa de Hope. Tiempo atrás, Vicki

había admitido que el instinto maternal no era natural en ella y que apenas si conseguía cuidar de Edward, así que Hope hasta amenazó a Maxine para que se portara lo mejor posible. En el camino hacia la estación se dijo que no podía pasar nada demasiado espantoso en veinticuatro horas.

Viajó a última hora de la tarde y reservó habitación en un pequeño hotel de Truro, no lejos del bufete del abogado. Era extraño estar sin Maxine y podría haberlo disfrutado si no estuviera tan preocupada por ella.

Sin embargo, durmió bien y, con una bolsa de fin de semana en la mano, llegó a la puerta del despacho a las nueve en punto. Pero no llegó sola.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No pudo ocultar su desmayo.

—Yo también estoy encantado de verte.

Era evidente que la había estado esperando y su sonrisa fue un poco burlona. El siempre parecía estar en ventaja.

Pasó por delante de ella y mantuvo la puerta abierta. Hope no creyó que le quedara mucha elección, pero decidió que una vez dentro, insistiría en tener una cita privada con su abogado. Sin embargo, la secretaria de recepción no le dio la oportunidad y los pasó a los dos al despacho de su jefe.

—Me alegro de que hayáis venido —Gerry Banks le estrechó la mano y les hizo un gesto para que se sentaran mientras recibía a Guy con una sonrisa de familiaridad—. Guy… el señor Delacroix, sugirió que podría ser mejor que él estuviera presente para ahorrarnos comunicaciones innecesarias con una tercera parte. ¿Puedo asegurarle que yo sólo actúo en nombre del fallecido Jack Delacroix y en el de nadie más?

«¿Ah, sí?». Mostró su incredulidad en la mirada que dirigió a Guy. Pondría la mano en el fuego a que Banks y Guy eran más que simples conocidos.

El abogado se aclaró la garganta como para prepararse para un discurso antes de proseguir:

—Como probablemente haya leído en su testamento, el señor Jack Delacroix le ha dejado todas sus propiedades. Sin embargo, como puede apreciar, el que compartiera esta propiedad complica más las cosas, así como las condiciones del codicilo.

—¿Condiciones? —repitió Hope.

Gerry Banks le pasó una pila de papeles que incluían el codicilo

que no había leído.

Enfrentada a documentos legales, Hope siempre se sentía un poco incómoda. Sabía lo que significaba cada palabra por separado, pero el todo se le escapaba. Y aún ayudaba menos el tener los ojos de Guy clavados en ella mientras leía.

Lo tuvo que intentar dos veces antes de decir:

—Jack me ha dejado una casa, pero con la condición de que viva en ella seis meses.

—Bueno, en esencia sí —confirmó Gerry Banks.

Hope no se sintió nada excitada. Conociendo a Jack, sería una porquería.

—Bueno, ¿dónde está esa casa? ¿En Nueva York? ¿En París? ¿En Mongolia?

—Lo siento. Pensé que lo había entendido. La propiedad en cuestión es la villa de Heron, la casa familiar de los Delacroix —le contestó Banks.

¡Heron! Hope miró al abogado con incredulidad.

Jack le había dejado Heron. ¿Por qué? ¿Cómo? Había sido de Caroline Delacroix y ella debía habérsela dejado a…

—Usted es la copropietaria con Guy Delacroix —afirmó por fin el abogado.

Hope recuperó por fin el habla.

—No lo entiendo. ¿Por qué? —se dirigió a Guy.

—Quizá fueras el amor de su vida, después de todo.

Hope se sonrojó ante el sarcasmo y miró al abogado. El también parecía turbado y se aclaró la garganta una vez más.

—Fue el deseo del señor Delacroix, que la última señora Delacroix, quiero decir, que la casa pasara a usted si él moría sin ningún cambio.

—¿Ningún cambio?

—Hijos —aclaró Guy.

—He explicado a las dos partes que esto podría causar problemas —dijo el abogado para quitarse responsabilidades de la presente situación—, pero estaban resueltos. Aunque si usted viviera en la casa el periodo requerido, simplificaría las cosas. Su nombre iría al título de propiedad y sólo sería asunto de llegar a un acuerdo con Guy si quisiera vender su parte de la propiedad. ¿Me entiende?

—Vagamente.

Lo que Hope entendía era que beneficiarse de la herencia,

dependería de Guy.

Fue él el que indicó las opciones que tenía:

—Puedes venderme tu parte, comprar la mía, convencerme de que vendamos juntos o esperar a que yo muera y convencer a mis herederos de una de las tres opciones.

Hope sacudió la cabeza. Nada de eso era relevante porque nunca heredaría.

—Lo haré más sencillo. No, gracias.

Se levantó de la silla dispuesta a irse.

Banks pareció alucinado de su decisión. Guy quedó menos sorprendido y se levantó con ella para dejarla pasar hacia la puerta.

—¿Señora Delacroix?

Hope no se dio la vuelta.

—Yo lo arreglaré —le aseguró Guy, que salió tras ella.

Hope siguió caminando hasta salir del bufete. Sabía que Guy la estaba siguiendo y se volvió de repente a mitad de la calle:

—Tú no tienes que arreglar nada. Te la doy yo. Heron para ti y libre de cargas.

Guy la agarró por el brazo para evitar que escapara.

—Bueno, eso te honra —dijo con un tono que indicaba lo contrario—, pero en este momento no está en tu mano. Y tenemos que hablar —terminó, tomando su bolsa de viaje.

—¿A dónde vamos?

—Aquí —abrió a puerta del Pub de la esquina y la instaló en un reservado—. ¿Qué te apetece beber?

—Es un poco pronto.

No era de extrañar que fueran los únicos clientes del Pub.

—¿Y qué? Pues piensa que es más tarde —sugirió con sequedad antes de irse a la barra.

Volvió con una cerveza y un whisky para él y un Bacardí con coca cola para ella. Era lo que solía beber de adolescente. Ahora prefería vino blanco seco.

—Tomate una copa. Te ayudará a pasar el mal trago.

—Supongo que tú ya conocías el testamento de Jack —le acusó.

—Lo cierto es que no —negó él con frialdad—. Sabía, por supuesto, que mi madre pretendía que él os dejara su parte de Heron a ti o a Maxine, pero como era una obligación más moral que legal, dudaba que Jack la cumpliera.

—Quieres decir que esperabas que no la cumpliera —respondió ella con acidez segura de que él se sentiría como ella: atrapado en

una situación absurda.

Guy se encogió de hombros como si el asunto no le importara mucho.

—Se lo dejara a quien se lo dejara, para mi seguiría siendo el mismo problema.

—Bueno, pues ya no lo es porque yo no me quedaré en Heron seis meses y por lo tanto, no lo heredaré.

—¿De verdad?

Guy no parecía impresionado.

—Lo digo en serio.

—Eso es elección tuya —su compostura era irritante—, pero si yo fuera tú, lo pensaría. Recuerda que no estás sólo tú. Está también Maxine.

Hope frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver Maxine con todo esto?

—Jack no le ha dejado nada directamente, pero sí a través de ti. ¿Sabes lo que vale Heron?

Hope se encogió de hombros. Se negaba a especular. No iba a vivir allí y eso era definitivo.

—Jack la hizo valorar hace dos años a la muerte de mi madre —siguió Guy—. La estimación por encima fue de un millón.

Hope, que estaba dando un sorbo, casi lo escupió en el vaso. Heron podía ser una casa grande y en una situación privilegiada, pero nunca hubiera soñado que valiera tanto.

—¿Cambia eso las cosas?

Hope sacudió la cabeza antes de decir:

—No te entiendo. ¿Por qué me estás contando todo esto? No puedes querer que herede yo cuando podría ser toda tuya.

—Si no heredas tú, lo hará otra persona —explicó él—. No yo.

—¡Oh!

Hope había supuesto que iría directamente a él, pero recordó que sólo había leído un párrafo del codicilo en el bufete.

—¿Y a quién iría?

—A la adorable Amanda.

Hope recordó la foto que había visto en las revistas de la última novia de Jack sí, adorable pero vacua. ¿Sería así como la habría visto Guy a ella la primera vez?

—Bueno, qué más te da a ti quien de nosotras la herede.

—Por supuesto que me importa —dijo como si ella fuera vacua a propósito—. Para empezar, Heron es mí hogar y no me agrada la

idea de compartirlo con una rubia sin cerebro que Jack encontró en alguna discoteca. Por otra parte, esa casa ha sido de mi familia desde hace más de cien años y pretendo que siga siéndolo.

Hope frunció el ceño sorprendida. Era evidente que no debía considerarla a ella cono parte de su familia, pero a Maxine sí.

—Mira, te lo diré sin rodeos —continuó él ante su silencio—. Si tú heredaras, yo no podría comprar tu parte. O al menos al precio que vale. Podría llegar hasta los trescientos mil, pero eso es todo… Supongo que tú estarás en una situación parecida respecto a comprarme a mí mi parte.

Hope soltó una seca carcajada.

—En este mismo momento, no llegaría ni a los trescientos.

—De acuerdo. Y tal y como están las cosas, como propietarios conjuntos, ninguno de los dos podríamos vender sin el consentimiento del otro. Yo no quiero vender Heron bajo ninguna circunstancia. ¿Entiendes la situación?

Hope no estaba segura.

—Si yo heredara, no podría vender a menos que fuera a ti y tú no podrías comprar, o sea que no sacaría ningún beneficio de Heron a menos que viviera allí de forma habitual, lo que no pienso hacer.

—No, tú no sacarías ningún beneficio, pero Maxine sí. Un día ella será la propietaria de Heron.

—La mitad de Heron —le corrigió ella. Guy sacudió la cabeza.

—No, todo. Pretendo dejarle mi parte si heredas tú. Hope le miró con los ojos como platos. Estaba de broma. Tenía que estarlo. No dejaría una casa que valía un millón a una niña a la que apenas conocía.

Protestó con incredulidad:

—¿Pero y si…? Cuando tú tengas tus propios hijos… Probablemente no querrás…

—Yo no tendré hijos —aseguró él.

Hope sacudió la cabeza.

—No puedes estar tan seguro.

—No pienso casarme. Ya no —afirmó como si se le hubiera pasado la oportunidad—. Y no creo en los hijos fuera del matrimonio. Tomo precauciones, así que no habrá accidentes.

—¿Qué?

—He dicho que…

—Ya te he oído —le cortó Hope antes de sonrojarse.

—Así que comprenderás, que aunque no sea para ti, será

definitivamente un beneficio para Maxine.

—¿Es esa Amanda tan horrible?

—Absolutamente indescriptible —sonrió con desagrado—. ¿Lo harás entonces?

—¿Y cómo puedo hacerlo? Mi trabajo está en Londres. Si pierdo mis contactos, incluso durante seis meses, tendré que empezar de nuevo y es mi única fuente de ingresos.

—Pensé que escribías melodías para anuncios —dijo con tono despectivo.

A Hope le molestó aquel aire crítico. De acuerdo, componer melodías no era un trabajo vital para el mundo, pero le había permitido pagar la hipoteca y criar a Maxine.

—Lo que quiero decir es que seguramente podrás seguir haciéndolo en Cornwall. Aunque sea el fin del mundo, tenemos teléfono, fax y hasta el equipo de grabación de Jack. Podrías grabar el material y enviarlo.

—Tengo que reunirme con los ejecutivos de publicidad.

—¿Y qué? —la miró con impaciencia—. Siempre puedes tomar el tren. O un avión.

—Ni siquiera puedo imaginarme lo que vale un vuelo.

—Yo te daré el dinero si eso es un problema —ofreció él por exasperación más que por generosidad.

—Está también el colegio de Maxine. Seria una desorganización para ella.

—No veo por qué —suspiró ante sus pegas—. También hay escuelas aquí y todavía n está lejos la época de exámenes.

—No, pero... No es fácil para los niños cambiar de escuela a mitad de curso para que vuelvan a la misma seis meses más tarde. Maxine echaría de menos a sus amigas y no es fácil hacer amigos nuevos a los doce años, sobre todo si tienes un acento diferente.

—Estoy seguro de que Maxine hace amigos con facilidad, y, por lo que he hablado con ella, no parecía muy contenta con su colegio actual.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hope enfadada.

—Simplemente lo que Maxine me ha contado y típico de la educación de niños de ciudad. Alumnos sin afecto, profesores sin afecto y muy poca disciplina.

—Bueno, ¿y qué esperas que haga? ¿Qué la envíe al colegio de señoritas de Cheltenham? —preguntó a la defensiva—. ¿Y qué

banco me sugieres que robe para pagarlo?

—Podrías habérselo pedido a Jack. Era su hija también.

A Hope le traicionó el rubor en las mejillas, pero él no pareció notarlo.

—De todas formas, lo indicado sería preguntarle a Maxine.

—¿Preguntarle a ella?

—¿Por qué no? Es a la que más va a afectar el traslado, pero también es la que más tiene que ganar. Así que ¿por qué no dejar que lo decida ella?

—Tengo que pensarlo —contestó Hope sin poder negarse.

—Me parece justo. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Truro?

Hope sacudió la cabeza.

—No me quedo. Tengo que volver hoy.

—¿Dónde está Maxine? ¿En el hotel?

—No, se ha quedado en Londres. En casa de unos amigos.

No quería explicarle quién era la amiga.

Guy entrecerró los ojos de forma especulativa.

—¿Amigos? ¿Hombre o mujer?

—¿Importa eso?

—La verdad es que no —se encogió de hombros—. Sólo me preguntaba si sería un novio la razón por la que fueras tan reacia a venir a Cornwall para seis meses.

Hope clavó la vista en él como si no creyera que pudiera ser tan ingenuo. ¿Es que no sabía que era él la causa de que no quisiera pasar ni un minuto allí? Parecía que no.

—¿Debo tomarme tu silencio como una afirmación?

—Por supuesto que tengo novio. Varios, para ser más exacta —proclamó con extravagancia—. ¿Es que no lo sabes? Los hombres hacen cola para salir con madres solas por encima de los treinta. Bueno, ahora si no te importa, tengo que tomar un tren.

—Voy contigo —se levantó, recogió la bolsa de viaje y la siguió fuera del Pub—. Es mejor hablar con Maxine cuanto antes.

Hope se detuvo en la acera y no ocultó el desagrado que le producía la idea:

—¿Es que no tienes trabajo que hacer?

—Hoy no. He tomado el día libre.

Hope entrecerró los ojos.

—Tenías todo esto planeado, ¿verdad? Antes de ver siquiera al abogado.

—Por supuesto. ¿Es tan sorprendente?

—Sorprendente no. Rastrero.

Guy arqueó una ceja ante el calificativo, pero se encogió de hombros con indiferencia.

—Heron ha sido mi hogar desde que era un niño. Me gustaría mantenerlo.

Era una afirmación sin ninguna emoción, pero a Hope le hizo pensar. Nunca lo había contemplado bajo aquel punto de vista y ahora que lo hacía, veía que él podía tener motivos para quejarse.

Heron había sido de su madre y podría habérsela dejado sólo a él, pero debió sentirse obligada a repartirlo de forma ecuánime entre los dos hijos. Pero no había duda de quien había sido el mejor hijo.

—¿Tienes que volver al hotel? —interrumpió Guy sus pensamientos.

—No.

—Bien, mi coche está a la vuelta de la esquina. Lo dejaré en la estación.

En la estación, Guy no hizo caso de sus protestas y compró dos billetes de primera. Había pocos pasajeros en su compartimento y se sentaron uno frente al otro sin hablar apenas. El se puso a leer el Times y ella intentó concentrarse en la novela que había comprado.

A la una en punto se fueron a almorzar al vagón restaurante. Hope hubiera preferido un sándwich, pero Guy lo había reservado con el billete y era mejor no discutir.

—¿Vas a comer eso? —irrumpió Guy en sus pensamientos al notar que sólo daba vueltas a los spaghetti en el plato.

—Preferiría no comerlo.

—No me extraña que estés tan delgada —dijo él retirando su plato vacío.

—Siempre he estado delgada.

—No, no siempre.

Deslizó la vista por su cuerpo y después la clavó en sus ojos.

—Supongo que a tu novio le gustarás así.

«¿A qué novio?» Estuvo a punto de decirlo, pero no le dio la satisfacción. No era asunto suyo.

—¿Podríamos hablar de otra cosa?

—De acuerdo —se encogió de hombros—. ¿Sigues cantando?

—¿Cantar?

Creía que trabajabas en un estudio de grabación haciendo coros.

—Eso fue hace años. ¿Quién te lo contó? ¿Jack? Guy sacudió la

cabeza.

Mi madre. Después de una de esas visitas que te hacía a Londres.

Hope se quedó con la boca abierta.

Pensé que…

—¿Qué lo mantendría en secreto? Lo hizo con Jack, pero no tenía idea de que no debía mencionarte delante de mí.

La miró fijamente, pero Hope se negó a devolverle la mirada. Parecía estar acusándola de algo aunque seguramente ninguno de los dos había sido un santo.

—Se preocupaba mucho por ti, ¿sabes? Pensaba que la familia Delacroix había arruinado tu vida.

—¿De verdad?

Hope se preguntó por qué estaría contándole aquello.

—Yo le dije que tú eras más dura que eso —en ese momento sí consiguió ganar su atención—. ¿Lo eras?

—Mucho más dura —contestó con voz firme y orgullosa de hacerlo.

—Eso es lo que pensaba —la miró con una expresión ambivalente como si la admirara y le desagradara a la vez—. Así que, ¿cuándo le contaste a Jack exactamente lo nuestro?

—Yo… —se le fue el color de la cara—. Lo cierto es que nunca se lo conté.

El la cortó:

—El año pasado, ¿verdad?

Tenía razón. Jack lo había descubierto el año anterior.

Fue Hope la que se reunió con él en una de sus estancias en el Savoy. Le contó lo que había sentido Maxine y él no pareció preocuparse mucho. Estaba seguro de que su hija sí querría volver a verle, sobre todo cuando la llevara de compras. Entones fue cuando Hope comprendió que tenía que hacer algo antes de que Jack se pasara los diez años siguientes ilusionando y defraudando a su hija con aquella destructiva mezcla de encanto y rudeza.

Se lo dijo directamente. Maxine no era hija suya. El no la creyó, o al menos no al principio. ¿Cómo no iba a ser suya si se parecía tanto a su propio padre?

—Vaya con mi hermanito. Siempre quiso quitarme mis juguetes.

Ella no dijo nada y su silencio fue una confirmación. Hope había vivido asustada durante semanas esperando que Guy llamara a su puerta, pero no había pasado nada.

—¿Qué dijo Jack? —le preguntó en ese momento.

—Nada directamente. Sólo fue evidente que sabía que tú y yo… Bueno, no hubo pistolas ni espadas en la lucha. De hecho, creo que hasta disfrutó de la situación.

Igual que Guy parecía disfrutar la de ahora, le pareció ver a Hope en aquella sonrisa ladeada. Estaba disfrutando de traer el pasado para hacerla sentirse incómoda y remarcar que ni él ni Jack se la habían tomado demasiado en serio.

Bueno, pues no pensaba darle más placer, decidió Hope negándose a hacer ningún comentario más.

Eso no le desanimó y comentó:

—De ahí viene lo del codicilo, supongo.

—¿El codicilo? ¿Quieres decir lo de tener que vivir en Heron durante seis meses?

Guy asintió.

—Probablemente esté viéndonos ahora desde arriba, o en el caso de Jack desde abajo y riéndose a nuestras expensas —sugirió Guy con tono irónico antes de seguir con un más sombrío—. Un acto final de venganza, quizá pensando que nos destrozaríamos el uno al otro.

Lo último le produjo escalofríos sin saber si era una amenaza por su parte o sólo una impresión de lo inevitable. De todas formas ella no creía que fuera un gran plan de Jack.

—¿No es bastante absurdo todo esto? Si Jack hubiera buscado algún tipo de venganza, no habría esperado hasta después de morirse. Podría haber sido dentro de cuarenta años.

Guy la miró con fijeza largo rato antes de decir:

—No lo creo.

Hope lo interpretó al principio por el estilo de vida de su ex marido, pero vio algo en su cara que sugería que sabía algo que le ocultaba.

Guy hizo un gesto al camarero y cuando ella rechazó el postre, pidió la cuenta. Volvieron al compartimento y el silencio cayó una vez más.

Capítulo 6

—¿A qué hora llega Maxine a casa? —preguntó Guy cuando el taxi paró frente a la casa de Hope.

—Dentro de una hora más o menos —calculó Hope—. Será mejor que pases.

—¿Cómo alternativa a quedarme sentado a la puerta, quieres decir?

Hope apretó los labios. Parecía hacerlo mucho últimamente. Abrió la puerta principal, recogió el correo del felpudo y se fue a la cocina. El la siguió.

Fue un error. Se había olvidado del desorden de Vicki. Un sólo día y había conseguido que la cocina pareciera una porquera. Los platos sucios del desayuno estaban todavía en la mesa. Las sartenes, probablemente de la cena de la noche anterior, seguían en la cocina.

Miró el desorden con desagrado, pero le dio más rabia que Guy pusiera la misma expresión.

—No está muy domesticado tu novio, parece. Y encima fumador, por lo que veo.

—Hay defectos peores —soltó Hope mientras empezaba a recoger los platos.

—Eso parece —recogió una colilla de un cenicero—. ¿Y también usa lápiz de labios?

Hope apretó los labios para no soltar una grosería.

—No hay ningún novio. Es una amiga la que ha cuidado de Maxine.

—¿De verdad? ¡Qué interesante! Me pregunto por qué me contaste lo contrario.

—¡No lo hice! Tú supusiste lo contrario.

—Y tú me dejaste suponerlo. ¿Pensabas que estarías más a salvo de esa manera?

—¿A salvo?

Le miró con la expresión en blanco mientras llevaba los platos al fregadero.

El no se inmutó y la siguió.

—A salvo de mis avances.

De estar irritada, Hope se puso furiosa.

—¡De ninguna manera! Quiero decir, que maldito lo que te importó en otro tiempo que yo estuviera casada.

Las palabras le salieron sin pensar y produjeron el efecto deseado porque le borraron la sonrisa de arrogancia de la cara. La mirada de furia que siguió, le hizo perder el valor a Hope.

Guy la agarró por el brazo antes de que pudiera escapar de él.

—Estás equivocada. Sí me importó y mucho. Me importó desear a la mujer de mi hermano y me importó después que volvieras con él, todavía caliente de mi cama.

—Suéltame —dijo Hope con una voz muy tensa.

Guy obedeció y dejó caer las manos. No parecía avergonzado ni se disculpó.

—Parece que estamos cumpliendo con las expectativas de Jack.

—Esto es imposible —Hope sacudió la cabeza—. No podría vivir en Heron ni seis horas, y mucho menos seis meses.

—Tienes que hacerlo.

Guy habló como si fuera un destino al que ninguno de los dos pudiera escapar.

—No, no tengo que hacerlo. Por favor, Guy. Vete. Se dio la vuelta y abandonó la cocina. Subió a su habitación y se sentó en su cama. No se preocupó de que la siguiera porque por algún motivo confiaba en que respetara su intimidad.

Eso fue antes de que sonara el timbre de la puerta.

Sólo sonó una vez y Hope pensó si lo habría imaginado. Cuando salió y asomó por la barandilla, Guy estaba abriendo la puerta y era demasiado tarde.

No pudo ver a Vicki, pero la oyó:

—Oh… hola. ¿Está Hope en casa? Eres Guy, ¿verdad?

—Sí, está arriba —respondió él muy despacio.

—Bueno, si está descansando, dile que todo estuvo bien y que sólo vine a buscar mi bolsa.

Hope permaneció donde estaba escuchando las voces. Se imaginó que si se quedaba allí, cabría la posibilidad de que los dos se fueran.

Por fin oyó cerrarse la puerta y después nada. Supuso que Guy habría salido con Vicki y soltó un suspiro de alivio mientras bajaba dos escalones. Se paralizó al ver a Guy todavía en el recibidor y se dio la vuelta cuando él la vio.

Sólo que ahora ya no confiaba en que respetara su intimidad. Guy empezó a subir los escalones de dos en dos y abrió la puerta de

su dormitorio justo cuando ella acababa de cerrarla.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Sal de mi habitación! Te he pedido que te vayas…

—Y lo haré. En cuanto me digas lo que estaba haciendo esa vaca aquí.

—¿Vaca? Si con eso le refieres a mi amiga…

—¿Amiga?

Casi le escupió la palabra y avanzó hacia la ventana.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿no era Vicki Martin? ¿Tú amiga del colegio? ¿También conocida como amante de tu marido y autora de una auténtica confesión de zorra?

—¿Y qué si lo es?

—¿Has dejado que esa mujer cuide de tu hija?

—¿Y por qué no? Por el amor de Dios. No es una asesina o algo así.

—Ella… se… acostó… con tu marido.

—Ella y miles más —gritó Hope—. ¿Qué esperas que haga? ¿Qué la denuncie por su estupidez? Yo también fui culpable de lo mismo, recuerda.

—No es fácil que lo olvide.

—¿Qué?

—¿Cómo crees que me sentí cuando volviste con él?

Tenía la voz cargada de furia.

—No tengo ni idea.

Hope se negó a contestarle ni a mirarle y posó la mirada en la ventana.

Guy cortó el poco espacio que los separaba y la agarró por el brazo para obligarla a mirarle.

—Entonces, te contaré como me sentí. Me sentí como si alguien me hubiera puesto una navaja en las entrañas y me las hubiera arrancado. Sentí eso cada día que pasaste con él. Y cada noche cerraba los ojos y te veía. Sus manos sobre ti, su boca en la tuya…

Hope no podía escuchar, ni quería. Se soltó y se tapó los oídos, pero él le apartó las manos y se las sujetó a la espalda para dejarla atrapada contra la pared.

—Su boca en la tuya —susurró con voz ronca a su oído—. Tocándote las mejillas, la garganta. Su boca en tus senos…

—¡Párate! —gritó Hope desesperada.

Pero él no le hizo caso.

—Su boca donde había estado la mía. Y todo el tiempo viendo tu

mirada, escuchado tus pequeños gemidos.

—¡Cállate! ¡Cállate! —repitió Hope, furiosa, como si hubiera abierto viejas heridas que ya creía cerradas.

Pero no lo estaban. Ella también podía ver la imagen que él estaba describiendo, pero no era Jack el que le hacía el amor despacio y de forma maravillosa, sino aquel hombre, susurrando palabras de amor a su oído, haciéndola creer, haciéndola desear, fundiéndola como Jack nunca había conseguido.

El seguía susurrando, sólo que ahora eran maldiciones. Al sentir su cuerpo que la tenía atrapada, volvió a desearle como siempre y eso la avergonzó. Incluso con los ojos empañados en lágrimas, su cuerpo temblaba ante su contacto. Y lo peor era que él lo sabía.

Sus labios cesaron de moverse para hablar y se acercaron a su pelo. Hope siguió temblando cuando se posaron en su sien antes de bajar despacio hacia su boca.

Abrió los labios para decirle que no, pero no pudo pronunciar palabra y se sintió perdida en el momento en que la besó.

Ligeramente al principio y después con más insistencia sin dejar de acariciarle los brazos, la espalda, los muslos.

Guy rompió el beso y alzando la cabeza la miró. Lo sabía. Lo vio en sus ojos turbios. Lo escuchó en su aliento entrecortado. Supo que le deseaba tanto como él a ella y aquello era lo único que le importaba.

Hope mantuvo la vista fija en él cuando la tumbó en la cama. Sintió que su fuerza de voluntad se estaba desvaneciendo. Cuando él empezó a besarla de nuevo ya no pudo recordar por qué había querido detenerle. Guy la apretó contra el satén de la colcha y ella abrió la boca para él. Se besaron una y otra vez como si aquello fuera suficiente para los dos.

Pero no lo era. Guy la besó con más delicadeza entonces y con una mano dibujó la curva de su cadera para subir hacia su cuello. Entonces rompió el beso y empezó a desabotonarla la blusa.

Hope estaba temblando cuando terminó. Habían pasado trece años desde la última vez en que había tenido intimidad con un hombre, con aquel hombre. Se moría por sus caricias y las temía a la vez. Cuando su blusa estuvo abierta, Guy la tocó, deslizando la mano por la suave piel de su cuello para llegar hasta el promontorio de su seno. Pero no tenía prisa. La besó en la cara, en los ojos, en las mejillas y en la boca mientras sus dedos volvían a dibujar el fino trazo de sus hombros. Guy sabía exactamente lo que estaba

haciendo. La estaba haciendo esperar, desearle, desear sus caricias y por fin, su mano apartó el encaje de la ropa interior y abarcó su seno rotando con el dedo el pezón inflamado.

Hope soltó un gemido cuando sus dedos la apretaron y gritó cuando de repente él bajó la cabeza y tomó un pezón en su boca. La chupó con fuerza hasta que el deseo se hizo imposible. Ya no se resistió a sus manos cuando le arrancaron la blusa y el sujetador. Ya no le importaba si era correcto o no. Le deseaba como nunca había deseado a nadie.

Hope olvidó quién era él, quien era ella y por qué debían odiarse. Era difícil de recordar cuando aquello se parecía tanto al amor, con su boca cubriendo la de ella en un beso que daba y demandaba, que viajaba hacia abajo en lento movimiento hacia sus senos, sus pezones dentro de su boca sabia y experta. Su mano también se deslizaba hacia abajo. Extendiéndose en la planicie de su estómago, después dentro del encaje de sus braguitas. Tocándola. Apretándola. Inteligentes y expertos dedos. El aliento en jadeos. Más rápidos. Más fuertes. Más difícil respirar. No más. Gritando. Gritando su nombre. Sin fin. Se acabó.

Entonces llegó la parte horrible, la parte en que el aliento se regulaba, la carne se enfriaba y volvía la razón llevando la culpabilidad y el remordimiento. Pero no para él. El había mantenido el control. Y seguía manteniéndolo todavía vestido excepto por la camisa y sin dejar de mirarla.

Todo había sido planeado. El había querido hacerla desearle hasta dejarse tocar. Sin querer hacerle el amor de forma apropiada, había dejado sin embargo su marca en ella, dentro de ella, visible ante sus fríos ojos grises.

Hope se dio la vuelta y alzó la colcha para cubrir su desnudez. Hubiera deseado sólo que se fuera. Pero su juego no se había acabado todavía. Siguió echado en la cama a su lado y empezó a besarla en la espalda y los hombros, a deslizar las manos por su cuerpo.

—Hope.

Hope vaciló, pero él apretó los labios contra su espalda.

—Está bien. Puedo esperar.

Le oyó entonces salir de la cama y escuchó otro ruido. Le llevó un momento identificarlo. Alguien estaba llamando a la puerta.

—Es Maxine —dijo Guy mientras saltaba de la cama—. Yo contestaré… así te dará tiempo de vestirte —añadió posando la

vista en sus senos desnudos.
—Le diré que te estás duchando —comentó mientras salía.
Después de ducharse, Hope bajó y se encontró a Maxine charlando encantada con Guy. El estaba tan frío como siempre. Tan frío que hasta podría convencerla a ella de que no había sucedido nada si no fuera por la sonrisa sugerente de sus labios cada vez que la miraba.
Hope hizo lo que pudo por no mirarle y Maxine la recibió con una lista de quejas acerca de Vicki.
—De verdad, mamá —suspiró con exageración—. No tiene ni idea. ¿Sabes a que hora nos hizo acostarnos?
—¿A las nueve?
—No. El asunto es que ni siquiera lo hizo. No dijo ni una sola palabra. Eran las once cuando yo decidí irme y el monstruo de Edward seguía por allí corriendo.
—¿Quién es Edward? —preguntó Guy.
—Su hijo.
—¿Está casada Vicki?
Hope sacudió la cabeza.
—Edward es producto de un fracaso amoroso. Así lo describe Vicki. Y hasta enfrente de él —justificó ante la mirada de reprobación de su madre—. No me extraña que esté tan tonto.
—¡Maxine!
—Bueno, lo único que puedo decir es que me alegro de ser tu hija, mamá.
Esbozó una sonrisa empalagosa que tampoco convenció a su madre, pero se rió de todas formas olvidando al invitado por un segundo.
Entonces captó su expresión. El también estaba sonriendo, pero había burla en sus ojos. Le hizo recordar una vez más lo que había sucedido arriba y se sonrojó de turbación. Deseó que se hubiera ido. Por un momento se preguntó si le diría algo a Maxine, pero comprendió que estaba siendo absurda.
Guy seguía hablando con Maxine y preguntándole acerca de la escuela. Los dos charlaron con comodidad, como si se conocieran de toda la vida y Hope se quedó al lado del fregadero como si ella fuera la extraña. Cuando Guy miró en su dirección, le dirigió una mirada de enemistad.
Eso le hizo acelerar el propósito de su visita.
—Maxine, hay algo que tenemos que contarte acerca de la

propiedad de tu padre.

—¿Propiedad?

—Su testamento —continuó él sin cambiar el tono—. Tu padre no te ha dejado nada directamente, pero lo ha hecho a través de tu madre. Le ha dejado la mitad de Heron, la casa de la familia en Cornwall, a condición de que viva en ella seis meses como mínimo.

A Maxine se le iluminó la cara. No parecía encontrar la perspectiva alarmante.

—¿Quieres decir que tenemos que ir a vivir a Cornwall? ¡Uau! ¡Estupendo! ¿Está al lado del mar?

Guy asintió.

—Enfrente del Océano Atlántico.

Maxine sonrió de nuevo pero frunció el ceño al ocurrírsele otra cosa.

—¿Y qué pasará dentro de seis meses? ¿Tenemos que volver aquí?

—Sí —contestó Hope.

—Pero, ¿por qué? ¿Tenemos que hacerlo? —Maxine se dirigió a Guy—. Quiero decir que si la mitad de la casa es nuestra, ¿por qué no podemos vivir allí siempre?

—En teoría podéis, pero eso es decisión de tu madre.

—Mmm —Maxine se volvió hacia Hope—. ¿Cuándo podemos irnos?

—No lo sé —Hope intentó ocultar la irritación de su voz—. No puedes dejar la escuela a mitad del trimestre.

—Sólo faltan dos semanas para terminarla —aclaró Maxine.

Hope no se había dado cuenta de que estaba tan cerca. Las vacaciones eran siempre momentos duros para ella. Era difícil trabajar con Maxine por la casa y normalmente no tenía dinero más que para llevarla un fin de semana a Brighton.

—Será estupendo —Maxine estaba saltando—. Todo el verano en Cornwall. Podré nadar, montar a caballo y todo tipo de cosas. El tío Guy tiene un velero, ¿verdad?

Guy asintió y, con los ojo clavados en Hope, dijo:

—A tu madre le gustaba navegar. Era muy buena, según recuerdo.

—¿De verdad, mamá?

Maxine pareció sorprendida. No se imaginaba a su madre fuera del contexto de su vida rutinaria.

Hope se encogió de hombros e inspiró para contener el enfado.

—Yo te enseñaré —siguió hablando Guy con Maxine—. Como enseñé a tu madre.

—¿De verdad, tío Guy?

La excitación de la adolescente era evidente. Guy la sonrió con lo que pareció un sincero afecto. Quizá lo fuera, pero no le hizo sentirse mejor a Hope.

—¿Cuándo podemos ir, mamá? —presionó Maxine a su madre.

Hope sacudió la cabeza y fue Guy el que dijo:

—Maxine, dale tiempo a tu madre a hacer sus planes… Antes de que acabe el mes, ¿por ejemplo?

—Sí, de acuerdo —concedió ella con rigidez mientras él se levantaba de la mesa.

—Hasta pronto, Maxine.

Sonrió a la niña y siguió a Hope fuera de la habitación. Le abrió la puerta principal y la mantuvo abierta cargada de resentimiento. Como siempre, él había conseguido lo que quería.

Consciente de sus sentimientos, Guy dijo en tono conciliatorio:

—Estás haciendo lo correcto.

—Probablemente. Sólo que no esperes que me sienta feliz por ello.

Guy notó la aspereza de su voz, pero siguió sonriendo.

—Lo cierto es que nunca sé que esperar de ti, Hope. Estás furiosa conmigo un instante y al siguiente… Bueno acuérdate de lo que pasó antes.

Hope deseó con toda su alma darle un bofetón para quitarle aquella sonrisa de satisfacción. Pero eso era lo que él quería, verla perder la frialdad y admitir que la había podido.

—¿Qué pasó antes? Ah, quieres decir en mi habitación. Bueno, no le des tanta importancia. Ha pasado un par de meses desde que rompí con mi último novio —dijo con estudiada indiferencia.

El dio un respingo y Hope se sintió bien ante aquella reacción física tan impropia de Guy.

Ahora le tocó a ella sonreír y mantuvo la sonrisa incluso cuando él explotó:

—Jack dijo que te habías convertido en una cualquiera y debería haberle creído.

Era evidente que ahora ya creía a su hermano. El desprecio en su mirada era absoluto, pero Hope no dejó que la afectara. Al menos no hasta que se diera la vuelta, cerrara la puerta tras él y no

fuera testigo de como se derrumbaba su orgullo al comprender lo tonta que había sido.

Capítulo 7

—¡Es absolutamente fabulosa! —exclamó Maxine saltando.

Habían llegado la noche anterior, demasiado tarde como para ver nada y demasiado cansadas como para hacer otra cosa que meterse en la cama. Por la mañana y con el sol entrando a raudales por todas las ventanas, Heron era tan preciosa como ella recordaba.

La habitación de Maxine era grande, luminosa y sin duda mejor que la que tenía en Londres. Tenía una vista espléndida sobre los acantilados y la bahía y el Atlántico extendiéndose al frente sin fin. Tenía unos armarios enormes para la ropa y estanterías con libros y el mobiliario de colores suaves que eran modernos y prácticos. Parecía que la hubieran decorado para una chica.

Hope tuvo que consolarse con otras ventajas.

Maxine no tenía amigos allí y ninguna forma de hacerlos hasta que empezara el colegio. No había helados, cines o tiendas de video por los alrededores. Ni tampoco boutiques con vestidos carísimos a los que una jovencita no podía resistirse. Seguramente Maxine se aburriría y pediría volver en un mes o dos.

—¿Todo va bien —preguntó Guy cuando apareció en la habitación seguido de un setter irlandés.

—Bien —dijo tensa Hope sin dejar de deshacer las maletas y colgar la ropa.

—Gracias —dijo Maxine con una sonrisa genuina a su tío.

Hope no. Tenía la misma cara de enfado que sentía.

—¿Hay algún problema? —preguntó Guy cuando su sobrina se fue a investigar la habitación de al lado.

—No si lo que tratas es de mimar a una niña.

—Sólo pretendía hacerla… haceros sentir cómodas —se defendió él.

Hope puso expresión de incredulidad.

—¿Y no es eso arriesgado? ¿Hacernos sentir tan cómodas como para que no queramos irnos cuando se acabe el plazo?

—Quizá no quiera que os vayáis.

Hope no picó el anzuelo. Si no tenían cuidado, acabarían los siguientes seis meses en una batalla continua.

Por suerte volvió Maxine a reclamar su atención.

—¿Puedo bañarme ahí abajo?

Señaló la bahía bajo los acantilados.

—Sí —dijo Guy.

—¡No! —gritó Hope a la vez.

Le miró con furia pero él la ignoró dirigiéndose a su hija:

—Puedes bañarte ahí, pero sólo bajo la supervisión de un adulto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Lo prometes? —insistió él.

Maxine asintió y repitió con solemnidad:

—Lo prometo.

Hope se quedó muda, como una espectadora que sobrara. El ya estaba imponiéndose como había hecho doce años atrás. Se había impuesto sobre Jack y después sobre ella.

—Iremos a bañarnos más tarde —le sugirió a Maxine para ganarse su sonrisa en el acto.

Hope se preguntó cuanto tardaría su hija en volver a la normalidad y a rebelarse. La prefería a este modelo de obediencia en beneficio de Guy.

Y continuó durante el almuerzo. No hubo ningún comentario acerca de las «asquerosas verduras» cuando Guy le sirvió brócoli y zanahorias.

—¡Qué bueno estaba! —exclamó Maxine después de tomarse una cucharada de tarta antes de añadir con deslealtad—. Mamá no hace postres tan ricos…

Hope la miró enfurecida, pero no podía discutir. La repostería estaba fuera de sus habilidades culinarias. Sus postres habituales eran yogures o fruta. Pero Guy parecía más conciliador que atacante.

—Tu madre tiene su trabajo —le dijo con suave reproche a su sobrina.

Maxine pareció un poco avergonzada.

—Sí, por supuesto —miró a su madre con expresión de disculpa —, pero eso quiere decir que será estupendo que cocine todo la señora Stevens. Así trabajarás más.

—Supongo que la señora Stevens vendrá sólo los fines de semana, cuando tu… cuando Guy está en casa.

—Ah, se me había olvidado —Maxine se dirigió a Guy—. Mamá dice que vives en Truro durante la semana.

—Solía hacerlo.

«¿Qué solía hacerlo?». A Hope le dio un vuelco el corazón.

—¿No te lo he contado? —era todo inocencia sabiendo perfectamente que no había dicho nada—. Con los fax y los ordenadores, puedo hacer la mayor parte de mi trabajo desde casa. Sigo teniendo la oficina de Truro, pero sólo voy un par de días a la semana.

¿Y el resto del tiempo? Hope estaba horrorizada al comprender que estaría en Heron.

—Dijiste que todavía tenías el apartamento —le acusó.

—Y lo tengo, pero lo he alquilado.

Guy sonrió como si estuvieran teniendo una conversación normal. A Hope le costó todo el esfuerzo del mundo no llamarle mentiroso en la mesa.

—Pero eso es estupendo, mamá —declaró con inocencia Maxine —. Veremos mucho más al tío Guy de lo que habíamos creído.

—Magnífico —repitió con una voz tan fúnebre Hope que Guy soltó una carcajada.

Maxine parecía confundida y Guy dijo:

—Creo que tu madre está haciendo un esfuerzo por contener el entusiasmo.

Maxine no lo entendió, pero se rió con Guy.

Hope se preguntó si estaría siendo paranoia suya o su hija había notado la enemistad y había tomado partido por él.

Guy estaba haciendo todo lo posible por hacer agradable la estancia de Maxine. Se la llevó a nadar después de la comida y no aparecieron hasta después de unas horas.

A Hope también la invitaron por cortesía, pero ella se negó a ir. Se excusó con el trabajo pero se pasó la mayor parte de la tarde mirando por la ventana y pensando en todo menos en la música para el anuncio de salchichas sin grasa. Era una oportunidad para ella porque aquel anuncio sería para televisión en vez de para la radio. Pero eso no la ayudó a concentrarse.

Terminó la tarde cumpliendo con el deseo que había sentido desde su llegada. No sabía por qué, pero necesitaba ver la torre oeste. No iba a ayudarle a enterrar el pasado, pero la atracción era irresistible.

Estaba tal y como ella la recordaba. Si la habían pintado, el color era idéntico y los muebles los mismos.

Miró a la cama y tuvo un vívido recuerdo de ellos dos echados en ella. No habían hecho sólo el amor. Habían hablado durante horas, se habían confesado sus sueños y esperanzas y habían

admitido sus fracasos.

Se preguntó cómo podría haber sido tan ingenua. Guy la había deseado sólo porque pertenecía a su hermano y la había hecho el amor sólo para demostrar que podía poseerla.

Hope le había odiado por ello. Y le había odiado más que a Jack. A Jack ya le había tomado como era: un hombre egoísta e inmaduro que se dejaba llevar por sus impulsos. Pero Guy sabía exactamente lo que estaba haciendo. Él mantenía el control, planeaba, calculaba y no conocía la debilidad.

Contempló desde la ventana de la torre la llegada de Maxine y de Guy en el MG deportivo que usaba sólo en verano. Su hija sonreía feliz y miraba a su «tío» con admiración. ¿Sería aquello también parte del plan de Guy, llevarse bien con Maxine actuado de padre? La ironía del asunto la enfermaba en vez de hacerla sentir curiosidad. Corrió de vuelta a su habitación antes de que descubrieran donde había estado.

—¡Creo que tiene una novia! —anunció Maxine en cuanto entró como un torbellino en la habitación de su madre.

—¿Qué?

Hope levantó la cabeza de los papeles que había tomado para disimular.

—El tío Guy. Creo que tiene una novia. Bueno, yo sé que la tiene. La conocimos en Saint Yves.

—¿De verdad? —Hope aparentó desinterés aunque se le hizo un nudo en el estómago—. ¿Qué estabais haciendo en Saint Yves?

—El tío Guy me llevó a nadar cerca de allí y después me invitó a un helado.

—¿No crees que eres demasiado mayor para tomar helados?

—Siempre me estás diciendo que sólo tengo doce años y que no debería darme prisa en crecer. Y ahora me dices…

—Sí, ya lo sé. Lo siento… Supongo que estoy un poco nerviosa.

Maxine decidió aceptar su disculpa.

—¿Es por el trabajo? ¿No va bien?

—No mucho.

—No me extraña. Esas salchichas saben a guantes de fregar —Hope se preguntó si su hija habría probado alguna vez los guantes de fregar. Por desgracia, Maxine volvió al tema anterior—. Se llama Elizabeth. Es muy alta y elegante, pero bastante mayor. Incluso mayor que tú, creo.

«¡Tan mayor!»

Hope abrió los ojos aparentando horror ante la apreciación de su hija como si estuviera a punto de jubilarse, pero hizo acopio de todo el control que poseía para no preguntar por la tal Elizabeth.

Sin embargo, no hizo falta que preguntara.

—Sin embargo es rica. Se le nota en la ropa… Va a salir con ella esta noche, así que estaremos solas.

—No esperes que Guy te saque muy a menudo, Maxine. El tiene su propia vida —la advirtió su madre en voz baja.

Maxine puso una mueca de disgusto, pero enseguida se animó:

—Mañana nos sacará a nosotras. A Comer al Club de Yates.

—¿De verdad?

Hope asumió que aquel «nosotras» iba sólo por Maxine y sonrió con una mezcla de sentimientos.

A Maxine le caía bien Guy y le gustaba su compañía. Quizá el sentimiento fuera mutuo y ¿Qué daño podía hacer?

Maxine tenía razón. Guy salió a cenar y Hope se dijo que se alegraba. Una comida menos que aguantar. Una hora menos de soportar a aquel hombre que la irritaba sólo con estar cerca.

—¿Por qué no? —le preguntó él por la mañana en el desayuno cuando rechazó su invitación para comer.

—Tengo trabajo.

Dio la excusa más simple, pero su mirada hostil explicaba la causa.

—¿Para la glorificación de las salchichas?

Hope habría matado a Maxine si no se hubiera ido ya de la cocina a dar un paseo con Rufus, el perro de Guy.

—Suena fascinante —añadió él en tono paternalista que la hizo apretar los puños.

—¡No, es asquerosamente aburrido! Pero paga la ropa que se pone Maxine y la comida que se mete al estómago y no voy a disculparme por eso.

Apartó la taza de café, todavía llena y se habría levantado si él no le hubiera puesto una mano en la muñeca.

—¡Suéltame!

—En un segundo. Quiero disculparme primero.

«¿Disculparse?». No se lo creía.

—He sido condescendiente —admitió él—. Acerca de tu trabajo. Como bien has dicho, os ha permitido sobrevivir a ti y a Maxine… sólo que me parece que estás desperdiciando tu talento.

—¿Mi talento?

—Aparte de poseer una voz más que apropiada para cantar, sabes componer música y letras. En otro tiempo planeabas ser escritora de música, ¿te acuerdas?

—Y tú planeabas cruzar a vela el Atlántico en solitario.

—Cierto —concedió él con una sonrisa tímida—. Y quizá nunca lo haga. Pero todavía sueño con ello. ¿Qué hay de ti?

Hope le devolvió la mirada un instante. ¿Le importaba de verdad si ella seguía teniendo sueños? Sacudió la cabeza ante lo absurdo de la conversación.

—Yo ya no tengo sueños. Ahora, si me disculpas… Bajó la vista hacia los largos dedos que todavía rodeaban su muñeca. Guy soltó la mano y ella se zafó. Se fue hacia la puerta pero su voz la detuvo:

—¿Te importa que lleve a Maxine a comer?

—¿Y si te dijera que sí, que sí me importa?

—Entonces no la llevaría.

Hope había esperado una discusión. El que fuera tan razonable la dejó desarmada.

—Llévala sí quieres —murmuró.

Abandonó la cocina antes de ceder al impulso de entablar otra pelea con él.

Le vio irse con Maxine unas horas después. Los dos iban vestidos con ropa veraniega de navegación en azul y blanco. Mirando su pelo negro y ondulado y sus rasgos parecidos, se preguntó si los extraños reconocerían la verdad. ¿Pensarían que atractivo par hacían el padre y la hija? ¿Adivinarían su secreto?

Hope sabía que era posible, pero no hizo ningún intento por retener a Maxine. Haberlo hecho hubiera sido alejarla deliberadamente de su padre y Hope no quería hacer eso. Las circunstancias habían hecho que ella hubiera tenido que criar a su hija sola y si había mentido por omisión había sido porque creyó que era lo mejor para su hija.

Hope estaba tocando el piano en el cuarto de dibujo cuando regresaron. Se detuvo ante el sonido de sus voces y salió a recibir a Maxine. No estaba sola, sino con otra niña más o menos de su edad.

—Hola mamá. Esta es Natalie —presentó a la otra mientras subían las escaleras—. Vamos a oír mis cintas a la habitación.

Al momento apareció Guy acompañado de una pareja.

A Hope le hubiera gustado retirarse al cuarto de dibujo, pero la vieron antes de poder escabullirse.

—Hope —la llamó Guy como si fueran los mejores amigos del

mundo—. He traído a alguien a verte.

Hope salió de entre las sombras con desgana y se acercó a la pareja.

¿Para qué quería que los conociera?, se preguntó Hope. Le sonaban algo, sin embargo.

—No te acuerdas de nosotros, ¿verdad? —la mujer se adelantó y le dirigió una sonrisa radiante—. Bueno, es comprensible. Me temo que yo estoy mucho más gorda y Richard ha perdido la mayor parte de sus rizos de bebé —admitió con buen humor.

—¡Beth! —reconoció Hope al oír la voz—. Beth Castillon.

—La misma —confirmé Beth para adelantarse y darle un beso cálido en la mejilla—. Y tengo que admitir que tú no pareces ni un día más vieja —anuncié con generosidad después de estudiar la cara de Hope.

Hope recordó entonces a la pareja. Vivían justo a un par de millas de Heron por la carretera del acantilado y los había conocido cuando había salido con Guy. Beth también la había invitado a tomar café en varias ocasiones y se habían llevado bien aunque Hope había sido un poco tímida ante la mujer mayor que ella.

—¿No estás de acuerdo? —le preguntó Beth a su marido.

—Ni un sólo día —confirmé Richard Castillon antes de adelantarse a estrecharle la mano—, aunque recuerdo que llevabas el pelo diferente.

—Lo tenía largo hasta la cintura —respondió Guy con tono abrupto.

Hope se llevó avergonzada una mano a su pelo corto. La gente decía que aquel estilo le quedaba bien, pero era evidente que Guy no lo creía así.

—Bueno, a mi me gustaría estar igual de delgada para poder llevar tu corte —afirmó Beth al ver decaer un poco la cara de Hope —. Es muy femenino, justo el ideal para tus rasgos.

—Gracias —Hope sonrió con timidez ante la amabilidad de la otra mujer y por un momento se sintió como doce años atrás, una niña comparada con los confiados amigos de Guy—. ¿Habéis… quiero decir queréis una taza de té?

Sintió que debía actuar de anfitriona ya que la señora Stevenson tenía el día libre.

—Iré a ayudarte —se ofreció Guy.

—Mm… no hace falta.

Se retiró con rapidez hacia la cocina seguida de Beth.

—Te echaré una mano —sugirió para demostrar enseguida que sabía mucho mejor que Hope donde estaban las cosas—. A veces he dado cenas a los clientes más importantes de Guy —explicó ella su conocimiento de la cocina—. La señora Stevenson está bien, pero no puedes sacarla de la carne y los guisantes. Se niega a preparar nada más exótico… ¿Te está haciendo la vida imposible?

—Yo… apenas la he conocido —replicó Hope insegura.

—Bueno, si lo intenta, no la dejes —sugirió Beth—. Puede llegar a ser insoportable con las novias de Guy.

—Yo no soy ninguna novia.

—Bueno, no… pero puede que no se entere, sobre todo si Guy es tan vago con ella como…

—¿Vago? ¿Qué quieres decir?

Hope frunció el ceño.

—Ya sabes. Guy nunca da explicaciones a la gente Nos dijo que habías vuelto para una temporada, pero no nos dio ninguna razón. Me muero de curiosidad —admitió Beth con franqueza—, pero dime que me meta en mis propios asuntos, si quieres.

—Bueno… —por un momento, Hope se sintió tentada de explicarle lo del testamento de Jack, pero eran amigos de Guy y si él no había querido contárselo, ella no podía traicionarle—. Es un poco complicado. Será mejor que se lo preguntes a Guy.

—Me parece justo —Beth no la presionó—. Aunque eso es como sacar sangre de una piedra. ¿Sabes que nunca nos contó que habías tenido una hija? Después de que volvieras con Jack, quiero decir. Se parece mucho a él, ¿verdad? —Beth sonrió de nuevo—. A Guy, quiero decir, no a Jack.

Hope se la quedó mirando preguntándose si aquella sonrisa escondería sospechas, especulación o conocimiento. Pero quizá fuera sólo una sonrisa de aprecio ante el parecido entre Maxine y «su tío».

—También es una niña encantadora —siguió Beth—. Tan agradable y con tan buenos modales.

—¿Maxine?

Beth comprendió y soltó una carcajada.

—A mí me pasa lo mismo con Natalie. La gente me dice que es considerada, amable y una niña maravillosa y esa no es la Natalie con la que yo vivo. Es un monstruo. Difícil, con un humor cambiante como el tiempo en primavera, resentida, arrogante y una lista enorme de defectos.

Hope emitió una exclamación de simpatía.

—No puede ser peor que Maxine.

—No apuestes gran cosa —la advirtió Beth—, aunque por los cuchicheos que las he oído compartir después de conocerse, creo que han encontrado su alma gemela.

—¿Cuántos años tiene Natalie?

Hope estaba preocupada porque Maxine pudiera ser mayor y una mala influencia por ello.

—Trece.

—Maxine los cumplirá el próximo mes —dijo con alivio.

—¿Y no pueden esperar, ¿verdad? —Beth sacudió la cabeza—. Así podrán ser adolescentes oficialmente y hacer nuestras vidas aún más miserables.

—Probablemente —sonrió Hope.

—¿Sabes? Cuando era pequeña, la idea de un internado me parecía repugnante, pero ahora, cada vez me parece más atractiva.

—¿A que colegio va?

Hope tenía que buscar uno para Maxine.

—A Greenbroke, uno privado cerca de Saint Yves. Es bastante estricto y muy bien cualificado en música y artes —le informó Beth —. Natalie decía que lo odiaba, pero cuando hablé de cambiarla se puso histérica.

Parecía adecuado para Maxine, que iba aceptablemente bien en las asignaturas y tenía un talento indiscutible para la música, algo que Hope sólo había podido desarrollar con sus clases de piano.

—Guy sugirió que le podía interesar a Maxine —añadió Beth con bastante poco tacto.

«¿Qué le podía interesar?», se preguntó indignada qué derecho creería que tenía Guy sobre la educación de Maxine.

Sacudió la cabeza y respondió solamente:

—No creo que haya necesidad. Sólo estaremos aquí unos meses.

—Ah, no lo sabía Beth pareció sorprendida—. Bueno, si regresáis a Londres, no merecerá la pena el trastorno de intentar conseguir plaza en Greenbroke…

Cuando terminaron de preparar el té, Beth sugirió:

—¿Por qué no lo tomamos aquí?

—Sí, bien.

Hope se alegraba de mantenerse alejada de Guy. Sentadas a la mesa de la cocina, las dos mujeres charlaron con facilidad. De hecho, se estaban riendo, cuando aparecieron las niñas en busca de

la merienda.

—¿De qué os reís tanto?

Natalie se dirigió a su madre, pero el tono de voz era una copia exacta al de Maxine.

—De nada, cariño.

Pero las dos mujeres se miraron a los ojos y empezaron a reír de nuevo.

—Como colegialas —dijo Maxine a su nueva amiga mientras las dos miraban con lástima a sus madres y salían con coca colas y galletas.

Guy y Richard aparecieron poco después para encontrar a las mujeres todavía sentadas a la mesa.

—¿Queréis un té?

Hope recordó que lo había ofrecido media hora antes.

—No te preocupes por ellos. Estoy segura de que calentar agua está por debajo de sus habilidades.

—La feminista de mi mujer —Richard hizo una mueca, pero no había enfado tras sus palabras—. Yo la mantendría apartada de ella si fuera tú, Guy. Creo que es contagioso.

—Estoy segura de que Hope no necesita ninguna lección acerca de ser independiente —la defendió Beth—. Después de haber criado a una hija sola y hecho una carrera.

El tono de Beth era de admiración y la mirada de Guy de todo menos de eso.

—Dudo que Hope haya carecido de compañía masculina —comentó con descaro.

—Yo también lo dudo —afirmó Richard Castillon como cumplido.

Hope frunció el ceño directamente a Guy. Era evidente que se imaginaba que había tenido docenas de aventuras. Beth captó su expresión e intentó suavizar las cosas:

—Típico de los hombres: odian pensar que podemos sobrevivir sin ellos cuando está claro que es lo contrario.

Richard soltó una carcajada antes de sugerir:

——En ese caso, no os importará que Guy y yo nos escapemos por un par de horas. La Amante necesita un poco de atención.

—No, como queráis. Sólo déjame el coche para volver a casa.

—Claro —asintió Richard—. Iremos en el de Guy.

—Yo le llevaré más tarde —confirmó Guy como si fuera lo más normal del mundo.

Hope se quedó con la boca abierta ante la normalidad de la conversación. Richard acababa de admitir que iba a visitar a su amante y Beth no había movido ni una pestaña. No sabía si llamarlo civilización o decadencia.

Fue Beth la que notó su expresión y al comprender empezó a reírse. Richard la imitó.

Fue Guy el que lo explicó:

—La Amante es el velero de Richard.

Hope se puso roja ante su error, pero Beth no se ofendió.

—El nombre lo elegí yo. Me pareció muy apropiado considerando el tiempo y el dinero que invertía en ella. Sospecho que una amante de verdad saldría más barata.

—Lo tendré en cuenta —Richard sonrió a su mujer—, para cuando tengamos que ahorrar.

—Si lo haces, te… —empezó a advertir Beth.

—Me arrancarás el corazón, ya lo sé —terminó por ella Richard antes de darle un beso en la frente—. Vamos Guy. Vamos a tomar unas cervezas y a quejamos de las mujeres en general y de la mía en particular.

Beth le hizo una mueca a su marido y le dijo a Guy:

—Confío en que no le creas ni una sola palabra.

—No te preocupes.

Guy le dio un beso a Beth en la mejilla que le ofreció y se despidió de Hope con un hasta pronto. Cuando hubieron salido, Beth comentó:

—A veces me pregunto si Richard se queja de verdad con Guy y eso sea lo que le hace rechazar el matrimonio.

—¿Lo rechaza de verdad?

—Bueno, parece poco animado. No debería cotillear, la verdad, pero…

La otra mujer vaciló muriéndose por confiar en Hope, pero insegura de qué hacer.

Hope no dijo nada. No estaba segura de querer oír hablar de la vida amorosa de Guy.

Fue su silencio lo que inclinó la balanza a su favor. Beth lo tomó como falta de interés y supuso que la discreción de Hope quedaba garantizada.

—Por supuesto que me alivió una enormidad que no se casara con alguna de las mujeres con las que ha salido —le confió Beth—, pero algunas eran realmente chicas encantadoras, Sólo que parece

incapaz de comprometerse. ¡Pobre Guy!

—¡Pobres chicas, diría yo! —comentó Hope con una vehemencia que sorprendió a Beth—. Quiero decir, si las hace ilusionarse y luego las deja.

—¡Oh, no! —protestó Beth—. Guy nunca sería tan cruel. Es más que se va separando gradualmente o que ellas le ponen un ultimátum. No conozco a ninguna chica que sienta que la ha traicionado.

Beth estaba equivocada. Al menos había una. Hope sentía que la había traicionado haciendo promesas que no había cumplido.

Quizá Beth leyera algo en la cara de Hope porque se quedó rígida y silenciosa.

—¿Sabes? Richard creyó en otro tiempo que tú y Guy… Bueno, que si no hubiera sido por Jack, Guy podríais haber…

Al no recibir ánimo por parte de Hope, Beth se cayó.

—¿Podríamos haber qué?

—Um… nada. Sin embargo, siempre cabe la posibilidad de que la mujer con la, que sale ahora sea la señorita adecuada, o la señora en este caso.

—¿Guy está saliendo con una mujer casada?

—Divorciada —la corrigió Beth—. Liz Downing. Quizá te acuerdes de ella. Elizabeth Tremayne, de soltera.

El nombre le resultaba vagamente familiar, pero Hope sacudió la cabeza. No estaba segura de querer oír más del amor actual de Guy, pero Beth no se dio cuenta y prosiguió:

—Estuvo casada durante diez años con Paul Downing, el diputado conservador, Tiene unos treinta y cinco y sin hijos. Una mujer bastante agradable y de hecho, loca por Guy. Podría irle peor en mi opinión, pero será mejor que se den prisa si quieren tener niños.

A Hope se le hundió un poco el alma. No quería oír lo encantadora que era la novia actual de Guy.

—No creo que Guy pretenda tener niños.

—¿De verdad? —Beth abrió mucho los ojos—. Bueno, me sorprendes. Siempre he supuesto que Guy sólo dejaría su soltería por tener hijos. Siempre ha sido un padrino maravilloso con Natalie. De hecho, le hemos dado la custodia legal en caso de que nos suceda algo.

Beth había fruncido el ceño y Hope comprendió que le había creado ansiedad. Si Guy no quería niños, ¿era probable que cuidara

de los de otro si las circunstancias le obligaban?

—Probablemente sea yo la que esté equivocada —añadió con rapidez empezando a preguntase si sería verdad.

Beth conocía a Guy mejor que ella. Quizá fuera a Hope a la que hubiera engañado para conseguir que viviera en Heron lo seis meses.

Beth notó que ahora era ella la que estaba preocupada y dejó el tema con un encogimiento de hombros.

—¡Bueno, diablos! ¿Quién puede asegurar nada con Guy? Le conozco desde hace veinte años y la mayoría de las veces no sé lo que está pensando —dijo aunque en tono de aprecio.

Hope no compartía su sentimientos, pero lo mantuvo oculto. Disfrutaba de la compañía de la otra mujer y aceptó comer con ella el martes siguiente. Maxine quedó encantada también porque ella y Natalie parecían haberse hecho ya amigas íntimas en tan poco tiempo.

Si no fuera por Guy, pensó Hope, la vida en Heron podría ser bastante soportable.

Capítulo 8

Su enfado hacia él no remitió. Cocinó unos spaghetti a la boloñesa después del té y los estaba sirviendo en la cocina justo cuando Guy volvió.

—Hola tío Guy.

Maxine se puso radiante y corrió a sacar otro plato. Captó la mirada de resentimiento de su madre y dijo;

—Hay suficientes, ¿verdad, mamá?

—Supongo que sí, pero quizá tu tío tenga otros planes.

—No, no tengo otros planes.

Guy sonrió un poco.

La cara de Hope permaneció dura como una piedra mientras le servía la pasta en el plato.

No era una gran comida, pero él la comió y le dio las gracias.

Maxine siguió a la mesa con Guy mientras Hope recogía los platos. Natalie ya le había vendido la idea del colegio de Greenbroke. A Hope no le habría importad que su hija le hubiera consultado primero, pero no u hizo. Le estaba consultando a su tío.

Guy estaba a punto de responderla cuando vio los labios apretados de Hope y decidió evadir la cuestión.

—Tu madre y yo tenemos que discutir todavía lo de la escuela, Maxine, así que quizá sea mejor que te vayas ahora.

Maxine abrió la boca, lista para discutir como siempre, pero al observar la pequeña sacudida de cabeza de Guy, lo pensó mejor.

—De acuerdo —le sonrió y se dirigió al perro, que estaba echado bajo la mesa—. Vamos, Rufus, ¡a pasear!

—El setter se levantó y salió corriendo tras ella antes de que Hope pudiera decidir si era prudente un paseo por la tarde.

—Estará bien. Todavía hay luz y le he enseñado los caminos seguros.

Hope se mordió el labio, todavía preocupada.

—Iré con ella si quieres —se ofreció Guy.

—No.

Hope pensó que Maxine ya estaba demasiado tiempo con su tío. No hizo caso de la mirada interrogante de él y se acercó al lavavajillas. Esperaba que Guy se fuera al comedor, pero se levantó y dio la vuelta a la mesa.

—¿Qué va mal? —se puso rígida—. ¿Qué podría ir mal?

—Dímelo tú.

Hope sintió que si empezaba, no pararía nunca.

—¿Quieres decir aparte del hecho de que mi hija te consulte a ti en vez de a mi acerca de su educación?

Guy sacudió la cabeza.

—Eso no puedo evitarlo y ya estabas enfadada conmigo antes de que lo hiciera… ¿Estás enfadada porque desaparecí con Richard? Pensé que te caía bien Beth.

—Y me cae bien. No tengo ningún problema con ella.

—Sólo conmigo. Bueno, pues cuéntamelo.

—De acuerdo, ya que lo preguntas. Me dijiste que no ibas a tener niños.

Guy pareció muy sorprendido.

—¿Y?

A Hope le dieron ganas de darle una bofetada.

—Beth me contó lo de Elizabeth Downing —dijo con tono acusador.

El permaneció completamente calmado.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que hay posibilidades de que te cases con ella.

Su cara siguió impasible.

—¿Y? ¿Debo suponer que quieres una invitación para la boda?

—¡Tú!… —contuvo el calificativo que se le había ocurrido, pero no pudo controlar la rabia—. ¡Guárdate tu invitación! Quiero saber cómo afectaría eso a Maxine.

—Perdona, pero no lo entiendo. ¿Qué efecto podría tener en Maxine que yo me casada con Elizabeth?

—Que tengas niños.

—¡Ah! pensé que ya te lo había dicho. No habrá niños.

—¿Cómo puedes asegurar eso? Si te casas con esa mujer, o con cualquier otra, la mayoría va a querer tener hijos.

—De eso soy muy consciente —su voz se endureció un poco—. ¿Por qué crees que todavía no me he casado? ¿Creías que te estaba guardando ausencias?

—¡Por supuesto que no! Es que no entiendo…

—¿Necesitas que te lo vocalice?

Guy mostró rabia por primera vez y la apretó el brazo.

—¿No te gustan los niños? —Hope no veía otra posibilidad, pero respondió por sí misma—: No te creo. No según te portas con

Maxine.

—No me escuchas, ¿verdad? He dicho que no habrá niños, no que no me gusten.

—Pero, ¿por qué?

El soltó con brutalidad:

—Creo que la expresión es esterilidad.

—¿Qué? ¡Estás mintiendo!

Guy se rió con una carcajada áspera y desagradable.

—¿Crees que mentiría en una cosa así?

—Yo… —le miró con cara de confusión—. ¿Cómo?

—Paperas.

Hope sabía lo que le estaba diciendo. Las paperas podían causar esterilidad si se contraían de mayores.

—¿Cuándo?

—Hace diez años.

Hope siguió mirándole horrorizada. No quería creerle, pero tenía la terrible sensación de que era verdad.

Por sus encuentros con su madre durante años, sabía que Guy no se había casado. Había supuesto que le gustaba demasiado su independencia, pero, igual que Beth Castillon, había pensado que se casaría algún día aunque sólo fuera para que no se perdiera el apellido Delacroix.

Ahora le estaba contando que no habría niños se casara o no y la implicación de lo que significaba la azotó como un puñetazo en el estómago. Y allí estaba ella, capaz de darle uno. Sólo necesitaba pronunciar las palabras. Admitir. Confesar todo el malentendido.

Cerró los ojos y él interpretó su expresión como lastima. La soltó del brazo y dijo:

—¡No pongas esa cara! Si quisiera compasión no acudiría a ti.

—¿Le has contado…?

El la interrumpió:

—A nadie y espero que las cosas sigan así. Te estoy diciendo que Heron será para Maxine.

—Yo lo… lo siento.

Hope sabía que eran las palabras menos adecuadas y él la miró quitándole importancia.

—¡Por Dios bendito! No es el fin del mundo. Lo he aceptado hace muchos años. Hay cientos de personas en mucho peor situación que yo. Puede que yo no pueda tener hijos, pero puedo funcionar con normalidad, aunque quizá tú necesites que te

convenza después de la última vez —añadió con sorna.

—¿La última vez?

—¿Ya lo has olvidado? —la miró con reproche—. Bueno, veamos si te puedo refrescar la memoria. En Junio. Una tarde soleada. En Londres. En tu cama.

—¡Basta ya! ¡Lo recuerdo!

—Nos interrumpieron —prosiguió él—, justo cuando estaba a punto de probarte mi masculinidad. Así que entiendo que puedas tener dudas.

—No, yo… yo… —sacudió la cabeza y dio un paso atrás. Chocó contra el fregadero y él la acorraló con un brazo a cada lado de su cuerpo. Hope se ordenó no dejarse arrastrar por el pánico—. Yo… no…

—¿No tendrás miedo de mí?

Ella sacudió la cabeza, pero era mentira y él lo sabía.

—No te creo.

Guy deslizó una mano con delicadeza sobre su hombro y sonrió despacio.

La sonrisa la desarmó y le miró fijamente. Fue un error. Al mirar a lo más profundo de aquellos ojos grises se sintió perder, deslizarse al pasado y al momento en que había estado enamorada de aquel hombre.

—Por favor…

Le tembló la voz cuando él bajó la cabeza y rozó su sien con los labios. Hope quería que parara. Necesitaba que se parara. No confiaba en sí misma.

El comprendió y apartó la cabeza. Hope bajó la vista y él le alzó la barbilla y la obligó a mirarle de nuevo.

Estaba perdida. Sus ojos traicionaban sus sentimientos. Deseaba a aquel hombre y a ninguno más.

Guy la rodeó la cara con las manos y deslizó un dedo por su pelo corto. Hope no se podía mover incluso aunque hubiera querido. Y no lo hizo.

La mirada de Guy descansaba en su cara como una caricia y a Hope le resultó insoportable aquel repentino giro hacia la ternura.

Sabía que no era real, pero no podía resistirse. Sintió su aliento en la mejilla y supo que iba a besarla. Sólo tenía que decir que no con firmeza. Pero no dijo nada.

Su boca cubrió levemente la de ella en un beso que parecía más amoroso que sensual. El corazón le dio un vuelco. Se alejó más de la

realidad. Se estremeció un poco y las manos de Guy se acercaron a su cintura.

La atrajo más hacia sí y ella levantó las manos hacia su torso, pero no le empujó. Su beso cambió y su boca se endureció sobre la de ella hasta que Hope abrió los labios para él. Gimió cuando la delicadeza dio paso a una sensualidad desnuda. Hope sintió la oleada de su propio deseo y el pánico la hizo retroceder.

Guy alzó una mano hacia su nuca y la mantuvo allí, mientras la saboreaba con los labios, la lengua, los dientes, obligándola a aceptar aquella terrible pasión que sentían el uno por el otro; haciéndola desear, necesitar y abandonarse al dulce y amargo placer de amarle.

Ella le pertenecía y él lo sabía. ¿Y cómo no iba a saberlo cuando se abrazó a él y apretó su suavidad contra su duro cuerpo masculino hasta que él le alzó las caderas contra sí traicionando su propia necesidad de ella? Entonces empezó a tocarla, los brazos, la espalda, los pechos, hasta que, frustrado por su ropa, empezó a tirar de su blusa. Hope podría haberle dejado y hubiera yacido con él allí mismo, en el suelo de la cocina si no hubiera recuperado la razón.

El juicio volvió, por segunda vez, en la forma de su hija.

Fue una suerte que la llamara mientras abría la puerta trasera de la cocina. A Hope le dio el tiempo justo de apartarse, estirarse la ropa y respirar para prepararse a enfrentarse a una Maxine que la miró con cara de curiosidad.

Quizá fuera muy evidente, comprendió Hope por la mirada de su hija. Sentía las mejillas ardientes de la turbación y culpabilidad.

—¿Qué quieres?

—Yo… lo siento —Maxine los miró a los dos, vio la agitación de su madre y supuso que acababa de interrumpir una discusión—. He metido a Rufus en su perrera para que pase la noche —murmuró antes de retirarse.

Hope hubiera querido abofetearse a sí misma y después a él por no aparentar agitación alguna.

—No importa, a la tercera va la vencida —susurró mirándola a los ojos todavía con deseo.

—No habrá una tercera vez —dijo Hope con voz tensa y enfadada.

A él no pareció impresionarle.

—Sí, la habrá —dijo en tono grave y seguro—. Simplemente acéptalo. Es tan inevitable como hace doce años.

—No dejaré que me utilices de esa manera de nuevo. Los ojos de Guy perdieron el deseo y se volvieron grises y fríos como siempre. Soltó una carcajada sin ningún tono de humor.

—Creo que eso es justo lo contrario, ¿no te parece?

—¡Yo nunca te he utilizado a ti! —protestó ella enfadada.

—¿Ah, no? Bueno, pues yo recuerdo las cosas de otra manera: En un momento estabas en mi cama prometiéndome vivir conmigo y ser mi amor y al siguiente estabas conduciendo de vuelta a Londres y a Jack.

—No fue así —protestó Hope una vez más.

—Así fue exactamente. Te acostaste conmigo para vengarte de Jack y volviste con él el tiempo suficiente como para poder abandonarle también. Lo único que no consigo imaginar es por qué tardaste tantos años en contarle lo nuestro.

Hope sentía incredulidad y rabia a la vez. Ello había distorsionado todo.

—Me acosté contigo porque estaba débil, sola y era estúpida —admitió con sinceridad—. Pero no lo tenía planeado. No como tú. Tú me deseabas porque era de Jack, pero nunca te importé un comino.

—¿Y cómo sabes lo que yo sentía? —le gritó Guy.

—¡Porque era malditamente evidente! En cuanto apareció Jack, no tuviste tiempo para salir corriendo. Intenté hablar contigo pero no quisiste escucharme.

—¿Y qué esperabas? ¡Primero aceptas irte a vivir conmigo y en cuanto aparece Jack empiezas a recordar tus votos matrimoniales!

—Intentaba hacer lo correcto.

—¿Y eso significaba volver con el maridito? —se rió con desprecio—. Entonces, si eso es verdad, ¿por qué le abandonaste a las pocas semanas?

—Yo…

—De acuerdo, yo te diré por qué —continuó él imparable—. Te acostaste conmigo para quedar a la par con Jack. Me parece justo. El tonto fui yo por pensar que era por algo más. Después volviste con Jack para poder abandonarle. Eso es justo también, supongo. Se lo merecía… Pero deja de hacer el papel víctima. Yo no te utilicé. Tú me utilizaste a mí —la acusó con tono amargo.

—No, no. No te utilicé.

Hope se tambaleó con incredulidad ante su versión de los hechos. ¿Es que no sabía lo que ella había sentido? Aquel fin de

semana juntos había sido un sueño, dos días de completa felicidad después de un año de miseria. La vuelta de Jack lo había tirado todo por la borda. Ella sólo había deseado que Guy la abrazara, pero su frialdad había sido como un jarro de agua helada.

—Yo no te importaba —dijo con una vocecita temblorosa al recordar el dolor que había sentido.

—¡Pobre y patética pequeña Hope! —su tono fue despectivo—. Es mucho más fácil creer eso, ¿verdad? Es mejor ponernos a Jack y a mí como los villanos… Bueno, al infierno con eso. Jack pudo tratarte como a una basura, pero yo no. A mí me importabas. Dios sabe por qué, pero me importabas.

Hope sacudió la cabeza sin poder parar. No quería oír aquello. Después de tantos años, no podía superarlo. Se apartó de él y salió corriendo.

Pero Guy la alcanzó en la puerta de la cocina y la volvió de lado para que le mirara. Hope gritó:

—¡Estás mintiendo! ¡Estás mintiendo!

Se iba a tapar a los oídos cuando él le sujetó de las manos.

—¿Por qué debería mentir? Te lo dije entonces y te lo digo ahora. Yo te amaba. Te amaba tanto que le hubiera dado la espalda a mi hermano, a mi madre y a mi hogar por ti.

—¡No! —gritó Hope.

Le abofeteó sin parar hasta que la soltó y salió corriendo desesperada por llegar a su habitación a esconder la terrible angustia que sentía por dentro. El había dicho que la había amado. Pero no podía ser. Eso hacía las cosas insoportables.

Se tiró en la cama y se obligó a recordar lo que había ocurrido doce años atrás…

Había sido un lunes. Guy tenía una reunión de negocios en Truro que no podía perder. Había prometido recogerla por la tarde, antes de que volviera su madre. La había besado largamente y con pasión como si no pudiera soportar dejarla. Ella había sentido lo mismo. Había subido a hacer las maletas sin ninguna duda entonces. Amaba a Guy. Iba a abandonar Heron para vivir con él en Truro.

Poco después, escuchó el chirrido de las ruedas de un coche en la grava. Había supuesto que se trataría de Caroline. Había corrido abajo y al llegar a la puerta se había encontrado de sopetón con Jack. Había retrocedido y había sacudido la cabeza, pero él la había agarrado por la mano.

Al notar su alteración le había dicho:

—Has recibido también una carta.

—¿Una carta?

Por un momento, Hope no tuvo ni idea de lo que estaba hablando.

—De Vicki —añadió Jack al comprender que no era bienvenido.

—Sí, por supuesto. Vicki me ha contado que habéis tenido una aventura.

—No ha sido una aventura —sacudió la cabeza con vehemencia —. Eso debes creerlo, cherie. Yo… es verdad, lo hice… estaba débil, lo admito, pero ella no me importa nada.

—¿Te ha mandado una carta a ti también Vicki?

El asintió.

—Está enfadada porque me he negado a abandonarte. Sabe que sólo te amo a ti.

La miró con intensidad como para demostrar su amor, pero Hope sólo sintió náuseas. Si no hubiera pasado el fin de semana con Guy, podría haberle chillado, pegado y escapado de su lado. Ahora no sabía qué hacer.

Jack vio sus maletas en la escalera.

—Por favor, no me dejes. He sido un tonto, lo reconozco, pero no puedes dejarme. Te quiero. Eres mi mujer.

—No has venido a verme en semanas, mejor dicho meses, Jack —le acusó—, así que, ¿cómo puedo ser una esposa para ti?

—Lo sé, lo sé —se llevó una mano al pelo con nerviosismo—. He querido venir todo el tiempo, pero siempre surgía algo. Pero las cosas serán diferentes. Te lo juro. Sólo dame otra oportunidad —suplicó con aparente sinceridad.

Pero apenas conmovió a Hope. Sólo deseaba haber escapado ya.

—El matrimonio debe ser para siempre. Eso es lo que tú dijiste —la recordó en voz muy baja—, y es también lo que yo quiero. He sido débil, lo admito. No estaba preparado para tener el bebé, pero perderlo fue peor. Te veía tan infeliz… y no sabía qué hacer.

Hope le miró con sorpresa. Había creído que se había alejado por pura indiferencia.

—Pero tenemos que seguir con nuestras vidas, Hope —le apretó la mano con suavidad—. Tú y yo. Aprender a aceptar que no habrá más bebés y ser todo el uno para el otro.

—No más bebés.

Las palabras retumbaron en su cabeza. Tan definitivas y

terribles. Palabras que había olvidado contarle a Guy. Y si lo hacía…

—Tengo que volver a París —añadió Jack—. Y quiero, necesito… que vengas conmigo. Por favor.

Hope no quería ir. La idea le produjo un nudo en el estómago. Pero de repente vio su futuro: un matrimonio fracasado seguido de un idilio fracasado en cuanto Guy se cansara de ella. Pensó en la vida de su padre, momentos fugaces de felicidad entre años y años de alcoholismo y relaciones tristes.

Sacudió la cabeza para negarse, pero Jack notó su inseguridad.

—De acuerdo, no iremos a París, pero déjame llevarte a Londres y alquilarte un apartamento mientras te decides acerca de nuestro matrimonio. Sólo déjame intentarlo.

Sólo más tarde había comprendido Hope lo cobarde que había sido aquel día. Se había despertado al lado de Guy, cargada de valor y deseando escapar con él a pesar de las consecuencias. Pero sin Guy a su lado para que le apretara la mano y le transmitiera parte de su valor, no encontraba ninguno por sí misma.

Lo que Jack le ofrecía: su propia casa, tiempo para decidir y un poco de paz, de repente le pareció lo más fácil. Era lo que necesitaba, la oportunidad de resolver su vida en vez de pasar de una crisis a otra.

Hizo un asentimiento de cabeza casi imperceptible y Jack no perdió un solo minuto. La besó en la mejilla y fue a recoger sus maletas.

—Las pondremos en mi coche y le dejaré una nota a mi madre.

—Yo…

Hope le miró con impotencia arrepintiéndose ya de haber asentido.

Jack sacó las maletas, pero ella no le siguió. No quería irse con él. Quería quedarse y estar con Guy.

En ese instante se oyó otro chirrido de llantas fuera y se acercó a la puerta. Vio a Guy salir de su Jaguar y por un instante sintió un alivio inmenso. El se encargaría de las cosas. Estuvo a punto de salir volando a sus brazos hasta que recordó que Guy no era sólo su amante sino el hermano de su marido también.

Guy clavó la vista en ella y después en las maletas que estaba cargando Jack. Hope notó la acusación en su mirada y le dirigió una de súplica.

Jack no se enteraba de nada.

—He venido a buscar a Hope —le dijo a su hermano con una sonrisa ahora que las cosas habían salido como él quería.

—¿De verdad? —la voz de Guy fue fría como el hielo—. ¿Y quiere Hope que la lleves?

—Por supuesto. Hope es mi mujer —dijo Jack con un tono más defensivo—. Ya sé que la he descuidado un poco últimamente, pero las cosas serán diferentes a partir de ahora.

A Guy se le contrajo un músculo de la mandíbula cuando miró a su hermano con incredulidad y después a Hope con desprecio:

—Enhorabuena —dijo antes de pasar por delante de ella para entrar en la casa.

A Hope se le empañaron los ojos de lágrimas al comprender que no iba a reclamarla, pero Jack lo interpretó mal.

—No dejes que Guy te disguste. Está enfadado conmigo. Cree que te he tratado mal.

—Yo… no es… Tengo que ir a hablar con él.

Hope no esperó a que Jack replicara.

Con un creciente sentimiento de pánico, buscó a Guy habitación por habitación antes de comprender que habría subido arriba. Lo encontró en su habitación.

—Guy…

El se dio la vuelta hacia ella. Tenía la mirada cargada de odio y desprecio hacia ella, pero no de amor.

Sin embargo, Hope hizo un esfuerzo por continuar:

—No es… bueno, no es lo que parece. Jack… simplemente apareció… Quiere que nos…

—¡No te preocupes! —la interrumpió él—. Ya me he enterado.

—Quiero hacer lo correcto, pero ya no sé lo que es. Cuando me casé con Jack, pensé que sería para siempre…

—¡Bien! —le gritó de forma heladora—. No tienes por qué echarme en cara tus votos matrimoniales. Si quieres irte con Jack, vete.

—Por favor, escúchame —le rogó Hope mientras se preguntaba si aquel desconocido de ojos acerados sería el mismo con el que había estado acostada sólo unas horas antes.

—¡No! Escúchame tú a mí. Hemos tenido una aventura corta, una de las más breves de la historia, supongo. No hagamos una opereta de tres actos, porque no ha sido nada. Sólo sexo.

Hope le miró aturdida buscando con desesperación una señal que indicara que no pensaba aquellas palabras brutales, pero su

cara era una máscara carente de cualquier expresión.

Guy debió leer algo en sus ojos, pero no le agradó:

—¡No me mires así! —le ordenó con rudeza.

Como ella no dejó de mirarle, se acercó hasta donde estaba al lado de la puerta.

Al momento siguiente la había tomado en sus brazos y estaba besándola, el corazón de Hope se aceleró de júbilo. Pero duró poco. La besó con dureza y enseguida la apartó diciendo:

—Y no vuelvas, ¿de acuerdo?

—Yo…

Hope no vio amor en sus ojos, sólo rabia y decepción y Sintió que su vida había acabado. Pero la mantuvo el orgullo; un orgullo que le hizo sacudir la cabeza y decir con voz helada:

—No hay nada por lo que volver.

Entonces salió corriendo de él y de sus sueños hechos añicos.

Volvió al lado de Jack y al apartamento que alquiló para seis meses e intentó durante una semana o dos convencerse de que su matrimonio podría salir bien. Pero ya no le amaba, y nunca pudo volver a acostarse con él.

Jack volvió a sus giras en el continente y para cuando regresó, Hope supo que estaba embarazada de Guy. No había planeado cargarle con la paternidad de Maxine ni lo hubiera creído posible porque ella y Jack no habían hecho el amor en meses. Pero fue una de esas conversaciones que empiezan mal y acaban peor. Jack escuchó la palabra embarazada y apenas pudo ocultar su horror. No le dio siquiera la oportunidad de decirle que no se preocupara, que no era suyo. Supuso que estaba embarazada de más tiempo y estuvo demasiado ocupado maldiciendo al doctor que había dicho que no podría tener más bebés mientras hacía planes para que aquel niño no ocupara un lugar en sus vidas. Las opciones de Hope eran limitadas, o bien ser madre sola o una vida con Jack sin el bebé.

No fue una elección difícil. Le dijo adiós a Jack sin ningún pesar y él la amenazó diciendo que no le pasaría ni un penique para el niño. Entonces se lo dijo: el niño no era suyo, así que no tendría que mantenerlo. El no la creyó. Jack supuso que lo había dicho sólo para hacer daño y como Hope no le dio el nombre del posible padre, para él quedó confirmado.

Cuando nació Maxine, sietemesina, Jack no estaba con ella y cuando apareció años más tarde, la fecha de nacimiento no le dio motivos para dudar de su paternidad. Hope dejó las mentiras como

estaban antes de dar explicaciones acerca del verdadero padre y no sintió ninguna culpabilidad al respecto. Al fin y al cabo, Jack había mantenido su promesa y nunca había pasado una pensión para ella o para Maxine en los años intermedios.

Era extraño, pero no sintió mucha amargura hacia Jack. No esperaba nada mejor de él. Fue Guy el que la dejó devastada, porque era a él al que amaba aunque se había pasado toda la vida negándolo.

Por un momento se imaginó cómo podrían haber sido las cosas, viviendo con Guy, teniendo a su bebé y amándole más con el transcurso de los años. No, no hubiera salido así. No podía aceptar todos aquellos años perdidos y sin forma de recuperarlos. Y aunque él la hubiera amado, sus sentimientos debían haber muerto mucho tiempo atrás.

Sólo desearía que los de ella también lo hubieran hecho.

Capítulo 9

—¡Me muero de ganas de ir! —los ojos azules de Maxine brillaron de excitación—. ¿Crees que podré hacer esquí acuático? ¿O submarinismo? Quizá…

—Siempre que no lo pidas tú —la advirtió Hope con sobriedad mientras hacía su equipaje.

—Nunca pido nada. Es el tío Guy el que me lo ofrece.

Maxine sonrió ante la generosidad de su tío y Hope suspiró para sus adentros, pero no dijo nada. Ya llevaban un mes en Heron y ella había dejado de intentar controlar la relación de Guy con su hija. El trataba a su «sobrina» con la misma indulgencia con la que había tratado a Hope años atrás y Maxine, simplemente adoraba a su «tío».

Para Hope hubiera sido más fácil si se llevaran mal. La culpabilidad habría sido menor. Verlos tan unidos no le causaba celos sino una profunda tristeza, pensando en los años que habían perdido, engañados… por ella.

—Deberías venir con nosotros mamá.

Maxine sentía el rechazo de su madre aunque no sabía los motivos.

Hope sacudió la cabeza.

—Ya sabes que no puedo. Tengo unas reuniones en Londres y la nueva música para otro anuncio.

Maxine puso una mueca, pero no discutió. Ya era bastante que fuera ella. Dos semanas de crucero por el Mediterráneo en un yate alquilado con Guy y los Castillon.

Parecía que Guy ya había pasado otras vacaciones con ellos, acompañado de distintas amigas. Hope había rehusado formar parte de la tripulación. Guy y ella podían haber dejado de pelear, pero la fría cortesía era aún más penosa.

—No le quitarás el puesto a nadie —le había asegurado Beth cuando había rechazado la invitación—. Creí que Guy llevaría a Elizabeth, pero parece ser que no. Quizá se reúna con nosotros en Creta.

Hope, que ya sabía que Guy no querría que estuviera allí, sintió aún menos ganas de ir. Elizabeth era una mujer muy agradable y parecía estar enamorada de Guy.

A Hope nunca se le ocurriría estropear las posibilidades a otra mujer y además, no podía soportar verlos juntos. Cuando terminó de hacer la maleta la bajó al recibidor, donde ya estaba esperando Guy.

—He dado de comer a Rufus y le he encerrado en la cocina —le dijo a Hope—. Si pudieras darle un paseo todos los días, te lo agradecería.

—Por supuesto.

Hope normalmente sacaba a pasear al setter cada vez que Guy se quedaba en Truro.

—Y recuerda, que cuando vayas a Londres puedes llamar a los de la perrera para que se encarguen de él.

Hope puso cara de impaciencia. Ya se lo había repetidos a unas cuantas veces.

—Iré a despedirme de Rufus —anunció Maxine cuando pasó por delante de ellos como una tromba.

Cuando la niña estuvo fuera de su alcance, Guy dijo en voz baja:

—Todavía podrías venir con nosotros. Si quieres, llamo a los de la perrera ahora mismo.

—No, no puedo.

Hope no creía que a él le apeteciera que fuera. Creía que lo hacía por el bien de Maxine.

—Bueno, no tienes que preocuparte —le aseguró—. Yo cuidaré de Maxine.

—Gracias —Hope sabía que cumpliría su palabra—. A veces hace muchas tonterías.

—Ya me he dado cuenta. Es impetuosa, como eras tú.

—Todos crecemos con el tiempo —dijo a la defensiva.

—Sí —replicó él en voz muy baja—. Tú eras muy joven. Demasiado joven. Quizá yo debería haber esperado.

—¿Esperado a qué?

—A que superaras lo de Jack —replicó él sin rodeos—, y estuvieras lista para mí.

—Nunca hubiera funcionado —le dijo.

—Quizá no, pero al menos hubiéramos tenido la oportunidad de comprobarlo, de liberarnos el uno del otro.

Hope abrió mucho los ojos. ¿Sentiría él lo mismo que ella? ¿Estaría emocionalmente atrapado por una relación que había acabado casi antes de empezar?

No, no podía ser. El había seguido con su vida, con otra gente,

otros amores, otros sueños. Era ella la que estaba atrapada.

—Ya estamos libres el uno del otro —dijo por orgullo—… Tú tienes a Elizabeth, ¿recuerdas?

El entrecerró los ojos pero no lo negó.

—¿Y tienes tú…?

—Eso no es asunto tuyo.

No quería inventarse otro novio ficticio, pero él sabía la verdad, de todas formas, porque sonrió y dijo:

—No tienes ninguno, porque se lo he preguntado a Maxine.

—¿No te parece eso un poco rastrero?

—Mucho, pero en el amor y en la guerra todo vale. Lo único que tenemos que decidir es qué es esto.

A Hope le vino la palabra guerra a los labios, pero la aparición de Maxine anunciando la llegada de los Castillon la detuvo.

Guy sonrió y dijo con naturalidad:

—¿Por qué no pensamos los dos en ello mientras estoy fuera?

—¿Pensar en qué? —preguntó Maxine.

—En planes para el futuro —dijo Guy sin apartar la mirada de Hope.

Maxine sonrió interpretándolo a su manera. Ya había conseguido que la matricularan en Greenbroke y había empezado a intentar convencer a Hope de que se quedaran a vivir en Heron para siempre. La niña creía que él estaba de su parte.

—Vamos, mamá, tío Guy sólo intenta ser amistoso.

No era la primera vez que su hija la reñía por ser hostil con su tío.

Guy sonrió como para confirmar sus buenas intenciones y Hope se vio obligada a devolverle la sonrisa.

Maxine salió la primera a recibir a los Castillon.

Beth recibió a Hope con una cálida sonrisa e intentó convencerla por última vez. Ella se disculpó de nuevo con el trabajo y les deseó unas vacaciones estupendas.

Natalie hizo una seña a Maxine para que fuera a sentarse a su lado, pero esta, se arrojó a los brazos de su madre llorosa para besarla.

—Que lo pases de maravilla, hija —se despidió Hope conteniendo sus propias lágrimas para que su hija partiera alegre.

—Lo haré.

A Maxine se le iluminó la cara y se metió al coche mientras Guy, que acababa de meter las malas, le cerraba la puerta.

—Cuídala —le pidió Hope consciente de perder a su hija, aunque fuera por un breve espacio de tiempo.

—Lo haré —prometió el—. Cuídate tú también, Hope.

Hope se quedó en silencio sin saber qué decir. Entonces dio un respingo de sorpresa ante su siguiente movimiento: Guy la acercó un instante y le besó firme pero brevemente en la boca antes de meterse en el coche.

A Hope no le dio tiempo a reaccionar. Quedó allí de pie con la impronta de sus labios en los de ella y el corazón desbocado. Maxine agitó la mano con frenesí desde la parte trasera del coche y mientras respondía a su gesto, Hope rogó por que no hubiera visto como la había besado Guy. Maxine era lo bastante mayor para creer en romances, pero no lo suficiente como para distinguir el amor del sexo.

Por suerte, Hope sabía la diferencia. Había entendido lo que Guy había querido decir. Cuando su breve aventura había terminado, el amor también se había acabado, pero no la atracción sexual. A Guy podía no caerle muy bien ella, pero todavía la deseaba y Hope tendría que ser muy ingenua como para no notarlo. Sólo desearía no sentir ella lo mismo y peor, porque ella no era buena en separar el amor del sexo.

Guy podría hacer el amor con ella unas cuantas veces y después seguir con su vida. Ella sería la que quedaría con el corazón destrozado.

Hope no podría soportar pasar por aquello de nuevo. Pensó en irse antes de que ellos volvieran, pero no podía. No podía malograr la herencia de su hija. ¿Y qué alternativa le quedaba entonces?

Encontró la respuesta ese mismo día, en la forma de Elizabeth Downing. Llegó a la casa después de comer habiendo entendido mal la fecha de partida. Hope la invitó a un café por educación y quedó sorprendida cuando la otra mujer aceptó.

—Siento no haberme podido despedir de él —dijo sentada a la mesa de la cocina—, aunque le veré dentro de unos pocos días.

—Vas a ir a Creta, ¿verdad? —repitió Hope lo que había oído a Beth.

La otra mujer asintió.

—Iba a ir a navegar con ellos, pero para ser sincera, no soy una buena navegante. Yo voy al club de yates más por… —razones recreativas.

Hope adivinó que esas razones querían decir Guy y sintió una

oleada de celos.

—¿Navegas tú? —preguntó Elizabeth.

—Lo hice, pero hace unos cuantos años.

—¿Cuando viviste en Heron por primera vez?

—Sí.

—De hecho, ¿no fue Guy el que te enseñó a navegar?

—Sí —Hope frunció un poco el ceño—. ¿Cómo lo sabes?

—No me acuerdo —Elizabeth pareció incómoda un momento—. Puede que me lo contara Beth. Mencionó que Guy te había cuidado mientras tu marido estaba fuera.

—Sí, supongo que lo hizo.

—Eso es muy típico de Guy, por supuesto —Elizabeth sonrió al pensar en él—. Conmigo fue una torre de fortaleza cuando… bueno, cuando me dejó mi marido.

Ante el silencio de Hope, Elizabeth prosiguió:

—Mi marido me dejó por su investigadora. Estaba embarazada de cinco meses. Parece que es muy típico entre los diputados.

Puso una ligera mueca de desagrado.

—Lo siento —dijo Hope con sincera simpatía.

—Yo no. Bueno, al menos ahora ya no. Por supuesto que en el momento estuve muy disgustada… El siempre había mantenido que no quería hijos —añadió más para sí misma que para Hope.

—¿Y tú sí?

—¿Querer niños? —Elizabeth pareció considerarlo—. Bueno, si Paul hubiera dicho… Sí supongo que sí.

Aquello apenas era una respuesta afirmativa. Elizabeth parecía más del tipo de esposa para lucir que de madre.

—A Guy parecen gustarle los niños —siguió Elizabeth ante el silencio de Hope—. Parece que se lleva muy bien con tu hija.

—Sí.

Hope sintió otra oleada de culpabilidad. Si al menos Guy pudiera tener otros hijos…

O un matrimonio feliz… la idea se le ocurrió mientras observaba Elizabeth Downing. Preciosa. Buenos modales. Sin exigencias. Demasiado perfecta como para ponerlo en palabras.

Los celos cedieron a otro impulso mejor.

—Pero no creo que quiera tener hijos.

—¿De verdad?

La expresión de Elizabeth era de ansiedad, esperando a que le contara más.

Hope entendió por fin a qué había ido. No a ver a Guy, que probablemente ya sabría que se había ido, sino a investigar el papel que desempeñaba Hope en la vida de él. Al saber que era sólo su cuñada, estaba buscando más datos.

—¿Estás segura?

Hope asintió.

—Puede que esa sea una de las razones por las que nunca se ha casado. La mayoría de las mujeres quieren tener niños, ¿verdad?

—¿Sí? Yo nunca he sentido un fuerte impulso en esa dirección.

—Quizá deberías contárselo a Guy, hacerle saber que no es él el único que piensa así.

Era una pista muy importante. Ahora dependía de Elizabeth si quería aprovecharla y de Guy si quería responder. Decidió no interferir más y cambió de tema. Elizabeth se fue enseguida y Hope hizo lo posible por olvidar su visita. Si pensaba demasiado en Guy con aquella mujer, o con cualquier otra, se ponía enferma.

Fue diez días más tarde cuando se vio obligada a recordar su encuentro con Elizabeth Downing.

Habían sido diez días solitarios aparte de la silenciosa compañía de Rufus, constantemente pegado a ella. Maxine había llamado unas cuantas veces. Estaba encantada con las vacaciones, los Castillon, el esquí, el submarinismo, todo. Y evidentemente adoraba a Guy. No dejaba de hablar de él. Mientas la unión entre padre e hija crecía, también lo hacía la culpabilidad de Hope.

Y después estaban los celos. No de su relación sino de la de Guy con Elizabeth. Según Maxine, Elizabeth se había reunido con ellos en Creta y estaba hablando de volver en el yate a Gibraltar. Las noticias fueron como una pedrada en el corazón para Hope. ¿Había creído de verdad que se sentiría mejor uniendo a Guy con aquella mujer?

Fue en esa parte del itinerario cuando tuvo la primera conversación con Guy. Maxine estaba terminando de contarle lo que había hecho ese día cuando añadió:

—Tío Guy quiere saludarte. Adiós, mamá. Cuídate.

Entonces se puso Guy. No la saludó siquiera y fue directo al grano:

—¿Qué le has estado contando a Liz?

—¿Contando? —Hope decidió aparentar inocencia—. ¿Sobre qué?

—¡Sabes malditamente bien sobre qué! —le ladró al oído.

—No le he contado lo nuestro, si eso es lo que quieres decir.

—De eso ya me he dado cuenta. Quiero saber exactamente qué le has contado con respecto a los niños y en particular de mi problema para tenerlos.

—Yo… ¡Nada! —Hope estaba sinceramente indignada—. Nunca traicionaría una confidencia de ese tipo.

—¿De verdad? —preguntó con escepticismo—. Entonces dime por qué Liz ha tenido el impulso de contarme que no tiene deseos de tener hijos. Ayer una vez y hoy dos. Cada vez con más claridad… Repito, ¿qué le has dicho?

—Nada… bueno, no mucho. Estábamos teniendo una conversación acerca de los niños y me dijo que nunca había sentido ninguna necesidad apremiante de tener familia. Sólo le mencioné que tú tampoco.

—Ya entiendo —su voz era ahora fría como el hielo—. ¿Y cómo sabes tú lo que yo siento? ¿Es que me lo has preguntado alguna vez?

—Yo… yo… no… pero… —no podía explicar su motivación verdadera—. Sólo estaba intentando ayudar.

—¿Ayudar? —explotó al otro lado de la línea—. ¿Ayudar a quien? ¿A Liz? ¿A mí? ¿O a ti misma?

Lo último le hizo protestar a Hope:

—A mí apenas me afecta el que tú y Elizabeth os caséis.

—Así que ése era el gran plan. Liz me cuenta que no quiere tener hijos y sólo por eso, yo le propongo matrimonio —concluyó con gran sarcasmo.

—No exactamente —protestó Hope con debilidad.

—Entonces, ¿qué era exactamente?

—Yo…

—¿Crees que estoy tan desesperado? ¿Es eso? ¿Crees que necesito que me hagas de Celestina?

—No, por supuesto que no —intentó tranquilizarle aunque no la estaba escuchando.

—¿O eres tan estúpida como para imaginar que aceptaría a Elizabeth Downing en tu lugar?

Aquello la dejó atónita por un momento.

—Yo no… no sé lo que quieres decir.

—¿Qué no? —el tono era ahora burlón—. Bueno, pues déjame que te lo cuente. Podría hacer el amor con Elizabeth por la mañana, al medio día y por la noche durante la próxima semana y eso no

cambiaría las cosas entre tú y yo. Te deseo, Hope Gardener, y tú me deseas y en el momento que vuelva voy a tenerte —anunció en tono frío y preciso.

—¡Difícil, porque no estaré aquí! —explotó furiosa Hope.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho, que me voy.

—No puedes. ¿Y qué pasa con Maxine?

—Puedes meterla en al tren para Londres. Yo la recogeré en la estación.

—¡Y un cuerno! Maxine empieza en Greenbroke dentro de dos semanas, ¿recuerdas?

—Ya no, pero no te preocupes, te devolverán el dinero, estoy segura.

—No puedes hacer eso. Maxine está muy ilusionada con ir a ese colegio. No puedes utilizarla para fastidiarme a mí.

—¡De acuerdo! ¡Bien! ¡Estupendo! —explotó Hope—. Maxine puede quedarse en Cornwall si quiere. ¿Por qué no? Que se quede con el bueno de tío Guy. Estoy segura de que estará encantada.

—¡Hope! —gritó Guy—. ¡Deja de ser melodramática! Maxine no va a quedarse en ningún sitio sin ti. Ya te echa bastante de menos y eso que estamos de vacaciones.

—¿Ah, sí? —Hope no había notado nada en las llamadas de su hija—. Yo me vuelvo a Londres lo antes posible. Lo que Maxine haga es elección suya. A menos, por supuesto, que tú no quieras que se quede.

—Hope —repitió Guy en tono más calmado—. No sé por qué estás diciendo todo esto. No estás siendo racional. Por supuesto que yo cuidaría de Maxine si te sucediera algo a ti. Pero obligarla a escoger es… —se detuvo buscando la palabra adecuada. No la encontró, pero se le ocurrió algo—. Eso es lo que hiciste con ella y con su padre, ¿verdad?

—¿Su padre? —repitió Hope estúpidamente—. ¿Quieres decir Jack?

—Por supuesto que quiero decir Jack —dijo Guy con impaciencia—. ¿Quién si no?

—¡Nadie!

Hope estaba furiosa consigo misma por su lapsus y decidió que era hora de acabar aquella conversación. Se le estaba escapando de las manos.

Así que lo hizo por el simple método de colgarle. Seguía de pie

al lado del teléfono cuando sonó de nuevo. Lo descolgó de forma automática.

—Mira Hope. No hagas ninguna tontería hasta que yo vuelva. Tenemos que hablar de…

—No quiero hablar —le cortó ella—. Adiós, Guy.

Volvió a colgar y esta vez no sonó de nuevo dejándola en paz el resto de la noche.

Aunque apenas podía llamarse así, pues se vio asaltada por sentimientos de pánico sin cesar. Tenía que escapar de Guy Delacroix y de su propia debilidad. Tenía que irse antes de confundir el deseo con amor una vez más y acabar en su cama. Tenía que huir antes de que la culpabilidad la torturara tanto como para confesar lo de Maxine. Si eso sucedía, perdería de verdad a su hija.

Cuando llegó el amanecer había cambiado ligeramente de planes. Tendría que esperar en Cornwall hasta la vuelta de Maxine; entonces le diría que volvían a Londres por motivos de trabajo. Parecía muy simple, pero Hope sabía que seria duro. Probablemente tendría que llevarse a su hija a rastras entre gritos y patadas.

¿Pero, qué otra elección le quedaba? ¿Quedarse por Maxine y perder la voluntad, el orgullo y a sí misma ante Guy Delacroix? No podía recorrer ese camino de nuevo.

Ya había acordado ir a Londres para una reunión. Después de que el hombre de la perrera recogiera Rufus, se fue en uno de los primeros trenes de la mañana y se quedó a pasar la noche en su casa. Se dedicó a ponerla en orden para la vuelta. En ocho días, calculó, Maxine estaría en el ferry de Gibraltar a Portsmouth y en nueve, en el tren de vuelta a Londres. Hope se negaba a contemplar cualquier otra solución.

Pero, por supuesto, no había contado con Guy. Apareció, listo para la pelea, pero no ocho días más tarde. La estaba esperando en Heron en el momento en que volvió.

Guy apareció por el pasillo de la cocina.

—¿Qué estás haciendo aquí? —entonces le asaltó una idea horrible—. ¿Le ha ocurrido algo a Maxine?

—No, está bien. Beth y Richard cuidarán de ella hasta que yo vuelva.

—¿A Creta?

Hope no sabía como iba el itinerario.

—No, para entones habrán llegado a Malta. Volveremos a casa

un par de días más tarde, pero a Richard y a Beth no les importa. Les he explicado las cosas.

—¡Ah!

Hope desearía que se las explicara también a ella. ¿Por qué estaba allí?

—Pensé que ya te habías ido —siguió en el mismo tono frío—, pero inspeccioné tu habitación y vi que tenias todavía la mayoría de la ropa. Supongo que Rufus estará en la perrera.

Hope asintió antes de decir indignada:

—Yo… no tienes derecho.

—¿De verdad? Si me vas a cargar con Maxine, tengo que saberlo para hacer planes.

—¡Por supuesto que no! Maxine se vuelve a Londres conmigo.

Guy sacudió la cabeza.

—Ella ha dicho que no.

—¿Qué Maxine ha dicho…?

Guy frunció el ceño.

—Por desgracia escuchó el final de la conversación. Quiere quedarse en Cornwall.

—¡La has convencido tú!

—De ninguna manera. Eso lo has conseguido tú sola. Naturalmente está enfadada y disgustada porque quieras irte sin ella.

—Eso no es verdad —Hope no podía creer en el giro de los acontecimientos—. Lo que dije lo dije porque esta furiosa. ¿Es que crees de verdad que la abandonaría?

El siguió en calma.

—No, no lo creo. Que es por lo que estoy aquí. Para que te vengas conmigo y puedas hablar con ella.

—¡Estás de broma! Esto es ridículo. ¿Por qué no la trajiste contigo?

—¿Aparte de que se negó en rotundo a volver, quieres decir? Por supuesto que podía haberla atado y metido en el avión, pero no me apetecía que me detuvieran por rapto… además, ya le has estropeado bastante las vacaciones, así que ya es hora de que lo arregles.

Hope respiró varias veces para calmarse. Aquello era injusto. Si había dicho algunas locuras por teléfono era porque él se las había hecho decir. Todo era culpa de Guy, no suya.

—Podemos tomar un avión hasta Malta —siguió él—. Reservaré

un par de billetes de ida. Después será elección tuya si quieres volver en el yate con nosotros o en avión cuando hayas hecho las paces con Maxine.

Hope frunció el ceño.

—¿Está muy disgustada?

—Lo estaba, pero he conseguido calmarla. Hope se preguntó qué le habría dicho.

—Iré á Malta. Pero no me quedaré en Cornwall. No puedo.

—¿Por mí?

La miró a los ojos un momento.

Hope cometió el error de devolverle la mirada y sintió su atracción como un tirón físico. Apartó la vista antes de traicionarse.

—¿Y si te prometo que no te volveré a tocar nunca? Hope apretó los labios ante su descaro y sus ojos reflejaron una profunda desconfianza.

Guy soltó una carcajada seca.

—Tienes razón. Es una promesa que no podré mantener… pero, ¿vendrás a Malta al menos?

Hope asintió. Sentía que tenía que aclarar las cosas con su hija y debería haber hablado con ella antes de anunciar ninguna decisión.

—¿Y volverás en el yate con nosotros? Hope se preguntó si hablaría en serio.

—¿No te parece que ya está un poco atestado con cinco adultos y dos niños?

—¿Cinco? —arqueó una ceja—. Tú y yo, Beth y Richard. Somos cuatro.

—Y Elizabeth —le recordó Hope.

Guy tensó la cara.

—Elizabeth está en Creta.

—¿Ah, sí? ¿Qué ha pasado?

—¿Lo quieres con pelos y señales o te basta con un resumen?

Se cruzó de brazos y ladeó la cabeza con gesto sarcástico.

—Perdona, no es asunto mío.

—No, no lo es, pero eso no te ha detenido… Ah, y gracias a ti, mi relación con Elizabeth ha llegado a la conclusión inevitable.

A Hope le dio un vuelco el corazón. Iban a casarse. Gracias a ella le había propuesto a la apropiada Elizabeth Downing que se casara con él y ella había aceptado.

—Yo… yo… —tragó saliva buscando la palabra apropiada—. Enhorabuena.

—¿Enhorabuena? —repitió él—. ¿Crees…? —se detuvo y de repente se puso de buen humor—. ¿Crees que Elizabeth y yo hacemos buena pareja?

—Yo… yo… no lo sé —se le cayó el alma a los pies—. Supongo. Tenéis mucho en común.

—¿De verdad? —arqueó una ceja—. ¿Y qué es exactamente?

Hope se preguntó por qué le estaría haciendo aquello. ¿Es que no sabía lo mucho que la estaba doliendo? ¿Quería hacerla más daño?

—Me voy arriba.

La siguió hasta el pie de la escalera y Hope subió con rapidez. Bajó la vista por última vez y le encontró contemplándola con cara inexpresiva.

Entró a su habitación y cerró la puerta. Pero no cerró con llave. Podía estar actuando de forma extraña, pero no le tenía miedo a Guy. No de esa forma.

Porque Hope se había enfrentado por fin a la verdad. No era Guy el que la asustaba. Era su poca fuerza de voluntad.

Capítulo 10

Hope se quedó arriba y no bajó a cenar. Por suerte había comido bien con un ejecutivo de publicidad en el restaurante y aguantaría hasta el día siguiente. No quería encontrarse con Guy hasta que superara el anuncio de su matrimonio. ¿Hubiera aconsejado a Elizabeth de haber sabido lo devastada que quedaría?

Se sentía traicionada cuando él llamó a su puerta a las diez.

—¡Hope! —la llamó al no responder ella.

Hope siguió en silencio. Ya se había puesto el camisón y no quería más disputas. Sólo quería acurrucarse en la cama y taparse la cabeza con el edredón.

Guy llamó de nuevo:

—Maxine está al teléfono. Quiere hablar contigo.

—De acuerdo.

Se puso rápidamente la bata antes de abrir la puerta. Guy estaba en el pasillo con el teléfono móvil en la mano.

—Toma. Volveré a buscarlo cuando termines. Estoy esperando una llamada.

Ella asintió.

—De acuerdo, gracias.

Guy se dio la vuelta y ella cerró la puerta de nuevo antes de sentarse en la cama. Inspiró sabiendo que la conversación iba a ser difícil.

Lo que no había imaginado era que tanto. Empezó bastante agradable porque las dos estaban ansiosas por arreglarlo. Entonces Maxine, al intentar convencerla de ir a Greenbroke con Natalie, pasó de probar la persuasión a ponerse terca cuando su madre no cedió.

Hope comprendió que estaban llegando a un punto sin retorno y acabó la conversación con la sugerencia de hablar más cuando llegara a Malta. Maxine la gritó, que no volvería nunca a Londres, antes de colgarla.

Hope estaba furiosa cuando Guy cuando apareció a recoger el teléfono. Abrió a la primera llamada y dijo con brusquedad:

—¡Toma!

Debería haber cerrado la puerta, pero él cruzó el umbral.

—¿Debo suponer que la conversación no ha ido bien?

—¿Y que esperabas? Natalie y tú habéis hecho un buen trabajo en ilusionarla con ese colegio —le acusó con mirada incendiaria.

—Vamos, Hope. Tú misma fuiste a verlo, viste las instalaciones y escuchaste a la directora. El talento musical de Maxine no va a desperdiciarse ahí como en su otro colegio. ¿Es de sorprender que esté ansiosa?

Hope fue incapaz de negarse. Sacudió la cabeza y decidió que una discusión con él aparte de la que acababa de tener con su hija era lo último que le faltaba.

Guy siguió en el umbral de la puerta y ella se acercó a la ventana. Esperaba que se diera por enterado y se fuera. Pero Guy entró y cerró la puerta.

—No te entiendo, Hope —siguió en tono razonable—. Sé que quieres a tu hija. ¿Es que no quieres lo mejor para ella?

—¡Por supuesto que sí! —se dio la vuelta para mirarle—. Pero ese no es el asunto. No le deberíamos haber enseñado nunca el sitio. No debería haberte dejado. Incluso si me quedo los seis meses requeridos, ¿qué pasará entonces? Que Maxine tendrá que volver a su viejo colegio sólo que más resentida e infeliz por haber probado algo mejor.

—No tiene por qué volver.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho, Maxine podría quedarse en Greenbroke y tú podrías quedarte aquí.

Hope le miró confundida.

—¿Quieres decir de forma permanente?

—Sí —asintió el—. La mitad de la casa es tuya, ¿recuerdas?

—Pe… pero —no podía hablar en serio—. Maxine tardará cinco años en terminar el colegio. No puedes querer que nos quedemos aquí a vivir tanto tiempo.

—Lo que yo quiera… ¿cuándo te ha importado eso a ti? Desde luego no es el asunto en este caso. Si quieres quedarte a vivir en Heron el resto de tu vida, yo no puedo hacer nada. Consulta a los abogados si no me crees.

Hope le miró con la boca abierta. ¿Por qué estaba diciendo todo aquello? ¿Estaría contando los días que faltaban hasta que se fuera?

—Mira, olvídate de ti, de mí y de nuestra discusión por un momento —prosiguió Guy—. Nosotros hemos estropeado nuestras vidas, pero ¿no crees que ella merece una oportunidad mejor?

—Eso no es justo —le acusó mientras él levantaba su

culpabilidad—. Incluso si nos quedáramos, nunca podría permitirme pagar un colegio como ése.

—Yo podría.

—¡Es mi hija! —exclamó agitando la mano—. Siempre he pagado su mantenimiento y lo seguiré haciendo.

—De acuerdo. También tienes la casa de Poutney. Podrías venderla e invertir el dinero en su educación. O podrías alquilarla. Con los precios de los alquileres de Londres te sobrará.

—Eso no es… No puedes querer que nos quedemos aquí. Si ni siquiera te gusto.

—Tienes razón. La palabra gustar no se aproxima a mis sentimientos por ti —admitió si ninguna excusa—. Pero me gusta Maxine. Es brillante, encantadora y adorable. Una chica de la que se puede uno sentir orgulloso, pero creo que los próximos años serán los más importantes de su vida. Los chicos se pueden descarriar muy rápidamente, sobre todo en las ciudades.

Guy no estaba diciendo nada que Hope no hubiera pensado ya. Como adolescente, Maxine iba a necesitar más atención, y Greenbroke, con sus actividades extra escolares cada día de la semana, pretendía tener a los alumnos ocupados y fuera de problemas.

—De acuerdo.

Suspiró con resignación.

—¿De acuerdo qué?

Hope acudió la cabeza.

—No, hay sólo una solución. Yo me alquilaré un estudio en Londres. Eso significa perder a mi hija la mayor parte del año, pero Maxine es lo primero. Puede venir a casa conmigo en vacaciones y quedarse contigo durante el curso… ¿te parece aceptable?

—Por supuesto —asintió él al instante—, pero creo que te debería dar más tiempo para considerarlo. ¿No sería mejor que te quedaras aquí? Podríamos convertir parte de la casa en un apartamento, si quieres.

Ella frunció el ceño. Nunca había comprendido del todo a Guy en el pasado y ahora tampoco.

—Gracias, pero no funcionaría. No si te casas tú… De hecho, puede que a tu prometida ni siquiera le guste que Maxine esté en la casa.

Guy suspiró pesadamente.

—¿Te refieres a Elizabeth?

—A menos que tengas dos novias…

—Elizabeth lo aceptará —replicó él con arrogancia.

—¿Qué pongas a Maxine por delante de ella? —le retó Hope con incredulidad.

—Por supuesto. Ella es de mi sangre, después de todo, ¿verdad?

Hope vio furor en sus ojos y le interpretó mal.

—Tú sabes…

—Yo sé —repitió él en un susurro—. ¿Saber qué?

Hope se puso roja y después pálida al comprender su error — Nada, pensé que… nada.

Pero era demasiado tarde, porque él insistió:

—¿Qué es lo que tengo que saber, Hope? ¿Estás intentando decirme que Maxine no es de mi sangre? ¿Qué no es hija de Jack?

—Yo…

Hope no sabía donde meterse para evitar el abismo que se había abierto ante ella.

Pero él ya estaba presionando:

—No, eso es imposible. Se parece demasiado a mi padre, demasiado a mí.

Hope sintió acentuarse el rubor en sus mejillas. No podía hacer nada para evitarlo y Guy la estaba mirando con dureza.

—Demasiado a mí —repitió mientras observaba su reacción.

Hope intentó permanecer en calma y con cara inexpresiva, pero se sentía como si tuviera un luminoso de neón en la frente con la palabra «culpable» en letras mayúsculas.

—No, no puede ser. Yo lo calculé… hace años, cuando mi madre me dijo que había nacido una niña lo calculé… Dime que no puede ser, Hope.

Hope le sintió justo detrás de ella, pero no se dio la vuelta. Tenía la garganta atenazada. Podía negarlo en ese mismo instante, pero las palabras no salían de su boca. Otra mentira. ¿Qué importancia tendría? Parecía como si él quisiera escucharla, pero ella no conseguía pronunciarla.

Guy la obligó a darse la vuelta sujetándola por el brazo.

—¿Fue prematura?

Asintió y le reveló la verdad.

—Dios —jadeó con la respiración entrecortada—. Eres una bruja. ¿Cómo pudiste?

—Yo… yo no sabía.

—¿Quién de nosotros era el padre?

Hope sacudió la cabeza.

—Eso lo supe siempre. No sabía que tú quisieras un hijo.

—Así que te lo guardaste para ti sola —concluyó ante sus débiles respuestas—. Y se lo cargaste a Jack.

—Le dije la verdad —clamó en defensa propia—. Le dije que el niño que esperaba no era suyo, pero no me creyó. Hasta el año pasado, en que lo adivinó.

—¿Sabía que era yo el padre? —preguntó Guy cada vez más enfadado.

Hope asintió y se estremeció ante la expresión de su cara.

—Debería haberos matado a los dos —amenazó con voz ronca.

—Si eso es lo que quieres…

Hope sentía que merecía algún tipo de castigo.

—¡Zorra! —juró mientras la arrastraba hacia él—. No te sometas. Quiero que patalees, llores y grites. Quiero que te duela de la forma en que a mí me está doliendo. ¿Comprendes?

Su boca estaba cubriendo la de ella, con los dientes chocando, mordiendo y cortándole el labio. No era amor, sino odio lo que le hizo tirarla con furia sobre la cama. No eran caricias, sino maldiciones cuando se echó a su lado y empezó a arrancarle el camisón con manos duras, urgentes y dañinas.

Hope no pataleó, grito ni se intentó zafar. Sólo lloró. Las lágrimas silenciosas cayeron por sus mejillas hasta su boca mezclándose con la sangre y la saliva mientras él continuaba besándola con todo el odio de su corazón.

Guy paladeó el sabor amargo de las lágrimas y alzó la cabeza. Miró su cara dolida y dijo con voz baja y ronca:

—¡Maldición, no llores!

—Yo… no… no puedo evitarlo.

—¡Dios bendito!

Guy se apartó de ella y se sentó al borde de la cama. Hope observó cómo se pasaba la mano por el pelo con furia y se quedó echada donde estaba preguntándose por qué todo tendría que salir así. Recordó cómo había sido doce años atrás, el amor que había sentido por aquel hombre y supo que seguía sintiéndolo. Cuando Guy se dio la vuelta para mirarla de nuevo, no intentó ocultar sus sentimientos hacia él.

Pero Guy no la supo interpretar y confundió su pasividad con miedo:

—No me mires así. No te haré daño. No de esa manera.

—Ya lo sé —susurró ella con suavidad mientras se llevaba la mano al labio cortado.

Guy siguió su movimiento con la vista. Estiró la mano y cuando apartó la de ella parpadeó al ver la herida que le había hecho.

—Parece que ya te lo he hecho.

—No importa.

Sin embargo, su furia parecía haber remitido y murmuró:

—Iré a buscarte algo.

Se levantó y cruzó la habitación hasta el lavabo que había en la otra esquina. Abrió el grifo un momento y volvió con un paño mojado. Hope se incorporé y él le apretó la boca con delicadeza.

—¿Mejor?

Hope asintió ausente. El dolor real lo tenía en el corazón al comprender lo que había perdido. El amor de aquel hombre fuerte y honorable. ¿Por qué no habría luchado por él? ¿Por qué no le habría dicho a Jack que era a su hermano a quien amaba? Pero le había faltado valor y Guy, creyendo que había tomado una decisión, se había apartado de ella.

Sintió que estaba a punto de dejarla de nuevo y esa vez, sí encontró el valor. Le puso una mano en el hombro y susurró:

—Por favor, quédate.

—¿Qué me quede? —su expresión fue dudosa—. ¿Quieres decir…?

—Sí.

Hope no le dejó terminar. Ladeó la cabeza hacia él y como Guy no entendió el amor que reflejaba su mirada, acercó sus labios a los de él.

Durante un momento, él no reaccionó. Aunque sabía que podía ser rechazada, Hope siguió los dictados de su corazón y, apoyando las manos en su hombro, le besó con más intensidad hasta que por fin él respondió tomándola en sus brazos mientras abría la boca bajo la de ella.

Los dos olvidaron lo que acababa de ocurrir. Hope no sintió ni el dolor en el labio. El corazón le latía con demasiada fuerza, la cabeza le daba vueltas y el cuerpo le temblaba. Quería que la besara más y más fuerte. Deseaba que la tocara, que la tomara, que la amara, aunque fuera esa la última vez.

Se volvió a tender en la cama y él la siguió sin apartar su boca de la de ella. Hope sintió su corazón sobre el de ella, palpitando al mismo ritmo. Se moría por tocarle. Intentó desabotonarle la camisa,

pero los dedos le temblaban demasiado. Guy rompió entonces el beso y se sentó a horcajadas sobre ella. Se desabotonó los puños y se deslizó la camisa por la cabeza.

Desnudo hasta la cintura, era una figura masculina poderosa. Ancho y musculoso, su torso estaba cubierto de vello hasta la cintura. La mirada de Hope se enturbió de deseo.

Cuando alzó la cabeza hacia él, vio el mismo deseo reflejado en sus ojos. Se preguntó cómo habría pensado nunca que era un hombre frío. Oscuro, como una nube de tormenta, la hizo temblar al tocarla la cara y el cuerpo medio desnudo. Entonces empezó a desvestirla del todo. Lo hizo con delicadeza y, apenas rozándole la piel con los dedos, le abrió la bata y le desabrochó el camisón.

Guy no ocultó la atracción que sentía al verla desnuda y le acarició todo el cuerpo con la mirada antes de tocarla. Entonces volvió a mirarla a la cara mientras posaba una mano en su cintura y la deslizaba despacio hacia sus senos. Vio la excitación de ella al abrir los labios y el sudor en su frente mientras su mano rozaba la piel suave. Sintió el movimiento de sus caderas bajo su cuerpo como si ya no pudiera esperar más. Entonces sonrió con satisfacción ante el gemido que soltó cuando por fin le apretó los pezones.

Aunque habían sido amantes por un espacio muy corto de tiempo, Guy sabía y recordaba todo lo que le daba placer. Cuando ella cerró los ojos y gimió un poco, bajó la cabeza para darle más.

Hope gritó cuando su boca cubrió por fin su pezón para mordisquearlo. Se llevó la mano a la boca, pero no pudo dejar de emitir sonidos de excitación mientas él seguía jugando con su seno y su mano le apretaba el otro hasta que ella se lo ofreció deseosa a su boca. Guy la besó los senos hasta que olvidó los años transcurridos y la amargura y sólo deseó el presente.

Arqueó las caderas hacia él y su boca se posó de nuevo en la de ella mientras sus manos se deslizaban por la curva de su cintura y sus caderas. La atrajo contra él y Hope sintió otra oleada de deseo al notar su excitación, listo para entrar en ella. Pero Guy controló su urgencia y, tendiéndola en la cama, empezó un lento recorrido con sus labios hasta llegar a la parte más íntima de ella y darle tal placer que no pudo dejar de estremecerse.

Con el aliento jadeante, se apartó de nuevo para quitarse el resto de la ropa. No dejó de mirarla a los ojos hasta que volvió y tumbado sobre ella, le alzó las caderas. La mirada de Hope se enturbió y entreabrió los labios sin ocultar su necesidad de él.

—Así que me deseas.

Fue la única vez que habló Guy.

—Te deseo.

Se unieron una y otra vez, con los cuerpos resbaladizos de sudor, los brazos y las piernas entrelazados y las bocas jadeando por aliento. Una y otra vez, hasta que se convirtieron en una sola entidad, perdidos el uno en el otro, por fin completos. Una y otra vez, hasta que se hizo insoportable, sus cuerpos ardientes, fuera de control, Unidos hasta caer en el dulce olvido.

Hope no se arrepintió. Incluso cuando el corazón se tranquilizó y volvió a recuperar la cordura, no quiso escapar. Se había pasado trece años diciéndose a sí misma que odiaba a aquel hombre, porque si no lo hubiera hecho, si hubiera analizado con sinceridad sus sentimientos, habría sabido que nunca había dejado de amarle. Si eso iba a ser sólo una noche, la oportunidad de que él se liberara de ella, que fuera así. Habiéndole engañado con lo de su hija, no estaba segura de merecer algo mejor.

Guy se dio la vuelta para mirarla y Hope esperaba que empezara a recriminarla, pero no dijo nada. Sus ojos estaban cargados de preguntas, pero no las pronunció. El sabía, igual que ella, que si hablaban, lo estropearían todo de nuevo.

Guy la tomó en sus brazos y la apoyó la cabeza contra su pecho, escuchando el suave ritmo de su corazón. Hope no creía que pudiera dormir, pero él empezó a acariciarle el pelo hasta que se adormeció.

Se despertó a media noche emitiendo un sonido que le despertó también a él. Hicieron el amor adormecidos al principio pero con renovado deseo. Después siguieron sin hablar hasta que cayeron exhaustos de medio lado con el cuerpo de Guy curvado sobre el de ella.

La siguiente vez que Hope se despertó era al amanecer y su lado de la cama estaba vacío. El corazón le dio un vuelco, al pensar que la había abandonado, pe entonces le vio sentado mirando por la ventana. Se había puesto los pantalones, pero estaba descalzo y desnudo de cintura para arriba.

Por un momento, Hope estuvo tentada de sucumbir a la cobardía. Podía cerrar los ojos, hacerse la dormida y dejarle que se fuera sin ninguna explicación.

Pero en vez de hacerlo, alcanzó la bata y se la puso en silencio. Guy no se dio cuenta de que estaba despierta hasta que salió de la

cama. Se dio la vuelta mientras ella se acercaba y Hope vio en su cara una sombra de recriminación. Cuando volvió a mirar por la ventana, a ella se le cayó el mundo a los pies.

—Trece años perdidos.

—Nunca vas a perdonármelo, ¿verdad?

—¿Perdonarte? —volvió la mirada hacia ella, más distraído que enfadado—. ¿Perdonarte por qué?

—Por no haberte contado lo de Maxine.

Guy clavó la mirada en ella un momento y entonces dijo en voz muy baja.

—¿Es que no sabes, Hope Delacroix, que te perdonaría cualquier cosa? —estiró una mano y la hizo sentarse a su lado, pero Hope estaba demasiado asustada como para creer lo que le estaban diciendo sus ojos.

—No comprendí… —necesitaba que él entendiera—. Jack no quería un hijo. Ni al primero ni a Maxine. Pensé…

—Que yo sería igual —la expresión se le endureció por un instante, pero enseguida sacudió la cabeza—. ¿Tenemos que hablar de esto? Preferiría no hacerlo.

Porque acabarían discutiendo, quería decir y Hope comprendió que tenía razón. Pero había que decirlo. No quena pasarse días ni años inmovilizada por aquella bomba entre ellos. Quería que explotara, incluso aunque la hiriera.

—No, nunca creí que fueras igual —replicó con sobriedad—. No tenía ni idea de cómo reaccionarías. Jack supuso que era suyo y quiso que me lo quitara de encima. No me atrevía a contártelo porque creí que tú también supondrías que era de Jack.

—¿Estabas tan segura de quién era el padre? Hope asintió.

—Sólo podía ser tuyo. Yo no estaba embarazada cuando hicimos el amor.

El todavía parecía dudoso y Hope apartó la mano de él.

—Mira, si no me crees…

—No es eso. Es que no entiendo… que volvieras con Jack.

—No, no volví con él. Le dejé que me llevara a Londres y me quedé en el apartamento que alquiló, pero nunca volvimos a estar juntos. Por lo menos en ese sentido. Y no fue por el embarazo. Sabía antes de irme de Heron con Jack, que nunca volvería a vivir con él.

—¿Por qué te había sido infiel?

—No, porque ya no le amaba.

Sus ojos expresaron con claridad a quien había amado, entonces

y ahora, pero él pareció ciego ante el hecho.

—Y tampoco me amabas a mí. Si no, te hubieras quedado.

—¿Cómo podía quedarme? —contestó ella enfadada—. Tú no me querías. Eso estaba claro. No podías esperar para mandarme con Jack…

—No fue así —su rabia se igualó a la de ella—. Y tú lo sabes. Me quedé en ese camino de pie esperando a que le dijeras que me querías a mí, no a él. ¡Y no dijiste una maldita palabra!

—Y yo estaba esperando por ti, pero tu silencio fue tan decepcionante que supuse que yo ya no te merecía.

Se levantó del pequeño sofá y se puso detrás del respaldo antes de explotar:

—Yo te amaba, Hope Delacroix. Te amaba tanto que tuve que hacer un esfuerzo terrible para ocultar mis sentimientos delante de ti y del sinvergüenza de mi hermano. Volví a buscarte sin importarme si eso me costaba mi hogar o mi familia y te encontré a punto de subir al coche con Jack. ¿Qué podía hacer? ¿Ponerme de rodillas y suplicar? ¿Humillarme para que os pudierais reír los dos a mi costa?

—¡Yo te seguí! Fui yo la que suplicó. De acuerdo, no lo hice con palabras, pero tenías que estar ciego para no entender que te amaba. Sólo que tú estabas demasiado ocupado en hacer el papel del héroe herido. ¿Es que no recuerdas las últimas palabras que me dijiste?

—Sí.

—Dijiste: No vuelvas. ¿Creías que podía volver para contarte lo de Maxine? ¿Te extraña que guardara el secreto?

Estaba intentando que él comprendiera su postura. Guy lo hizo. Cerró los ojos un instante y por fin comprendió lo que había pasado entre ellos.

—¡Qué tontos fuimos!

—Sí —acordó Hope con tristeza sin creer que solucionar el pasado les pudiera traer un futuro juntos.

Seguía siendo Elizabeth Downing con la que se iba a casar.

—Entonces vamos a hacerlo bien esta vez —dijo él mientras ella le miraba aturdida.

—¿Esta vez? —repitió ella con miedo a hacerse ilusiones incluso cuando él la tomó de la mano y la levantó.

—Tú y yo.

Pero Hope seguía muy asustada como para creer en los finales

felices.

—Elizabeth… Te vas a casar con ella.

—¿Quién ha dicho eso?

—Tú.

—No exactamente. Esa fue una conclusión tuya. Yo me quedé callado.

Pero…

Hope intentó recordar la conversación.

—No tengo intención de casarme con Liz —le aclaró con firmeza —. Ni nunca la he tenido. Salí con ella unas cuantas veces y me cae bastante bien, pero cuando volviste a mi vida, comprendí lo que siempre había sospechado: para mí sólo iba a haber una mujer, por muy mal que me tratara o por mucho daño que me hiciera.

—¿Yo te hago daño? —preguntó Hope con incredulidad.

—De acuerdo, nos hemos hecho daño el uno al otro porque los dos somos unos estúpidos orgullosos. Pero paremos ya.

«¿Parar?» A Hope se le nublaron los ojos un momento y él prosiguió:

—Aceptémoslo. Yo te amo y, a menos que esté muy equivocado, tú también me amas.

Él la amaba. Sus palabras le retumbaron en la cabeza y le caldearon el corazón.

—¿Y tú?

—Por supuesto que te amo —respondió Hope con una voz baja y seria.

—¡Gracias, Dios mío por eso!

Guy soltó una carcajada y atrayéndola a sus brazos la besó con lentitud en la boca.

—Nunca he estado con otro —le confesó cuando la dejó casi sin respiración—. No he tenido amantes ni novios de verdad. Puede que no me creas, después de lo que Jack te contó de mí.

—Te creo… Si Jack sugirió lo contrario fue para separarnos… El debía saber lo de Maxine ya.

Guy frunció el ceño mientras intentaba comprender el pasado.

—Lo que hace su comportamiento aún más inexplicable.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro del todo —sacudió la cabeza—. Si quería mantenernos separados, ¿por qué hacer un testamento que nos volvería a reunir? Y sin embargo lo hizo, pocos días antes de su muerte… ¿Sería por decencia o por maldad?

—No lo entiendo —Hope frunció el ceño—. Hablas como si Jack supiera que iba a morir.

—Sí.

—¿Pero qué…?

—La primavera pasada, le informaron, de que tenía un cáncer incurable. Redactó su testamento poco después y el codicilo sólo unos días antes de su muerte… Quizá el accidente de coche fuera una coincidencia afortunada. Dudo que Amanda hubiera cuidado bien a un hombre moribundo.

—Pobre Jack.

—Sí, supongo que sí. La verdad es que tiró todo lo que merecía la pena en su vida —sus ojos grises se posaron en Hope con un amor total—. Yo no cometeré el mismo error… Cuando nos casemos… será para siempre.

—Yo… yo… Quieres decir… que quieres que…

Hope no había esperado un proposición.

—Por supuesto. Ya te dije que había llegado a la conclusión lógica.

Hope se rió de cómo había jugado con ella, pero también le amaba por ello.

—Así que no empecemos con ningún tabú —continuó él apresurado—. Tú estuviste casada con mi hermano, aunque fuera por poco tiempo. Eso lo puedo aceptar, así que no nos pasemos los próximos cincuenta años buscando la manera de eludir el asunto. Cuando te quise, fue a pesar de estar casada con él, no por ello. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Soy una tonta, lo sé.

Había sido una tonta en creer a Jack, una tonta en imaginar que alguien con tanta confianza y fuerza como Guy, sería la sombra de su hermano. En todo caso, Jack había envidiado la fuerza de Guy. Jack había sido el inseguro, el que necesitaba alimentar su ego con una colección de mujeres jóvenes.

—La verdad es que no creas que me sentí muy feliz de enamorarme de la mujer de mi hermano. Pero tenemos que aceptar lo inevitable. Nos pertenecemos el uno al otro.

Lo dijo con la misma seriedad que si fuera una sentencia de muerte.

—Supongo que sí —dijo Hope con el mismo tono antes de sonreír—. El problema es que tendremos que trabajar duro para recuperar el tiempo perdido.

—¿Trabajar duro?

A Guy le costó un momento comprender y entonces captó la mirada de diversión que ella dirigía a la cama.

Perdieron dos vuelos antes de tomar el avión para Malta. Hope estaba relajada y aterrorizada al mismo tiempo. Con cada mirada y cada caricia, sabía que el hombre al que amaba la amaba, pero había un último escollo que sortear: Maxine.

Siendo tan cobarde como era, hubiera retrasado contarle toda la verdad, pero Guy la apremiaba ahora. No le culpaba. Después de perder trece años de la vida de su hija, quería reclamarla lo antes posible. El problema era que Hope se veía perdiendo a su hija al mismo tiempo.

—Deja de preocuparte —le animó Guy al llegar en taxi a Puerto Valletta—. Yo lo arreglaré.

Sonrió y la apretó la mano para animarla. Hope consiguió devolverle la sonrisa, pero no dejó de preocuparse.

Maxine estaba en cubierta con Natalie cuando localizaron el barco alquilado: la Rosa de Gibraltar. Hope esbozó una sonrisa nerviosa y su hija no necesitó más ánimo. Saltó del barco y se tiró a los brazos de su madre ansiosa por arreglar la pelea por teléfono.

—No volvamos a pelarnos, mamá —le rogó con voz temblorosa —. Odio que no seamos amigas. Siento lo de Greenbroke y si tenemos que volver a Londres, me parece bien.

—¡Oh, Maxine! —la abrazó con fuerza y sintió tal amor por ella que sólo acentuó su miedo—. Estaba siendo una egoísta. Puedes ir a Greenbroke si eso es lo que quieres.

—Pero, ¿qué harás tú? Si vas a volver a Londres…

—No va a volver —intervino Guy—. Tu madre ha aceptado quedarse en Heron. De hecho, ha aceptado casarse conmigo.

—Tú y mamá… estáis…

No encontró la palabra adecuada.

—Enamorados —la ayudó Guy con una sonrisa.

Maxine pareció encantada antes de mirar con interés a su madre.

—¿Mamá? ¿Es verdad?

Hope asintió con sobriedad.

—¿Te parece bien?

—¿Bien? Es fabuloso.

Hope hizo una mueca a Guy. Sólo había sorteado el primer obstáculo.

Antes de poder sortear otro, Maxine ya había transmitido las noticias a los Castillon y todos les estaban felicitando con afecto. Nadie pareció sorprendido, sólo encantado.

Guy esperó hasta que tuvieron unas copas heladas de champán en la mano y al ver la expresión amedrentada de Hope, siguió con el asunto que tenía que resolver.

Hope les vio alejarse por el embarcadero con la excusa de comprarle flores a su madre. Tenía miedo de que el ánimo festivo de todo el mundo durara poco.

Beth, comprendiendo que pasaba algo, se deshizo de Natalie y de Richard y se sentó a su lado.

—Supongo que le habrás contado la verdad a Guy. ¿Se lo va a decir a Maxine?

Hope la miró con incertidumbre.

—Que Maxine es de Guy —dijo Beth sin rodeos—. Lo es, ¿verdad?

—Yo… —Hope pensó mentir al principio pero comprendió que era inútil—. Sí. ¿Cómo lo sabías?

—Evidente, mi querido Watson. Las posibilidades de que un tío y una sobrina sean tan parecidos en físico, expresiones, en todo… es remota. Además, aunque Guy no lo dijera, su amor por ti se seguía notando en cómo la trataba.

Hope no sabía qué decir. Parecía que sólo ella y Guy habían estado ciegos.

—¿Estás muy escandalizada?

—No mucho —Beth se rió ante la idea—, De hecho, me alegro por los dos. Si me dejas decirlo, Jack Delacroix era un elemento de cuidado. Tú te merecías algo mejor y por fin lo has conseguido sólo que consérvalo esta vez, muchacha —la aconsejó con una sonrisa amable Beth.

—Lo intentaré.

Su mente seguía en Guy y en Maxine. Amar a Guy de repente parecía ponerlo todo en su sitio, pero si Maxine se volvía contra ella, no podría soportarlo.

Volvieron dos horas después. Hope estaba sola pues los demás habían ido al muelle. Guy llevaba a Maxine por los hombros, pero no sonreía, Hope sintió un vuelco en el corazón mientras Guy desaparecía y Maxine se acercaba a ella.

—Guy me lo ha explicado todo —dijo su hija con voz tensa—. Deberías habérmelo contado, mamá… hace años.

—Sí, ya lo sé.

Hope no tenía excusa.

Pero parecía que Guy ya se había excusado por ella, porque Maxine prosiguió:

—Tío… papá dice que no fue culpa tuya. Que él y su hermano te trataron mal.

—¿La verdad?

Hope podría haberlo dejado así, pero sacudió la cabeza:

—No, Guy nunca me trató mal. Sólo que yo no tuve el valor de confiar en él. Era muy joven y muy tonta.

—¿Le querías?

—Sí —para su hija fue suficiente y se le quitó la cara de resentimiento—. Nos lo deberías haber contado. A papá y a mí.

—Ya lo sé.

—Pero supongo que era difícil, como ha dicho papá. Bueno, ya no hace falta que nos preocupemos por eso ahora… ¿Podemos ir al puerto a cenar?

—Yo… Sí.

Hope parpadeó ante el repentino cambio de tema.

—Estupendo. Iré a cambiarme.

Guy apareció un momento después. Hope parecía tan desconcertada como se sentía.

—Parece que me ha perdonado —dijo maravillada.

—Si, eso he oído. Eso es lo estupendo con los chicos. Que viven estrictamente el presente.

—Sí.

Hope se preguntó si ellos, como adultos, podrían escapar del pasado. Guy parecía estar pensando en los mismos términos, porque sugirió en voz baja:

—¿Por qué no seguimos su ejemplo y nos perdonamos el uno al otro?

—¿Podemos?

Hope sabía que ella sí podría perdonarle, pero ¿podría él?

—Por supuesto que podemos —la puso en pie—. Hemos perdido una década, pero dentro de cincuenta años, sólo será un intermedio en nuestras vidas.

—Un intermedio…

Fin.